



Memoria fragmentada

1

Tánger

Carlos Maza Gómez

1

Secretos de niño que esconde animales prohibidos buscando momentos para soñar; que pone su mano entre las piernas de una niña, los dos guardando silencio, envueltos en su mundo de placer desconocido. Secretos que nos atraviesan la vida abriendo mundos en nuestro interior, descubriendo la importancia de tener algo propio que pugna por revelarse cuando sabes que, de hacerlo, desaparecerá como secreto para no ser nada. Años de niñez entre risas, su espalda corriendo sin cesar y yo persiguiendo su sombra con la respiración agitada. No corras más que no puedo seguirte, déjame alcanzarte, no te vayas para siempre, que no te alcance el olvido, que no nos sumerja en la zozobra de lo irrecuperable. Niños con los que descubrí secretos, el callarnos en una tarde de sombras, hombro con hombro, arrastrarnos entre los arbustos para luego lanzar piedras a una casa vecina.

Casi alcanzo los cincuenta años. Canoso el poco pelo que queda, arrugas que se van marcando y que observo cada mañana al levantarme. Voy pasando la maquinilla de afeitar y cada vez es más difícil sentir la piel tersa. Debes estirla por un lado, por el otro, el ruido de la afeitadora y tus ojos se vuelven opacos recordando otra piel arrugada, una sonrisa en los ojos claros de tu padre. Piensas que tu vida está llena de secretos, los que fueron jalonando tus años con su presencia constante, parcelas que hurtas al dominio público, algunas en las que ni tú mismo quieres mirar. Vergüenza de sentir deseos sobre los que no ejerces dominio, sueños que surgen inconscientemente y tras los que te levantas alterado, nervioso. Dices, qué boca, qué pecho. Hasta que las sombras del sueño se van diluyendo y sentado ante la mesa de la cocina desayunas pensando en tus tareas cotidianas. Luego conduces por la ciudad y te asalta en el semáforo aquella piel de seda, las manos que te rozaron al pasar, esos ojos que buscaste. Secretos de amor y de miserias, ruindad y torpezas. Algunos mezquinos y otros grandes. Hilos de plata con los que la vida queda sujeta, los tramos enlazados.

Secretos de amor que se lleva el tiempo. Aquella muchacha que se acercó un día y te abrazó buscando tus labios con los suyos llenos de temblor. La de cara tosca y cuerpo voluptuoso, fundiéndose contigo en el baile de un pueblo perdido al que no recuerdas casi como llegaste, su pecho que acariciabas, la cintura que estrechaste y luego el contarle, la risa contenida, los amigos que te miran y la boca seca por la noche. Otras noches mirando el cielo, dejándote llevar por viejos recuerdos de niñez, tu mente llena de su forma breve, sus pasos ligeros, la sonrisa, el brazo que un día tomaste decidido para cruzar la calzada y ella se puso seria pero no se retiraba. Las manos que tiemblan junto a las tuyas en la cervecería y no sé cómo decirle, no sé cómo contar lo que me pasa, lo que siento por dentro. Secretos que quieren dejar de estar ocultos, de deseo, amor, caricias soñadas y conversaciones interminables entre besos. Amargo tiempo de dudas y reproches, de silencios no interrumpidos, palabras que no supe expresar.

Hoy, que se me va el tiempo como un enemigo que huye incansable, es cuando ha llegado el momento de atraparlos, contarlos tal como los viví de niño, cuando me hicieron adulto poco a poco, sin darme cuenta. El llanto que fui arrebatándome a manotazos camino del puerto. Mi madre, con sus propios secretos, abrazándome en silencio mientras yo sentía un extraño ahogo en el barco. Su cara, que no dejaba de mirar mientras partía el coche y se iba alejando. Gritando su nombre en silencio: no te pierdas nunca, que el tiempo se detenga, que la vida me respete, no ser recuerdo de la persona que quiero. Quédate junto a mí, no me dejes solo envuelto en los momentos que vivimos, la casa que construimos juntos, los soldados que alineábamos en el pequeño montículo, el calor de tus manos y tus piernas juntas, delgadas como palillos. Tu sonrisa, niña de ojos grandes, esa sonrisa que he buscado sin encontrar desde entonces, con la que me recibías cuando yo bajaba corriendo con mi bocadillo en la mano y preguntaba a qué jugaríamos.

No quiero que se desvanezca para siempre, llegar a estos años y ver mi boca cansada en el espejo, sentir la amargura de tantos secretos que no pude compartir contigo, soñar que aún siento tu mano en la mía, la firmeza de tu hombro, el calor de tus muslos una tarde en que la oscuridad poblaba el jardín. Si vuelvo te buscaré entre aquellas sombras que amenazan con inundar mi tiempo, entre las personas que me quieren y en las que encuentro rastros de ti. Cuando estemos juntos te diré que no te vayas más, que no me abandones en esta tierra llena de secretos, secretos que duelen, desgarran, que matan la vida y la tiñen de mezquindad. Dame los tuyos, comparte aquellas palabras que no sabíamos que existieran, el temblor nunca sentido hasta entonces. Revivamos los momentos vividos en aquel jardín, cuando los dos éramos niños y no sabíamos que el mundo estaba salpicado de secretos que te arrebatan la inocencia. Ayúdame a llegar hasta ti, deja que vuelva a ese jardín que compartimos, que encuentre al niño que fui y hable con él, me siente a vuestro lado y pueda sentir de nuevo la calidez de esos ojos que reían, vea tu falda extendida llena de fruta, tus rodillas huesudas, mis talones sucios, las gafas que se me caen. Déjame soñar, no sé si por última vez, antes de que el tiempo me arrase, que los secretos duelan más de lo que pueda soportar, cuando nuestros recuerdos se desvanezcan, los tuyos y los que he ido atesorando en medio siglo de andar. No dejes, no, que sean como pompas de jabón que el viento mece y lleva de un lado a otro hasta perderse o explotar camino de la nada.

Algún día nos llegará el final y estaremos tendidos sobre una cama, despojados y enfermos, sin esperanza. Si hay suerte tendremos cerca una ventana, si no, la imaginaremos. Una ventana por la que dejemos vagar la vista queriendo ver todo aquello que nos fue pasando: la felicidad de los años que duraron tan poco, los turbios deseos de adolescencia, la torpeza de aquellas manos que acariciaban, los besos y el descubrimiento de placeres apenas sospechados. Veremos también los sueños que poblaron nuestra mente, de amor y conquista, de triunfo; sueños llenos de ambición que nos hicieron actuar de un modo que hoy no pretendes ya juzgar porque todo está vivido, todo vencido y has aprendido a perdonarte. Momentos en los que lloraste la muerte de un ser querido, la enfermedad de otro, sus cuerpos que ahora son el tuyo vencido sobre la cama mientras miras por la ventana la vida que pasa como un río de aguas claras y turbias, violentas y calmas, camino de Dios sabe dónde. Cierras los ojos y ves lo que no está en la ventana, tus secretos pasando en agitada turbamulta, los que te hirieron, los que nunca debiste descubrir, los secretos ajenos.

Finalmente sólo quedará un secreto, el más importante: el de tu corazón cuando sentías su cabeza reclinarse en tu hombro y eran los días hermosos como su cara junto a la tuya,

ambos tan jóvenes. Es entonces cuando quizá entiendas que el amor que buscaste a lo largo de tantos años ya estaba allí, con tu mano entre las suyas. Y todo lo que hiciste durante tu tiempo fue tratar de recuperar el paraíso perdido, aquél del que fuiste expulsado camino del puerto, el que te hizo llorar sin saber por qué, sin saber de dónde venía ese dolor.

Sólo entonces podrás cerrar los ojos definitivamente, respirar silencioso esperando que llegue el final, cuando todos los secretos se pierdan contigo y tus recuerdos se vayan más allá de todos los sueños.

2

Todos mis recuerdos empiezan entre los aligustres del jardín, sus campos en cuesta, los bancos de mármol. ¿Qué veías de él cuando te asomabas a la ventana, padre? Yo era un niño que correteaba con sus amigos cuando te veía mirarnos, quizá tomándote un alto en el trabajo, vigilándonos sin ganas, dejando vagar la mirada, el pensamiento. ¿Qué veías, qué mirabas? Me sentaba con mis tres amigos en el banco para inventarnos juegos que han caído en el olvido. Se me borran grandes retazos del tiempo pasado. Nos mirabas desde la ventana con tus cuarenta años, cuando aún no había pasado por delante de tu memoria una mano blanca borrándolo todo. Qué tristeza verte así las tardes que vengo, cuando te sientas mirando no sé qué, cerrando los ojos ante mí como si te costara saber quién está delante y te digo, inseguro: ¿me recuerdas, padre? ¿sabes quién soy? Tus labios que van balbuceando palabras sin sentido y luego callan para estar en silencio el resto de la tarde. No me importa. Te contaré y lo que no sea cierto he de inventarlo, suponerlo, reconstruirlo.

¿Qué veías desde la ventana? Dos jardines pequeños que entonces me parecían inmensos. Luego he visto fotografías, algunas las hiciste con esa máquina vieja, las recuperé del álbum familiar cuando vine a la casa de Madrid. Ahora me alojo en ella cuando te visito, no pensaba que terminaría viviendo lejos, tan al sur, la vida está llena de imprevistos.

A esos jardines he vuelto muchas veces con la imaginación. Los siento como si fueran mi casa. No los miro con nostalgia, no siento añoranza alguna de aquel tiempo. La vida se los llevó por delante un día de verano hace muchos años y ya no se puede volver atrás, no quiero hacerlo. Lo que deseo muchas veces, lo que consigo, es volver a aquellos jardines cuando ya han adquirido un nuevo significado para mí. Así, ya no son esos rectángulos, el izquierdo más largo que el derecho sino algo más, algo distinto que vivo intensamente.

En el de la izquierda jugábamos todas las tardes, cuando repasabas mis deberes dándome luego autorización para bajar. Corría por la escalera hacia mis amigos con un bocadillo en la mano, me paraba delante mientras, con la boca llena, les decía: ¿a qué jugamos? Era largo ese jardín, con una ligera pendiente. En la parte de abajo sobrevivía lo que fue en tiempos una especie de cenador, ya por entonces desmantelado, el lugar ideal para darle patadas al balón y que Juanito volara de un lado a otro intentando atraparlo. Justo enfrente de nuestra portería, en el extremo más elevado, una cerca de alambre nos separaba del campo de los vecinos. Allí me interné un día en que uno de los hermanos dijo que se podían coger frutas de aquel árbol inmenso que se elevaba más allá. Me subí ágilmente a sus ramas y empecé a tirar algo, no sé si eran manzanas, a la falda extendida de Mari Carmen. De repente, hablándote de esto me ha venido a la imaginación su cara, los dientes saltones, la sonrisa nerviosa con que me decía: date prisa, date prisa. Y el grito de Juanito al otro lado de la valla, el salto, que vienen, que vienen. Yo que corría intentando pasar la alambrada, el fino corte en el muslo con una de las púas. Mi mirada, detenida para siempre en esa línea que era blanca y luego se llenó de sangre. No sé qué tuvo ese momento, padre. No me asusté. Me miraba como si le hubiera pasado a otro, no creía que fuera mía esa carne desgarrada sorprendentemente.

Debí correr, llorar llamando a mi madre. Pero eso se me ha olvidado. Aún me sigo viendo detenido allí, al otro lado de la alambrada que he querido pasar tan deprisa, nervioso, acuciado por el aviso. Me parece que ese niño herido sigue estando dentro de mí, la herida aún abierta pese a que ahora parezca una cicatriz tan difuminada. La sangre que brota y no parece mía, la sorpresa. ¿Me está pasando a mí? ¿esto sucede de verdad o lo sueño? Ese niño aún está dentro. Mientras el recuerdo me respete estará ahí, testigo de otras heridas que no sangran pero son más profundas y duelen infinitamente más. Al venir hasta ti, padre, y ver tu mirada perdida, tus sueños ausentes, los recuerdos arrasados, vuelvo a ser el mismo niño lastimado que se mira sin saber cómo ha surgido esa herida, cómo se ha bañado en sangre, por qué tuvieron que ser las cosas así. Espero no olvidar nunca, que todo lo pueda retener y se conserve dentro de mí, que muera conmigo y todo se acabe entonces pero no antes, como te ha pasado a ti.

El jardín de la derecha casi tenía las mismas dimensiones de largo que de ancho. No podíamos entrar en él, según tus instrucciones. Eras el administrador del edificio, el representante del lejano dueño, el que llevaba las cuentas y arreglaba desperfectos. Nos dijiste: ese jardín está prohibido. Como si fuera el árbol del bien y del mal. Es verdad que era hermoso, lleno de flores, buganvillas que trepaban por los muros que separaban la propiedad de la siguiente, aligustres recortados cuidadosamente por el jardinero que venía periódicamente. Sin embargo, sabías que nos internábamos en él. ¿Era eso lo que vigilabas desde la ventana? Nosotros, torpes amigos de menos de diez años, reptando por la tierra sin darnos cuenta de que cualquiera podría vernos desde arriba. Sólo nos preocupaba la portera, la encargada de hacer cumplir la norma, y ésa estaba al nivel de la calle, no nos podía ver si íbamos agachados y nos arrastrábamos. Luego mi madre me reñía porque estaba todo sucio, las

rodillas ennegrecidas, las manos, la ropa y hasta la cara. Yo explicaba que estábamos jugando y ella gruñía frotándose en la bañera hasta que la suciedad desaparecía, los restos de tierra y las hojas del pelo. A saber dónde os metéis, a saber dónde habéis estado, murmuraba en una eterna cantinela.

Nos internábamos por las filas rectas de arbustos, admirábamos las rosas sobre todo, las calas blancas, flores que veía maravillado porque para mí representaban la belleza antes inalcanzable, la que sólo se podía admirar de cerca cuando entrábamos clandestinamente. Éramos cuatro chicos sucios de tierra que mirábamos flores hermosas sintiendo el placer de acercarnos a lo prohibido.

¿Te acuerdas, padre, de aquel vecino que vino borracho una noche? ¿El que empotró su coche haciendo maniobras extrañas contra un macizo de rosas? Qué desolación al día siguiente, cuando me asomé al balcón a instancias de mi madre y vi el coche, que su propietario retiraba avergonzado, las flores tronchadas, el arbusto quebrado. Otro momento, ya ves, los recuerdos infantiles se hacen de momentos, no de historias. Bajé y me quedé mirando sin entender muy bien qué había pasado, no comprendía los términos borrachera, alcohol, soltero, juerga. Sólo veía a ese hombre pequeño de sonrisa torcida que bajaba del coche y miraba, como yo, los arbustos rotos sin decir palabra. La portera recogiendo las rosas y llevándoselas para dentro. Luego un ramo en un jarrón de la mesa de la sala, mi madre cosiendo al lado, el sol de la tarde dándole de refilón en la cara. No sabía qué había pasado, cómo se había podido transgredir la norma de esa manera. El jardín soñado, el deseado, un lugar lleno de belleza, roto en uno de sus extremos. Luego pasan los años, padre, pasa el tiempo y las cosas cobran otro significado, algo que sé que construyo sobre aquel recuerdo de forma inevitable.

Aún veo ese ramo de flores encima de la mesa de la sala y me dan ganas de llorar. Como si así se rompieran los sueños de la infancia, el marchitar de la belleza que imaginé, no sé, quién sabe por qué sentimos lo que sentimos al evocar un recuerdo así. Será mi vida entera, debatiéndose entre dos jardines, uno para vivir, divertirse, pelear, correr, y el otro para que pueda soñar con él, vislumbrar un mundo distinto más allá, algo que me anime a vivir por encima de las alambradas, la sangre y el dolor. Te lo cuento, padre, y me lo cuento a mí mismo porque deseo comprender qué pasó, por qué vuelvo siempre a aquel jardín, el deseo de dar una explicación a aquel chiquillo que deambulaba de uno a otro. Poder decirle, advertirle: mira cómo es la vida, date cuenta de qué hice con ella, dónde se embarrancó, dónde mentí y engañé, para qué el sufrimiento, por qué tarda tanto el amor. Me gustaría decirle eso, explicar lo que sucederá, que no le pillen desprevenido, ignorante como a mí. Que aprenda, que lo sepa todo antes de que sea tarde y se abran nuevas heridas que borren todos los recuerdos.

Me gustaría también pasear por el jardín de la izquierda, volver a oír las conversaciones de mis amigos, ver los dientes de Mari Carmen cuando sonreía, el ceño de Asunción, las tonterías que hacía Juanito. Encontrarles dentro de mi corazón, decirles cómo les recuerdo, que viven como lo hacían entonces. El tiempo no sólo ha respetado algunos recuerdos sino que los ha hecho más vivos, pugnando por salir y encontrar acomodo, un lugar dentro de mí. Luego pasear por el jardín de la derecha, tumbarme todo lo largo que soy sobre su suelo embarrado y sucio. Ver las rosas, las margaritas, las calas que a veces llegué a desmigalar entre mis manos en granitos amarillos. Elevar la mirada hasta la casa y verte en la ventana, padre, saber que aún me miras buscando algo que desconozco, tal vez lo que yo miro ahora, un futuro incierto, un sueño, el tiempo pasado, irrepetible, que aún guardamos dentro.

Me vienen recuerdos a golpetazos, desordenados. Estoy en un zoco, uno de los mercados de aquella ciudad del norte de Marruecos, al lado de mi madre que compra fruta, verdura, discute la calidad de los productos, pregunta por la familia de alguno. He abierto un paquete de patatas fritas, mi gran debilidad. Las estoy comiendo a puñados, sin descanso, con un gusto infinito. Entonces levanto la vista y frente a mí está una niña mora más pequeña que yo. Mira en silencio y me siento agredido, hago como que no la veo y sigo concentrado en mi paquete, que va disminuyendo con rapidez. Pero ya no puedo comer a gusto, me arrimo a mi madre pero no me sirve, intento concentrarme en el sabor salado de las patatas pero me siento inquieto. Vuelvo a mirarla y sigue en la misma postura, no sé si vendría con alguien o iba sola, deambulando por los puestos en busca de algo que cayera de ellos. Luego extiende la mano y la deja así, dirigiéndome una petición inequívoca. Me aturullo, trago con dificultad y, egoísmo infantil, le digo que no enérgicamente con la cabeza. Luego desaparece, eso creía entonces, que se había ido a algún lado a buscar otras posibilidades.

Han pasado más de cuarenta años desde ese breve instante en que una morita me pidió una patata y me negué a dársela. La niña lleva todo ese tiempo dentro de mí con la mano extendida. La recuerdo cuando veo a esos marroquíes que vienen en pateras cruzando el Estrecho, los que se desploman en la arena y tiemblan de frío y miedo, jugándose la vida por una oportunidad en tierra extraña, en un país de promisión. También vienen niños que se agarran los costados mientras alguien de la Cruz Roja les envuelve en una manta, aquel bebé de pocos meses al que una madre agotada y exhausta no podía alimentar, cuando una gaditana que estaba en la playa le dio de mamar. Hay instantes que se nos quedan dentro y van creciendo poco a poco, tejiendo significados que no podíamos prever, que se construyen a medida que otras experiencias, nuevos sentimientos, van tejiendo los hilos de nuestra vida. Esos momentos se van enredando en la trama, se vuelven importantes al mostrar lo que hemos descubierto más tarde: la importancia de compartir, de darle al otro lo que más nos gustaba, de sentir la necesidad ajena, la caridad también. Cuando somos nosotros los que necesitamos esa compasión, un breve gesto, una mano tendida cobra todo el significado que ahora sí podemos otorgarle.

Aquella niña sigue en mi corazón, continúa pidiendo una patata, un hueco de mi atención. Esos momentos son los que más recordamos cuando pasan los años. Para contar lo sucedido sería deseable trazar el hilo de la historia, los sucesos escalonados y unidos entre sí. Pero no es posible, la memoria no es así y finalmente el resultado es una mera reconstrucción imaginada. Lo que surge de la memoria son los momentos aislados, no casuales. Son aquellos que fueron adquiriendo importancia con el tiempo.

Volvíamos de la playa cada día del verano. Mi madre suspiraba por volver a España, viajar a Madrid donde tenía a su madre, su hermana, los recuerdos de un tiempo presidido por la guerra, el hambre y la necesidad. Pero también juventud, diversión y amistades. No podíamos, sin embargo, no había dinero para ello. Disfrutaba de las mañanas sin colegio trotando por la arena, construyendo castillos, pozos profundos que se llenaban de agua cuando subía la marea. Era, es, una playa grande de arena fina, muy parecida a las que luego he conocido en Cádiz, la playa de la Victoria, la de Cortadura. Cuando soplabla el viento de levante el baño se suspendía o mi madre nos vigilaba de cerca sin permitirnos nadar hacia

dentro. Los días de sol, aquellos donde el viento estaba en calma, eran ideales para agarrarnos al neumático negro y bracear hacia un lado u otro, pelearme con mi hermano por un palo, echarnos agua encima. A veces me tumbaba en la arena e iba contando las nubes que pasaban mientras mi madre las señalaba diciendo que una se parecía a un burro, otra a un avión, la última tenía la misma cara del rey de Marruecos. Yo me reía y decía: sí, sí. Ésa se parece a papá, esa otra a la abuela... Del mismo modo que cuando me daba cucharadas de sopa siendo apenas un bebé.

- ¿Cuándo viajaremos en avión? -le decía.

- Hijo, eso va a tener que esperar mucho.

- A mí me gustaría ir en avión a Madrid.

- Ya quisiera yo también.

- Ir por encima de las nubes -seguía soñando-, que soplara el viento y las azafatas me dieran de comer.

Me levantaba y, abriendo los brazos como un aeroplano, volaba por la arena haciendo el ruido de un motor. Un niño que corre por la orilla creyéndose otra cosa. Un niño que sueña. Eso era yo entonces. Veo las fotos que hacía mi padre y me doy cuenta de lo pequeño que era, casi irreconocible, un chico de siete u ocho años regordete, aún sin las gafas que luego he tenido. Me digo que es un mundo perdido, que haría mejor olvidando todo aquello, pero no es posible. Trato de ver en aquel niño a éste que soy ahora, la cara envejecida, al menos no engordé tanto como podría haberlo hecho. Conservo el tipo, las formas, no me he derrumbado sino lo contrario, he ganado algo de prestancia con la edad. Pero las canas no engañan, el pelo escaso, una cierta rigidez al andar. Veo aquel niño y me asombro de cómo se puede llegar a cambiar tanto. Luego pienso que estoy viéndolo mal, que lo hago al revés. No debo mirar al niño intentando adivinar al adulto. Tengo que mirarme al espejo ahora, cuando el tiempo empieza a dar señales de que terminará venciendo. Mirarme y ver el niño que fui, el que aún recorre la orilla del mar creyéndose un avión, el que mira a una niña pequeña que le tiende la mano y, en un gesto de egoísmo, dice que no. Ese niño está dentro de mí, aún lo conservo, aún lo soy. He llegado a ser algo más pero sigo siendo aquél.

Volvíamos de la playa a mediodía y los tres hermanos nos sentábamos en el asiento trasero del coche. Mi hermano, siempre el más atrevido, decía: ¿tendremos hoy helado? Luego callábamos porque mi padre no decía nada mientras conducía. Mirábamos su nuca, la calva que ya le había ocupado entera la cabeza, la calle que íbamos dejando atrás acercándonos al cruce más importante, el que señalaba si nuestra petición sería atendida o no. Si giraba a la izquierda nos pararíamos a pedir gozosos nuestro helado. Si continuábamos rectos volvíamos a casa en silencio, las expectativas defraudadas. Éramos niños que extendíamos la mano hacia su padre y éste no hacía más gesto que doblar un volante o no hacerlo.

¿Qué pensabas entonces, padre? No decías nada y estábamos acostumbrados a acatar tus indicaciones. Tú eras el suministrador, de ti venía la alegría perecedera de un helado, ese deseo que se repetía al día siguiente. También llegaba de tu parte la negativa, el silencio y la derrota. ¿No sufrías al negarnos el helado cuando no había dinero? No comprendíamos mucho el valor del dinero, menos yo que era tan pequeño. Sólo esperábamos que giraras el volante y encontrar un pedazo de felicidad, un cucurucho que relamer en silencio camino de casa.

Una patata frita, un helado. Con qué poco nos contentábamos. Pero había poco dinero, las discusiones me llegaban a trozos y versaban siempre sobre el mismo tema. A la hora de la comida los hijos íbamos engullendo en silencio lo que había. ¿Te acuerdas de aquellos

momentos? Siempre estuve callado, nunca participaba en las conversaciones que, a fin de cuentas, siempre fueron un monólogo, el tuyo. Sólo tú hacías algo que mereciese la pena contar, sólo los temas de adultos eran importantes, los cálculos para llegar a fin de mes, las tareas de las que te encargabas dentro de la casa, qué se había estropeado, qué había que arreglar. Mi madre decía sí, decía ¿y eso por qué? Luego fregaba los cacharros antes de escuchar la radionovela y tarareaba una cancioncilla folclórica mientras gruñía entre dientes.

- ¿Qué dices, mamá?

- Que cuándo volveremos a Madrid.

- ¿Y por qué nos fuimos?

- Porque no había dinero, hijo, por eso.

- ¿Seguimos sin tener dinero?

- Sí, siempre seguimos igual, no sé cuándo volveremos a España.

- ¿Por eso papá no compra helados cuando se lo pedimos?

No respondía y seguía murmurando.

¿Te acuerdas, padre, del aire, las rocas y el mar bravío en aquella otra playa donde nos llevabas? La excitación con que nos acercábamos al mar que rompía con estrépito sobre la orilla, plam, plam. Una explosión de espumas que se iba apagando cuando estábamos aún descalzándonos, mirando con avidez el mar que se agitaba diciendo: ven, aquí te espero, agitado, nervioso, deseando atraparte, llevarte de un lado a otro, saber si podrás conmigo o seré yo el que triunfe esta vez. Nos acercábamos a la carrera los tres hermanos, yo siempre el último, maldita costumbre que tenía mi madre de echarme crema en la nariz, los hombros, y yo queriéndome soltar: deja, déjame, que me lo pierdo. Las olas seguirán estando ahí, hijo, no te impacientes que ahora vas. Luego la carrera dando saltos como si tuviera un resorte en los pies hasta zambullirme de cabeza en el agua fría, salir, reírme excitado, buscar a mis hermanos, enfrentarme con ellos a las primeras olas, yo siempre más cerca de la orilla, las voces de mamá que casi no se oían.

Me viene a la memoria un ambiente, esa arena, las rocas que explorábamos con cuidado. Pero el momento es otro. Fue un instante traicionero, una trampa, exceso de confianza, algo absurdo. Estaba saliendo del mar, me encontraba cerca de la orilla, no había peligro. Por eso no la vi. Era una ola sorprendente, intempestiva, inmensa. Me atrapó en su seno cuando vacilaba sobre mis pies. Estuve dando vueltas sobre mí mismo no sé cuánto tiempo, debieron de ser apenas unos segundos. Abrí los ojos y donde tenía que estar el cielo, brillar el sol, sólo había un agua pavorosa que me rodeaba por todas partes. Pensé que tenía que respirar y que ya no podría hacerlo nunca, todos los consejos y los llamados de mi madre eran ciertos, me ahogaría sin remedio. El silencio de mis hermanos, la ausencia de voces. Sólo un ruido inmenso, un gruñido estremecedor del agua en mis oídos. Luego se deshizo la ola y yo me encontraba tumbado en la orilla, perplejo, asustado. Grité a mi madre y ella ni siquiera me oyó, enzarzada en una conversación con la vecina de sombrilla. Nadie lo supo, nadie se había dado cuenta pero pensé que había estado a punto de morir.

Pasan y pasan tantos años, los sucesos se olvidan, aquella playa de la gruta de Hércules aún resuena en mi memoria y sigo danzando sobre sus olas cuando veo otras, aún me zarandean las que no ves venir, algo inesperado que te coge tambaleante. La traición que te envuelve, te atrapa entre sus mandíbulas que rompen, ahogan. Aún sigo dando vueltas y vueltas en medio de esa ola gigantesca. Grito a mi madre y veo que ya no está. Busco a mi padre y veo a un viejo quieto, silencioso, que nada responde, sólo sonrío al verme y no sé si me

reconoce, si está a mi lado o en otro mundo poblado de vacíos. Ahora ya no hay nadie, padre, tú estás lejos, perdido en un laberinto del que no puedes salir y sigo rodando, perdido entre las olas, cerca del ahogo, cerrando desesperado la boca para que no entre el agua y me arrase todo lo que llevo dentro. Escúchame, padre, aún aguanto a tu lado, todavía no acabaron conmigo como a ti te ha pasado, tan vencido por el tiempo como estás, tan ahído de olvidos. No dejaré que eso pase ¿sabes? no lo permitiré, padre. Recordaré por mí y lo haré por ti también, por el que fuiste y ya se ha perdido. Porque mientras luche por ti aún estarás vivo, mientras te sostenga con las palabras no olvidarás al que me llevaba sobre su espalda, el que vigilaba los jardines, cuando girabas el volante hacia la izquierda para ofrecernos la compra de un helado. Diez francos de felicidad que lamíamos contentos, felices, camino de casa.

4

Todo radica en la felicidad. Decimos: ¿cómo puedo ser feliz? O ¿dónde se torció mi vida? ¿dónde dejé de ser dichoso como era antes? Todos nos lo hemos preguntado alguna vez. ¿Era feliz cuando niño? Probablemente. No porque careciera de limitaciones, que las había, sino porque nunca me faltó esa sensación de concordancia y acuerdo con lo que me rodeaba. Sin embargo, hubo momentos muy malos que hoy en día parecen pueriles, de hecho lo son, pero van cobrando importancia al paso de los años, precisamente cuando te preguntas dónde se torcieron las cosas y por qué has llegado al punto en el que estás.

Me operaron de amígdalas cuando tenía siete u ocho años. Me senté en una silla inclinada, igual que la del dentista, y un señor de blanco con un espejo sobre la frente me dirigió palabras profesionales, ligeras y bondadosas. Luego se fueron borrando las sensaciones y, no sé cómo, llegué a estar tendido en una cama.

- Tienes que estar una semana sin hablar -dijo mi madre.

La miré con muda interrogación.

- Mira, cuando quieras algo vas a coger esta cajita. La he llenado de canicas y suena cuando haces así -y el ruido se extendió por toda la casa mientras agitaba la caja.

Naturalmente, me resultaba tan divertido que empecé a dar la matraca a mi madre a todas horas. Le hacía gestos imperiosos de que quería comer, que me acercara un cuento, abriera la ventana o la cerrara. Empezó a no hacerme mucho caso, a tardar más de lo que se demoraba al principio, pero a mí me daba igual. Yo agitaba frenéticamente mi caja con bolas y mientras lo hacía me olvidaba de que estaba en la cama, que no podía hablar, que comía apenas unos purés asquerosos. Mi diversión estaba garantizada.

Una mañana al despertar, cuando mi madre entraba con un vaso de leche templada, vino mi padre con un paquetito que cabía en la mano cerrada.

- Esto es para ti -me dijo extendiendo su mano con el regalo-, a ver si dejas de marear a tu madre.

Cuando lo desenvolví excitado encontré un cañón de juguete. Era pequeño, probablemente una bagatela, pero tenía un muelle y se podían disparar proyectiles de papel apretado. Del mismo modo que el ciudadano Kane mencionando en su lecho de muerte el nombre del trineo en el que se deslizaba de pequeño, cierro los ojos y veo ese cañoncito que el tiempo y el cambio de domicilio terminó por olvidar en cualquier estantería. Dejé de utilizar la caja de bolas, casi llegué a ignorar que no tenía que hablar y susurraba ¡plum, plum! mientras disparaba el cañón sobre unos soldados inertes que alineaba más lejos. Pasaba las horas disparando sin cesar una y otra vez.

Sólo tuve una sensación igual cuando, más mayor, una enfermedad peligrosa me postró en cama y mi padre, también él, vino un día con un nuevo fascículo que había salido sobre Ciencias Naturales. Así, años después me embebía en la lectura de los animales prehistóricos, los secretos de la selva amazónica, las propiedades de las rocas y los volcanes, olvidándome de paso de la fiebre alta que me consumía, de las visitas frecuentes de los médicos que hablaban de un envenenamiento de la sangre. No veía la solicitud de mi madre, el ceño fruncido y preocupado de mi padre. Sólo sabía que no tenía colegio y que esa lectura de los misterios de la vida animal y vegetal me atrapaba, me llevaba a mundos desconocidos.

Siempre he sido un tremendo curioso, un insaciable buscador de conocimientos. El mundo me parece aún enorme, lleno de misterios y secretos. Los tenemos fuera de nosotros y en nuestro interior, misterios insondables de difícil adquisición. La vida entera no es suficiente para perder la fascinación por las cosas hermosas que nos rodean, las distintas maneras de vivir, de sentir, de ser hombre o mujer. Todo ese instinto se despertó entonces, con un pequeño fascículo al que siguieron otros hasta completar cuatro volúmenes enteros. Sin duda resultó un esfuerzo económico para una familia que andaba a la última pregunta, intentando salir del pozo de una vuelta a Madrid, con pocos ahorros y muchas ambiciones de progreso. Pero fue un tesoro inmenso para mí.

Estos son momentos de felicidad. No te das cuenta cuando los vives, mucho menos de niño, cuando aún no has averiguado que todo se puede derrumbar, que ese estado es frágil y puntual, que nada dura, ni para bien ni para mal. A medida que creces en edad te das cuenta de esa fragilidad y resulta casi imposible vivir la felicidad con abandono, la entrega de tus pocos años. Buscas el amor, vives pendiente de unos labios que te sonríen, de una mano que se acerca a acariciar tu cara y sabes que es un momento de felicidad, uno de esos instantes que valen por toda una vida, cuando un sentimiento te atrapa, te vence y domina. Pero en el momento preciso, incluso cuando hay una entrega física completa, puedes llegar a observar, como viéndote desde fuera: sí, todo es maravilloso, pero ¿cuánto durará? ¿será posible que un amor tan grande termine por torcerse? Entonces la felicidad se vuelve un globo en el que se ha abierto una fuga, un pequeño agujero que terminará por hacerte infeliz una vez más. Te convences así de que la felicidad no es duradera.

Sin embargo, la perseguimos sin descanso, decimos: quiero ser feliz, sólo eso, como si fuera poco lo que se pidiese. Nos engañamos buscando amores absurdos, conformidades,

éxitos fáciles en la profesión, con tu pareja, los amigos. Pero luego quedamos vacíos porque a solas no podemos engañarnos eternamente y, si lo intentamos, siempre habrá alguien que nos diga, ¿qué dices? ¿creíste que eras importante? ¿que lo que tenías te duraría siempre?

Recuerdo una noche de aquellos años en Tángier, en torno a los diez años. Era la noche de Reyes, el cinco de enero. Habíamos estrenado televisor no hacía mucho, un aparato en blanco y negro, enorme. Apenas podía verse porque, al otro lado del Estrecho, la nieve invadía su pantalla durante horas enteras.

- Es el convertidor de Guadalcanal -decía mi padre.

Había leído en un comic de Hazañas Bélicas las aventuras de unos soldados heroicos norteamericanos en la batalla de Guadalcanal. Naturalmente, uní ambos hechos y esperaba impaciente que esos mismos soldados arreglaran ese famoso convertidor para que mi padre pudiera ver el fútbol y yo pudiera curiosear lo que echaran. Pero eso, que yo recuerde, nunca sucedió y no vi bien un televisor hasta que llegamos a Madrid. Aún así tuve la oportunidad, en vísperas de la noche de Reyes, de ver el anuncio de uno de esos circuitos de coches teledirigidos que entonces empezaban a ser conocidos.

Hubiera dado lo que fuera por aquel juguete. Se lo dije a mi madre, que lo iba a pedir a los Reyes tratando de disimular el hecho de que mis amigos ya me habían explicado el secreto de tales regalos, sin que me afectara en lo más mínimo. Sólo quería ese circuito al precio que fuera. Lo deseé como quizá no haya deseado nunca nada más porque de niño el deseo es completo y nos invade todos los recovecos de nuestro ser, porque piensas que si algo deseas de verdad llegarás a tenerlo y si no es así, todo se hundirá.

Pasé la mañana del día seis llorando sin cesar, inconsolable. Mi madre me desenvolvía los muñecos de siempre, los indios y los americanos a caballo, y yo lo veía todo entre lágrimas. Fue un llanto nada estrepitoso pero continuo, fue un dolor que me laceró por dentro como nunca lo había sentido. Luego he comprado ese mismo juguete a mis hijos, cuando lo pidieron, y recordando aquel suceso terminé por jugar con ellos, construir la pista, arreglarles los coches que se obstinaban en salirse de su guía, reírme de sus gestos y desafíos. Pero ya no sentía lo que entonces ni era posible, naturalmente. No por la entidad del juguete sino por la naturaleza del deseo.

Hubo entonces infelicidad, desilusión y dolor en mi infancia. No lo comparo con nada, con esa niña mora que extendía su mano, la dicha encerrada en una patata frita, con tantos niños explotados y humillados, no. Cada uno tiene su experiencia, su propio dolor que contar, aquellos deseos que no pudo satisfacer y cuya ausencia puede aún atraparle, tantos años después. Pero esa infelicidad eran momentos puntuales que por ello recuerdo. En general no era así y puedo haberme considerado un niño dichoso. Esta dicha se quebró sólo cuando me di cuenta de que los deseos de mis padres me llevaban lejos de aquel jardín de mi infancia, mis amigos, el mundo en el que me había desenvuelto. Cuando faltó todo aquello, inerme ante el cambio de circunstancias, algo que nadie me había preguntado ni yo quise nunca, es cuando me di cuenta de cuánta felicidad tuve con un cañoncito, con un helado, un gol metido, los abrazos de mis compañeros, la cara de aquel chico de ojos azules y el beso que le di. A medida que pasan los años y todos esos recuerdos se vuelven añejos uno empieza a preferir otra clase de felicidad madura, más consciente de sí, más duramente ganada también. Pero vuelves la vista atrás, donde todo empezó, y te das cuenta de que marchaste para siempre de un paraíso que ya está perdido sin remedio.

Fue a Mari Carmen a quien se le ocurrió. Dijo:

- ¿Por qué no hacemos una casa?, una para nosotros solos.

Asunción meneó la cabeza.

- ¿Con qué la haremos?, no se puede hacer una casa porque sí, no tenemos nada con que hacerla.

- Con ramas -contesté-, podemos poner muchas. He visto en la tele que así lo hacían en el Amazonas una tribu que han encontrado perdida en la selva.

- Bueno, ¿y cómo lo hacían, listo? -preguntó Asunción con el ceño fruncido.

- Pues no sé, ponían estacas de madera y luego ramas por encima y vivían dentro medio desnudos. Eso es porque allí hace mucho calor y luego se bañan en el río que tienen.

Mari Carmen me miraba con la eterna fijeza de sus ojos, esa atención que se presta al amigo que es un año mayor y que suele tener ideas. De ese modo me recuerdo entonces, con una curiosidad desmedida y mucha imaginación. Miraba la televisión, ese aparato fantástico casi siempre lleno de nieve. En él pasaban cosas, había partidos de fútbol, un señor se sentaba delante de nosotros y nos decía qué estaba pasando en España. A mi madre se le caía la baba discutiendo animadamente de cada región que mencionaban. De allí es la abuela Manuela, decía de repente, de un pueblecito que hay al lado de Calatayud, donde fuimos tu padre y yo de luna de miel, añadía, y los ojos se le ponían vaporosos y lejanos. Prestaba poca atención a lo que decía porque estaba mirando los pantanos tan grandes que aparecían, extensiones de agua enormes que parecían mares. Luego un señor se paseaba por allí rodeado de gente y cortaba cintas, daba a un botón y, de repente, salía un gran chorro de agua mientras el locutor parecía entusiasmado.

Miraba la pantalla e inventaba historias. Al parecer, comentó un día mi hermano, varios pueblos viejos quedaban sepultados bajo el agua cuando se hacía un pantano así. Ante mis dudas me lo juraba, asegurando que lo sabía a ciencia cierta. Inmediatamente lo comentaba con mis amigos, eternos confidentes.

- Cada vez que hacen un pantano de esos, varios pueblos quedan bajo las aguas.
- ¿Y la gente? -replicaba Asunción-, ¿dónde va la gente?.
- Mi hermano dice que viven pocos allí y muchos son viejos. Los llevan a otro lado, les regalan una casa o se van con su familia, eso no lo sé muy bien. Pero también me dice que por las noches se escuchan las campanas de las iglesias tocar bajo el agua, que eso ha oído -aclaraba a la defensiva.
- Eso no puede ser -decía enseguida Asunción, que siempre me llevaba la contraria-, cuando estás bajo el agua y gritas nadie te escucha fuera.
- A lo mejor lo oye gente que bucea -me ayudaba Mari Carmen.
- Ahí van a estar los del pueblo de al lado, buceando por las noches, vamos.
- Bueno -cedía yo-, pero cuántas cosas se quedarán ahí abajo ¿verdad?
- Pues cosas que no sirvan, me parece, no te van a dejar los brazaletes de oro para que los buceadores los encuentren.
- No sé -soñaba-, pero quizá se hubiese cometido un asesinato y quedase el cadáver allí, comido por los peces. O haya unos extraterrestres que vengan del espacio y sean mitad hombre y mitad pez y respiren debajo del agua, esos sí podrían vivir allí y nadie se enteraría.
- ¿Pero cuándo vamos a hacer la casa? -terciaba aburrido Juanito.

Cansados de la discusión empezábamos a recoger ramas sueltas, hojas. Aún me veo llevando en las manos algunos palos y tropezarme en lo alto del jardín con Mari Carmen, dulce recuerdo de mi niñez. Las manos llenas de hojas, las piernas delgadas asomando bajo la falda, su eterna sonrisa al mirarme. Daría mucho de mi vida por volver a aquel jardín, siquiera unos minutos, una hora todo lo más, sólo eso. Ver a cuatro chiquillos reuniendo ramas, dándose órdenes, coge de aquí, ayúdame, dame aquellas de allá. Ir construyendo afanoso una casa de hierba y ramas, de flores y plantas. Preguntaba para qué las flores y Asunción replicaba: porque quiero yo. He conocido muchas mujeres voluntariosas a lo largo de mi vida, mujeres con carácter que pisan fuerte y no ceden terreno, que dicen así soy yo, ésta es mi forma de ser, si no la aceptas te apartas. Asunción fue la primera, apenas dos años mayor que yo, alta, delgada, morena, siempre seria, como calculando las mejores opciones, los siguientes pasos.

Colocábamos más y más ramas. Habíamos empezado en una esquina entre el muro que nos separaba de la calle y el alto aligustre que bordeaba el jardín. En aquel rincón levantamos una casa como quien teje un sueño hermoso, el de ser niños, pensar que todo es posible, la amistad, la felicidad de las horas a su lado, la imaginación que nos llevaba a trazar rayas en el aire de nuestros pocos años. Quisiera ver de nuevo a aquellos cuatro chiquillos acurrucados dentro sobre un suelo de hojas y pedazos de periódico, tener en mis manos la posibilidad de apretarme junto a ellos si cupiera, guardar silencio allí, a su lado, escucharles construyendo historias.

- Ahora tenemos que hacer como en casa -comenzó Asunción-, yo soy la madre, tú el padre y Mari Carmen y Juanito nuestros hijos.
- Pues la madre tiene que hacer la comida -decía su supuesta hija.
- Está bien -asumía consecuentemente su papel-, tráedme la comida que está en la nevera.

Empezábamos a rebuscar por el suelo hasta encontrar semillas alargadas que habrían de ser chuletas para freír, piedras transformadas en patatas, hierba que haría el papel de sopa. Nos colocábamos excitados unos junto a otros mientras ella freía nuestras chuletas riéndonos de las ocurrencias de Juanito, que las quería muy fritas, del hecho de que no me gustaba la sopa y protestaba.

- Todo el día trabajando -decía yo-, para venir a casa y encontrarme esta sopa.
- Pues te aguantas -replicaba la madre- porque no hay otra cosa.
- No hay derecho -intentaba yo mantener la dignidad.

Al rato estábamos todos comiendo y diciendo qué rico estaba, si había que echarle sal, si no teníamos postre. Empezábamos entonces una búsqueda incansable de un pastel enorme lleno de nata que hacía que Juanito se relamiese. Pasábamos la tarde allí, sin salir apenas de la casa a la que regresábamos otros días para sentir que era un lugar propio, un sitio donde no llegaban las madres ni los padres de verdad, que la portera no iba a curiosear. Allí no nos alcanzaban las riñas ni los deberes, obligación alguna. Sólo sentíamos un hombro amigo que se apretaba contra el nuestro y las piernitas de Mari Carmen siempre a mi lado y sus manos que me pasaban la comida, compartiendo los deberes que simulaba hacer mientras yo les vigilaba entre risas diciéndoles que aligerasen si querían bajar abajo.

Dulces años de felicidad que se me fueron de las manos, arrancados un día de un mes de julio. Me gustaría, sí, pasear por el jardín y verles de nuevo, llevarles otras ramas más fuertes con las que construir su casa, una que no se tambalee como aquélla, que resista la lluvia y el temporal, el frío y el calor. Que aguante los años y las desilusiones, los triunfos que nos hicieron soñar, los fracasos que nos arrojaron a tierra abruptamente. Una casa llena de luces y risas, de niñez y buenos recuerdos. Allí me gustaría volver y sentarme a su lado, decirles: mirad quién ha venido, soy yo. Han pasado tantos años, amigos, tantos han sido. He querido realizar cosas grandes, hacer realidad los sueños que me llenaban la cabeza. Tuve la pretensión de querer como os quería a vosotros, con la misma dulzura, idéntico desprendimiento. Ignoro si lo he conseguido y, cuando lo hice, no sé si me traicioné.

Me he equivocado mucho, amigos, y llego hasta vosotros lleno de errores y sufrimiento pero me da mucha alegría veros aún aquí, en este jardín que he soñado tantas veces, que tanto he recordado, refugiados en esta casita hecha hace cuarenta años. Ahora que regreso veo que sigue en pie, y vosotros continuáis estando aquí, eternos prisioneros del recuerdo. Sigue entre vosotros el niño que fui, el que ahora me mira con sus ojos miopes sin comprender, sonriendo sin saber por qué. Mari Carmen también, dientes saltones, ojos bonitos, y Asunción me frunce el ceño, tal como recordaba. Estáis ahí, amigos, me esperasteis, aguardando a que pasara el tiempo y me fuera lejos, viviera muchas cosas, para que pudiera volver a veros, sentarme a vuestro lado con las lágrimas que se me escapan, con una sonrisa de agradecimiento. Estando a vuestro lado se van borrando las canas, las equivocaciones, los deseos que no pude conseguir, los sueños que dejé en la cuneta, las personas a las que hice sufrir, la culpa que me atenaza, el miedo también, la cobardía con que afrontamos la vida tantas veces.

Ahora sé que pasarán los años y el tiempo creará vencerme, inexorable, pero no será así. Porque os recordaré, arrastrando mis pies cansados hacia vosotros hasta encontraros, me sentaré a vuestro lado compartiendo vuestra comida imaginaria. Veré entonces que mi cuerpo se aligera, mis tobillos vuelven a ser de goma como entonces, irán desapareciendo las arrugas una a una. Entonces sabré que he vencido al tiempo, que nada podrá hacerme daño y siempre estaréis vosotros allí para correr conmigo por el jardín, suspiro de tiempo que me alcanza,

último sueño de la edad vencida. Volveré así a ser el niño que era, el que nunca he dejado de ser realmente. Cuando camine por los caminos de la vida que se bifurcan sin cesar, será aquel niño quien lo haga conmigo, quien me coja de la mano diciéndome: ¿sabes?, he imaginado que yo era un hombre mayor de casi cincuenta años, que me habían pasado muchas cosas, que la vida se torció, que se me murió mamá y mis hermanos se fueron, que los amigos marcharon y no los volví a ver. He soñado con ese hombre, que venía un día a verme allí en el jardín diciéndome: dame la mano, sé quién eres, aún te recuerdo. Y yo le daba la mano, como a ti, y le acompañaba muy lejos, a un mundo que ni siquiera pude soñar, uno donde ese hombre estaba solo y lleno de recuerdos y sólo me tenía a mí, finalmente, para poder caminar.

6

El señor Rivas tenía la cara afilada y un bigote ridículo pero su sonrisa era ancha, la más agradable que recuerdo. Algunos domingos en que comía en casa me sentaba, a los postres, junto a él. Ni siquiera escuchaba las conversaciones aburridas de adultos que nunca me interesaron. Él fumaba echando el humo hacia arriba mientras me miraba de reojo como diciendo: ya sé lo que quieres, ten paciencia. Finalmente, no la tenía y le tiraba de la manga. Mi padre fruncía el ceño y su mujer sonreía tapándose púdicamente la boca con la mano. Nunca supe su nombre, nadie le llamaba por él. Era Rivas para mis padres, el señor Rivas para nosotros los chicos, un catalán emprendedor que tenía negocios de comercio marítimo, según me enteré mucho después. Trabajaba en una empresa consignataria de buques radicada en Cádiz. La hija iba a la misma clase que mi hermana, eran como uña y carne, siempre prestándose libros, cuchicheando en su habitación cuando las visitas empezaron a menudear.

La colonia española de Tánger era numerosa pero todos terminaban por conocerse. Los hijos íbamos al mismo colegio, luego al instituto, las madres nos buscaban desde pequeños a la salida y allí charlaban, referían incidentes de su vida cotidiana, comentaban lo que sucedía con el rey de Marruecos, los cambios políticos que se iniciaban por entonces. Hablaban de proyectos de volver, mi madre contaba sus años en Madrid, historias de la guerra, del hambre y el racionamiento. Allí, en la puerta del colegio donde los niños salíamos abrazados unos a otros, empujándonos, arrastrando nuestras carteras, se tejieron amistades, se anudaron lazos que el tiempo iría desgastando lentamente, a medida que cada cual cumplía su sueño de regresar a España.

Los Rivas vivían en Tánger pero también tenían casa en Cádiz de manera que el hombre iba y venía, según las necesidades de su trabajo. Aún recuerdo cuando mi madre me decía que íbamos a ver a Sarita, la mujer. Era una señora pequeña, con un flequillo sobre los ojos que a mí me hacía gracia porque había visto una foto de un perrito pekinés y me parecía exactamente igual. Pero su sonrisa era dulce, sus ojos alegres y juguetones, y yo sentía, con la intuición de los pocos años, que sentía cariño por mí. Pasaba su mano por mi cabeza cuando

llegábamos a media tarde y se inclinaba para ofrecerme un bocadillo de chorizo. Las dos mujeres iban entonces a la sala, se sentaban a charlar interminablemente mientras yo cogía ese bocadillo enorme y entraba en la habitación del hijo, me dirigía al armario que él me indicó un día y allí, extendidos sobre las estanterías interiores, encontraba el mayor tesoro que mi mente podía concebir. Empezaba a mirarlos hasta que escogía un buen montón, atento siempre a conservar luego el orden en que estaban colocados. Luego me tiraba en la cama boca abajo con el bocadillo en la mano izquierda y los cuadernillos de Hazañas Bélicas extendidos frente a mí.

Las horas discurrían casi sin sentir, la oscuridad iba poblando la habitación. Aún me veo allí cuando leo ahora novelas, al sentarme en un sillón y sumergirme en otras historias, los mundos perdidos de la ensoñación y el deseo. Entonces aprendí lo que era leer siguiendo con el aliento casi interrumpido, el ánimo en vilo, las aventuras de un sargento de hierro al frente de su pelotón de combate internándose por detrás de las líneas enemigas, buscando trampas en la selva que los temibles japoneses iban sembrando. Aquellos aviones que venían a descargar su mortífera carga para que, finalmente, fuera la heroicidad de un puñado de hombres resueltos los que permitieran librar la isla del Pacífico del dominio de los nipones. Admiraba a esos hombres mientras engullía el bocadillo de chorizo, seguía sus desventuras, las desgracias que les acosaban, vibraba con las arengas del sargento, emocionándome con la explosión que hería a aquel muchacho que se encargaba de la radio. Tardes leyendo, releendo las mismas historias en silencio, olvidándome muchas veces de encender la luz. Las dos mujeres debían de maravillarse ante mi acomodo y mi silencio, pero yo los ignoraba a todos. Mi madre tenía que arrancarme de allí, decirme que ya era hora de volver. Yo no quería, siempre ilusionado con que Sarita me dejara llevarme esos maravillosos cuadernos, unos pocos al menos, pero nunca se le ocurrió porque su hijo era muy cuidadoso y aún le costaba dejármelos ante el temor de que los manchara o estropeará.

Leer y soñar, imaginar mundos que no conocía pero que me atraían irremisiblemente. En casa no teníamos dinero para libros. Por ello nos nutríamos de aquellos que le regalaban a mi hermana por su buen aprovechamiento en clase, cuando la señorita Espinosa se levantaba en cada sesión de fin de curso y pronunciaba el nombre de los mejores estudiantes. Esperaba ansiosamente la vuelta de mi hermana cargada con algunos libros sobre los que abalanzarme. A veces eran obras extrañas, absurdas, libros sobre romanos o griegos que nadie había oído. Pero una vez fueron las “Mil y una noches” que me fui tragando en cuanto mis padres acordaron que podía hacerlo tras consulta con el director del instituto. En otra ocasión llegó a mis manos otro volumen titulado “El conde de Montecristo” que me condujo al deseo de venganza, a la necesidad de que se reparase la injusticia cometida sobre el pobre Edmundo Dantés.

Los domingos en que venían a comer los mayores lo hacían en el comedor mientras los hijos nos agrupábamos en la cocina. Luego, en cuanto podía, acechaba a los padres que tomaban un café sin prisa alguna. Me colocaba junto al señor Rivas y Sarita sonreía, mi padre se molestaba un poco y mi madre me hacía un gesto de que esperara. Pero el señor Rivas se giraba finalmente hacia mí y decía: ¿qué sucede, hijo? ¿quieres que te cuente una historia?.

Entonces se trasladaba al sillón que siempre ocupaba en esas circunstancias y todos los chicos íbamos cuidadosamente a ponernos a su lado. Empezaba con su eterna sonrisa a contarnos sus historias de cazador. Me quedaba absorto cuando mencionaba al gran jabalí de colmillos afilados que, tras ser herido equivocadamente por un compañero, se revolvía contra él, los ojillos amenazadores, el morro babeante, los colmillos hendiendo el aire camino de su

muslo. En ese momento el señor Rivas se alzaba todo lo largo que era, tranquilo, sin miedo ni prisa alguna y le encañonaba con su escopeta hasta que estaba lo suficientemente cerca para derribarlo de un solo disparo. A mí me parecía que era el hombre más valiente del mundo, el más decidido, el mejor cazador, tal vez incluso por encima de ese heroico sargento que luchaba contra los japoneses en las islas del Pacífico, más de lo que yo podría ser nunca.

No sé qué fue de él, seguramente habrá muerto ya, era mayor que mis padres. Quizá olvidara en sus últimos años cuáles habían sido sus aficiones, las escenas de caza que recreaba para unos niños tan vívidamente. Es posible que no recordara ya al chico que estuvo escuchando embelesado sus relatos heroicos, la acometida de ese jabalí herido, el brillo fiero de sus ojos. El animal que le buscaba para herirle, quizá matarle. También el temple, la serenidad con que levantó la escopeta para decirle que sería él quien ganaría. Si olvidó todo eso ya no habrá sido nada, un guiñapo sonriendo entre dientes por causas ignoradas, un temblor de las manos al sostener el plato de comida, un vacío que se extendía sobre su vida. Pero puede que no, que el recuerdo volviese en el último momento, cuando ya la suerte estaba echada y pudiera verse como yo me lo imaginaba frente al animal, sereno frente a la muerte, la escopeta al hombro, la firmeza del brazo y su voz que decía: aún no me has vencido, todavía no.

7

He buscado por internet muchos años después. Me acordaba extrañamente de su nombre completo. No era un compañero al que tratara especialmente, apenas un momento a su lado es lo que recuerdo, pero me fascinaba. No sé qué era, su elegancia quizá. Ahora me parece inverosímil que un niño de diez años se fijara en alguien a su lado por tal cosa cuando todos íbamos desastrados, jugando al fútbol, corriendo, cayéndonos por el polvo que terminaba por cubrimos con un manto de suciedad. Si no era elegancia, era belleza, unos ojos grandes, hermosos, que te miraban abiertos y serenos. No sé por qué he guardado este recuerdo casi medio siglo: sus ojos, la apostura con que estaba allí, cuando pasé a su lado un día. Supongo

que soñé con mi gesto, tampoco me parece creíble que llegara junto a él y le besara en la mejilla, así, por las buenas. Si tuvo lugar debió de tener algún motivo, como el que realizan los jugadores de fútbol al meter un gol, el abrazo tumultuoso. Debió de pasar algo de ese tenor, no resulta posible que yo pasara andando al ir a clase o por cualquier otro motivo y me acercara a él y le besara. No creo que él no reaccionara especialmente. Que me mirara sonriendo como recuerdo y luego girara la vista sin saber que sus ojos se me habían marcado dentro y para siempre. Todo esto lo soñé pero incluso como sueño me resulta sin mucho sentido.

Lo he encontrado en la red: eminente ginecólogo de Barcelona con clínica propia, médico al igual que su padre, hombre también conocido en Tánger por ese motivo. Tiene ahora una cara tosca que en nada recuerda al que yo creí ver; unos ojos normales y no los luminosos con que yo lo pinté en mi recuerdo; una cara ya crecida, algo abotargada, el pelo ralo. Ignoro por qué le recuerdo así, luz de belleza en mis años de niñez, distante, hierático, como ese ideal que se anhela, limpio pero lejano. Qué tuvo, cómo fue la realidad, ésa que alguien puede observar desde fuera y ver a dos niños, cómo uno se acerca al otro y le besa un momento, el otro sorprendido pero conforme, lo deja pasar y el primero se va con su cartera en la mano en dirección a su clase.

Recuerdo las mañanas bajando por la calle en compañía de aquella vecina del piso de enfrente. Quisiera explicar su presencia, de dónde salió, cuál era su pasado, pero no puedo. No me importaban tales cosas a los diez años. Tan solo me acuerdo de su cara alargada, morena, su pelo rizado. Aquel chico era judío y esta vecina, árabe. Tánger era una mezcla de razas y gentes que convivíamos entremezclados, cada uno buscando su asidero cultural, los árabes por un lado, los franceses, los judíos y españoles. Pero ella me gustaba porque era dulce y buena compañera, porque me defendía cuando a veces andábamos juntos y algunos chicos llegaban al insulto acusándome de que me gustaban las moras y repetían: te gustan, te gustan ¿qué haces con ellas? A mí me dolía y quedaba callado sin saber qué decir. No me gustaban especialmente las moras pero ella sí, las manos alegres con las que me enseñaba el avión de juguete que le habían regalado, cómo nos sentábamos codo con codo en el suelo de la sala y hacíamos ¡brrrrrr! El avioncito pasando de mano en mano, trazando en el cielo de nuestra imaginación lazos, maniobras arriesgadas que ejecutábamos sin dudar, aviadores de un mundo donde no había odios ni resquemores, donde no existía el rechazo y sólo valía la amistad.

La galleta de chocolate a la que me invitó un día, cuando volvíamos del instituto. Me dijo que esperase al llegar a un puesto en la calle y la señora que atendía alzó la vista toda cubierta por la chilaba y los trapos que le tapaban media cara. Yo esperaba paciente porque no sabía qué hacía, por qué se paraba. Luego vino con dos galletas enormes rellenas de chocolate y me dio una diciéndome que era su cumpleaños. Contesté que bueno, que gracias, y nos las fuimos comiendo despacio camino de casa. Ni siquiera le felicité, decirle que cumpliese muchos más, que fuera feliz en su día. ¿Para qué?. Ya éramos felices caminando los dos, alas en los pies, chocolate en los labios y nos mirábamos riendo como si el mundo fuera una galleta llena de chocolate que pudiéramos comernos de un mordisco. Momentos dulces de infancia que acuden ahora, cuando la felicidad es difícil de alcanzar, los sueños lejanos, los fracasos inevitables, el sufrimiento esperándonos tras cualquier esquina. Entonces la necesidad era tan poca, escasa la ambición, tan grande el contento. Un paseo por la avenida camino de casa, ella a mi lado, los dos comiéndonos las galletas e intentando decir algo con la boca llena.

He probado muchos bollos rellenos, incontables galletas. Una vez, cerca del pueblo de Barajas, creí recobrar ese sabor. Se lo pregunté a la señora que me dio esa nueva galleta. Me

contestó que la hacían los norteamericanos de la base de Torrejón, no sabía su nombre, su marido las compraba en esa base a granel cuando terminaba su turno allí. No quise insistir, opté por no decirle nada más ya que era una visita de cortesía, no había demasiada confianza. Mientras mis padres hablaban con ella yo comía lentamente alguna de esas galletas y, saboreando su chocolate, el sabor de la pasta, me venía a la memoria aquella chica de la que no supe nada más. Sólo aquel avión de juguete, los paseos hasta el instituto y la galleta que me regaló. Ni ella ni yo sabíamos cuán importante sería, todo un mundo encerrado en su relleno. Calles llenas de burros que andaban lentamente por la calzada, cargadas sus alforjas, los coches sorteándolos. Árboles de la avenida que me llevaba a casa en su compañía, besos que soñé dar, insultos que recibí y ella que les gritaba, les insultaba a su vez y sus labios temblaban hasta que yo decía: no les hagas caso, son tontos, y le tomaba la mano e íbamos los dos así luego, callados otra vez, el tiempo detenido para siempre.

Siento el beso, siento su mano, el chocolate en la lengua, el tiempo que se nos lleva irremediable dejando ese regusto a infancia vivida, a sueños de niño. Mi llegada a casa, dejando los libros, cuadernos, los lápices, en la mesa que compartía con mi hermano, donde a la tarde tendría que hacer los deberes. Luego, en la cocina mirando a mi madre atareada:

- ¿Cuándo comemos?
- Pronto, hijo, pronto.
- ¿Qué ha salido en el jabón?
- Mira a ver -señalaba-, está ahí, sobre el estante.

Cogía la figurita que venía en el paquete de jabón, un cochecito diminuto, un muñeco tosco y liviano, una barca, un avión. Empezaba a tantearlo intentando construir una nueva historia, que yo era aviador de nuevo, un valiente capitán de barco, el conductor de un bólico de carreras. Mi madre iba de un lado a otro mientras yo permanecía sentado en un rincón haciendo ruidos raros, imaginándome en el cielo, en el mar.

- Me ha sobrado nata, ¿te la guardo para esta tarde?
- ¡Sí, sí! -decía yo, entusiasmado.
- La tengo en la nevera, luego te la tomas pero no eches mucho azúcar.
- No, mamá.

Dejaba el muñequito para saborear ya, de antemano, esa taza llena hasta arriba de la nata que había recogido con una cuchara al hervir la leche. Luego miraba el fuego del fogón y me quedaba extasiado viendo fluir las llamas por dentro, cuando mi madre destapaba la parte superior para echar más carbón. Tomaba el gancho con mano experta, levantaba la tapadera circular y yo pugnaba por asomarme cuanto más mejor, ella retirándose, yo porfiando hasta llegar a un acuerdo por el que yo pudiera ver las llamas que crepitaban allí dentro, en la tripa de ese gigante negro que hacía las veces de cocina.

Así pasaban tantos días que se me han quedado grabados para siempre, ahora que ya se fueron. Me gustaría volver a sentarme allí con ella, con mi madre, aquella mujer siempre dispuesta, luchadora. No recordar a la anciana consumida, desorientada, sobre una cama del hospital. Que se me borren por un momento esos recuerdos amargos, tan cercanos, y queden aquellos, cuando veía su espalda moverse de un lado a otro y luego se volvía de repente para sonreírme, la frente sudorosa, el cazo aún en las manos.

- ¿Sabes de lo que me estoy acordando? -decía.

La miraba interrogativo.

- De cuando te bebiste media lata de gasolina -reía, pasado ya el peligro-. Eras muy chico y viniste al comedor. Te dije: acércate, porque te veía raro, como si hubieras cometido una pizia (así pronunciaba ella). Aquella vez te olía toda la boca a gasolina. Entonces fui corriendo a la cocina y comprobé que la lata que usaba para el fuego estaba mediada cuando yo la había dejado entera.

- ¿Y qué hiciste?

- Te di a beber vasos y vasos de leche hasta que vomitaste, pobrecillo, y avisamos al médico.

- ¿Quién, Maté?

- Sí, el mismo, entonces estaba más joven y vino corriendo.

- Ahora está muy gordo.

- No se lo digas que le sienta mal.

- Pero está gordo.

- Bueno, hijo, cada uno es como es.

Luego se hizo el silencio pero aquel día le había dado por recordar.

- Aún eras más chico y estabas ahí mismo, donde estás ahora. Estaba yo cocinando, exactamente como ahora. Te subiste a una banqueta, no tendrías ni tres años, te pusiste de pie y, cuando yo me volvía, diste un traspiés y te caíste para atrás.

- ¿Qué me pasó?

- Te diste un golpazo en la cabeza y te quedaste desmayado dos o tres minutos lo menos, yo creía que te habías matado.

- Tengo la cabeza dura -repliqué-, todo el mundo lo dice, y los tobillos de goma porque me los doblo y como si nada.

Ella meneaba la cabeza y seguía diciendo: hay que ver de lo que se acuerda una, hay que ver... ¿Qué fueron de tus recuerdos, madre? Ahora que ya no estás ¿qué fue de ellos? Si no me hubieras contado, ¿quién sabría de mi caída, de cuando bebí gasolina? Todo se habría desvanecido, sería una pompa de jabón que el viento lleva hasta desaparecer. ¿Cuánto se fue contigo, cuánto desaparecerá conmigo? Tus recuerdos, la mujer que fuiste, la joven que bailaba después de la guerra cuando vio a aquel muchacho delgado y guapo que la miraba. Qué será de mis recuerdos, madre ¿lo sabes tú? ¿Dónde terminarán por guarecerse, qué refugio encontrarán? Trataré de reconstruirlos por ti, que ya no estás, por mi padre, que los ha olvidado todos. También por mí, antes de que el tiempo me atropelle.

En ellos volverás a ser joven, dispuesta, tenaz. De nuevo tendrás cuarenta, treinta, quizá veinte años. Serás aquella muchacha que soñaba con bajar de blanco una escalinata de mármol para asistir a un baile en tu honor, la que se refugiaba de las bombas sobre Madrid en los portales, viendo, abrazada a una amiga, cómo una bomba segaba a un hombre la cabeza, el cuerpo derrumbado, destrozado y vosotras allí, congelado el grito de terror. Volverás a ser la que me ponía sobre tus rodillas y cantabas aquello de al paso, al paso, al trote, al trote, terminando con un galope enloquecedor en el que yo reía con todas mis ganas. Diversiones de niño, deseos de un helado, una galleta, una tacita de nata con azúcar. Ya no las hacen así, madre, la leche no se debe hervir, lo hacen otros por ti. Las galletas no guardan el mismo sabor, nada es como antes. Sólo queda cerrar los ojos y sentir, por un momento, el chocolate en mi boca, el recuerdo de tu cuerpo diligente en torno al fogón, las llamas creciendo en su vientre, contenidas, peligrosas. Tu cuerpo que se gira, tus ojos que me miran para recordarme ¿te has lavado las manos antes de comer?

8

Te pierdes, madre, te vas desvaneciendo entre sombras imposibles de recobrar. Sólo me quedan tus palabras, la sonrisa y tus ojos soñadores al evocar otro tiempo que nunca viví. ¿Y tú, padre? Viviendo entre olvidos y ausencias ¿aún puedes recordar algo de ella, de la que fue? La muchacha que entraba en el baile del brazo de las amigas con aquellos zapatos de entonces, tacón alto, ese garbo al andar, sus manos posadas en tus hombros, diciendo ven, diciendo no vayas más allá. Tan pocos años después de la guerra y tú, que deambulabas en busca de cualquier trabajo mal pagado. Recordaré para ti, padre, ahora que me miras entre incertidumbres e indiferencia, cuando espías mi cara sin saber quién soy apenas, una vaga ensoñación de otro tiempo borrado, y te frotas las manos en un gesto mecánico que nunca te vi. Hablaré de vosotros, los jóvenes que fuisteis en medio de la posguerra, con el recuerdo de tanta penuria, los sacos de tierra y las barricadas, el hambre y la necesidad, la huida y el miedo. A pesar de todo, la vida, la vida siempre, la de un joven al que la guerra no quebró todos los sueños, ni siquiera el interminable servicio militar en San Sebastián, el que despachaba vinos en la bodega de su cuñado cuando aquella tarde se miró al espejo.

Sonreíste, seguro que lo hiciste. Verías el traje cruzado a rayas, la corbata elegante, el pelo engominado hacia atrás, la sonrisa ancha, encantadora, esos ojos entre azules y verdes que te habían deparado ya alguna conquista. La muchacha que llegó al hospital donde te reponías del tremendo accidente con la bicicleta, la que abrió la puerta con un ramo de flores en las manos y mi madre allí sentada, estupefacta, indignada, y tú regodeándote de gusto ¿ni siquiera recuerdas eso?. Con la risa que se te ponía cuando me lo contabas en la mesa familiar, la burla aún en los ojos de mi madre, sus palabras sarcásticas: muy gracioso, sí, me hizo mucha gracia la golfa aquella, qué descaro.

Mirándote al espejo, los últimos retoques antes de bajar donde esperaban los amigos con los que ir al baile, pobres diversiones en un mundo devastado, alegría de ser joven, de querer serlo, tropezar con la diversión para sumergirte en ella. La vida, que se renueva tras la muerte y el caos. Los cuerpos que quedaron en las trincheras y que ahora irían contigo al baile, contando un chiste mientras brindaban con un vaso de vino por la morena de nariz poderosa de la que no separabas los ojos. Esos muchachos con la vida quebrada para que tú la recompongas, para que vivas por ellos, los que murieron, los que vivieron en una cárcel sintiendo que se les iba la esperanza, poblados de hastío, dolor y miseria. Por ellos fuiste al baile, no sólo por ti. Allí te acercaste cuando las primeras miradas ya habían volado entre vosotros y dijiste cualquier cosa, algo que rompiera el hielo, que os permitiera reír, siquiera sonreír, decir: mírame, te puedes fiar, y ella: aún no pero probemos, todavía no pero aquí me

tienes. Aliento de amor, de requiebros, acercamientos y roce, dos cuerpos que se aproximan sin saber si será esta vez, si valdrá la pena, qué nos depara este encuentro, dónde vamos, qué será de nuestro tiempo.

¿Me oyes, padre? ¿En qué mundo estás ahora, dónde terminaste yendo? Si al menos supiera que vives de nuevo todo aquello: el deseo, el calor de su mejilla cuando la ceñías con tu brazo y ella te separaba vacilando, siquiera unos segundos a su lado, tan cerca, decir estoy aquí, decir te deseo, déjame acercarme. Ojala estuvieras allí y fueras aquel joven guapo de las fotos, el que sonreía a la cámara de su brazo, tiempo después. Si al menos vivieras ese sueño no te molestaría más, sólo desearía que te perdieras en él avanzando, aunque sea a tientas, entre las sombras del tiempo pasado. Que llegaras a ese año, 1943, esa tarde de frío cerca de Callao, el baile en los bajos de un edificio que lo ha conocido todo: bailes, billares, máquinas tragaperras, cibercafés ahora. Que volvieras a tomarla del brazo para acompañarla, el aliento flotando en los labios de la gente que discurría presurosa por la Gran Vía, marchando con ella por la calle Fuencarral hacia su casa y allí, en pleno barrio de Chamberí, cerca de su portal, la besarás.

Ojala pudieras besarla una y otra vez, el tiempo detenido, los corazones para siempre jóvenes, que volvieras a verte como eras entonces, el brazo en su cintura, el frío que os sonrojaba las mejillas, el aliento que se transformó en uno solo. Los caminantes que pasaban a vuestro lado, mirando un momento, el sereno que hacía sonar su chuzo al comienzo de la ronda nocturna. Y vosotros, eternamente aislados en un mundo distinto, sin reglas, ausentes el hoy y el mañana, con toda la vida por delante. Soy el que tenía que venir. Soy la que tenía que quererte, la que siendo poseída te poseerá, la que construirá contigo un tiempo que aún no existe. El tiempo desde el que ahora recuerdo y evoco lo que no viví sino de manera vicaria, a través vuestro.

¿Es allí donde estás, padre? ¿Aún la continuas besando en la esquina de San Hermenegildo? Donde paseé con mi madre mucho antes de su final y dijo, divertida: mira, allí fue donde me besó tu padre por primera vez. Yo miraba una esquina con casas nuevas, farola de diseño moderno, sin ver otra cosa que un lugar más. Pero ella pensaría: es nuestra esquina, donde me besaste, donde siempre terminaré por esperarte. Vencidos los años, arrugado y enfermo nuestro cuerpo, borrado de tu memoria todo aquello que fuimos, los trabajos itinerantes, la escasez, la nostalgia de una España lejana, los hijos que iban viniendo uno tras otro, los viejos que hemos terminado siendo, enfermos, olvidados o muertos. Allí finalmente te esperaré para que, cuando yo me vaya, sepas que es ahí donde siempre he de estar, esperando un nuevo beso tuyo, uno que dure para siempre, que el tiempo nos respete, que no nos deje abandonados, tirados en una trinchera, el cuerpo destrozado, las esperanzas arrasadas. Que en tu beso esté el amor y, si ya no el futuro, al menos la alegría de aquellos años, cuando un beso era lumbre de esperanza, fuego de deseo, olvido de la miseria, el hambre y el frío.

Te pierdes, madre, pero no del todo. Quizá estés en su cabeza, tal vez esa sonrisa que ahora tiene no tenga que ver sino con su último recuerdo, al que se agarra como el bastión postrero de su vivir. Y en él estás tú, madre. Joven, deseable, el cuerpo aún delgado, firme, su mano en tu espalda, su boca contra la tuya, jóvenes que se buscan, cuyos labios se aferran el uno al otro diciéndose: ¿quién eres tú? ¿eres tú quien debía venir? ¿eres la vida, el futuro, el mundo que se abre? El otro que responde: lo soy, soy quien debía venir a apoderarse de ti para dejar que me venzas, perdido, agarrado a tus manos, a tus labios, decir en voz baja, me gustas, quiero volverte a ver. Sin saber que el amor huyó de tantas bocas, de tantas gargantas cuyo

grito se quebró por una bala, que estáis viviendo y amándoos por todos ellos, por vosotros, por mí, que os recordaré cuando todo el tiempo esté vencido, los recuerdos consumidos por el fuego del olvido, la bala de los años, la que finalmente nos arrasará y matará. Pero no hay muerte si hay recuerdo, padre, madre, para mí ahora sois los jóvenes que se besan, olvidados del mundo, los peatones, el sereno, los coches por Madrid. Olvidados del hambre, de mí, que aún no soy pero que ya os recuerdo. Por eso estáis allí ahora y allí os quedareis un rato al menos, hasta que cierre los ojos y sea otra imagen la que surja, otro tiempo, un nuevo pedazo de vida que pueda reconstruir para vosotros. Madre, para ti que ya te pierdes en las sombras. Para ti, padre, que ya has olvidado. Os pondré por escrito para vuestros nietos, muchachos que acompañarán también a unas chicas un día no lejano y terminarán besándolas en cualquier lado, donde sea, da igual. Cuando ellos lo hagan seréis vosotros de nuevo los que juntareis vuestros cuerpos llenos de juventud, de ganas de vivir.

Cerrar los ojos y dejar que fluya la vida. Siempre, la vida fluyendo y abriéndose paso. Sobre los muertos y sobre los olvidados, sobre los que recordamos y los que huyen a un mundo de ausencias. Para todos, la vida se abre paso y vuelve una y otra vez, incansable.

9

Estábamos los chicos excitados. Algo iba a pasar pero no sabíamos qué. Cuchicheábamos especulando sobre las últimas novedades, mi hermano que paseaba impaciente y miraba calle abajo, sus amigos que charlaban mientras los más pequeños escuchábamos con atención.

- Ya verás como no viene.
- Vendrá, le dije que le daría diez francos más si lo traía.
- No vendrá, se ha metido el dinero en el bolsillo y si te he visto, no me acuerdo.
- Están acostumbrados, para ellos es coser y cantar.
- Oye, ¿está todo preparado?
- Sí.
- ¿Y estos chicos? ¿qué hacemos con ellos?

Nos observaban a los cuatro que, expectantes, mirábamos sin comprender. Mi hermano me dijo con gesto de autoridad.

- Cuando empecemos os vais lejos ¿vale?, a la parte de arriba -y señalaba con el dedo, incontestable.

- Pero ¿qué es? -se atrevió a interrumpirle Asunción.

Mi hermano no se dignó contestar.

- Como os chivéis, os la ganáis -intervino el amigo.

- ¡Qué tontería! -dije yo sin poderme contener.

¿A quién se le podía ocurrir que fuéramos a chivarnos de cualquier cosa que hicieran? Los padres vigilaban, nos cuidaban, mi madre nos ponía el plato de comida en la mesa, el bocadillo de chorizo en la mano, pero las cosas de los chicos eran nuestras y no había más que hablar.

- No vendrá -decía el pesimista.

- Cállate y espera.

Nos pusimos a jugar en la parte de arriba, algo separados de donde los mayores seguían esperando, nerviosos, impacientes. Pero nuestros juegos eran distraídos, hacíamos propuestas que casi no seguíamos, atentos todo el rato a ver qué pasaba. De repente, todos empezaron a mirar hacia la calle y bajamos enseguida, corriendo. Venían dos niños, dos moritos de nuestra edad. Traían un palo en cuyo extremo había un bulto envuelto en telas, papel de periódico.

- ¿Qué es, qué es? -preguntábamos excitados.

- Apartaos -dijo mi hermano-, es un escorpión, es venenoso.

Nos quedamos boquiabiertos, sorprendidos. Un bicho semejante, el veneno en la uña de la cola. No era de esos saltamontes que cazábamos entre los arbustos para arrancarles metódicamente las patas y observar sus movimientos, la salivilla negra que soltaban por la boca cuando enfrentábamos dos así mutilados en lo que nos parecía una pelea, pobres barcas sin remos a merced de nuestra ignorancia. Aquello era indudablemente mucho más peligroso, había veneno, quizá una inflamación espantosa o la muerte acechando en ese bulto que los moritos enarbolaban mientras mi hermano se echaba la mano al bolsillo.

- ¡Hala! -concluyó mi hermano-, ¡largaos, enanos!

Desde lejos nos apostamos los cuatro e íbamos contándonos las novedades. Pese a mis esfuerzos veía mal, ya entonces afectado por una miopía que nadie sabía que existiera. Por eso seguía las descripciones de mis amigos.

- Están haciendo algo con unas hojas.

- Las están poniendo en forma de círculo.

- ¡Van a quemarlo! ¡Tienen cerillas! -gritó Mari Carmen.

- Lo leí, lo leí hace poco -dije excitado-. Cuando el escorpión se ve rodeado por el fuego se clava la uña en la cabeza y se muere por el veneno.

Nos quedamos callados mientras el fuego prendía en las hojas y empezaba a levantarse una leve cortina de humo. Estaban manipulando aquello, no podíamos ver más que las espaldas de varios amigos de mi hermano agachados, tocando aquí y allá, observando con mucha atención. Poco a poco fueron levantándose, hablando unos con otros. No esperamos permiso alguno y, cuando ya la pequeña fogata se apagaba, nos acercamos en tropel.

- ¿Qué pasó, qué ha pasado?

No nos dieron respuesta porque seguían discutiendo.

- Se ha clavado la uña.

- Yo no estoy seguro, el humo le tapaba.

- Te digo que se la clavó.

Revolvían el fuego con un palo, el mismo en el que vino el animal. Ahora era una extraña pasta derretida y algo transparente que se pegaba al extremo del palo mientras mi hermano trataba de moverlo.

Luego recogieron aquello para que la portera no lo notara y se fueron a jugar al fútbol. Nosotros seguimos allí hablando de animales y les enseñé el tubo que siempre llevaba encima. Era uno grande de pastillas para el dolor de cabeza de mi madre. Lo había llenado de alcohol y metí dentro el pequeño topito que había encontrado unos días antes. Lo sacamos con cuidado para observarlo, discutimos sobre sus patas, los ojillos cerrados, la piel que estaba pringosa. Les dije lo que había leído sobre los topos en la enciclopedia escolar, lo que me habían dicho en el colegio, que vivía bajo tierra. No me daba cuenta de que, pese a todo, se estaba descomponiendo lentamente, que mi madre terminaría por descubrirlo un día que lo dejara encima de una mesa, olvidado, una semana después. Iría finalmente a la basura y a mí me dolería mucho porque era un animal tan raro, todo el día ciego y cavando con sus uñas galerías bajo tierra, lugares donde refugiarse.

No sé por qué aquel bicho me fascinó durante un tiempo, por qué me dolió tanto que desapareciera en la basura cuando lo hizo. Muchos años después leí una historia de ciencia ficción sobre seres humanos que, tras una guerra nuclear, vivían en túneles subterráneos y tanto se acostumbraron a ello que terminaron por no salir. Sólo uno de ellos, Thumitak, se internaba por los corredores que llevaban a la superficie y allí descubría un mundo nuevo, uno que siempre estuvo allí, esperando a que los hombres volvieran a ocuparlo. Leyendo aquella historia recordé a mi pequeño topo, ese animalito a mi cuidado incluso después de muerto, su despojo conservado en un tubo que mi madre había desechado. Me acordé también de que lo había encontrado en la superficie, debajo de unas matas. Tantos años después me pregunté qué haría allí, por qué fue a morir en la superficie cuando su vida habría discurrido en las profundidades de la tierra. Ignorante de sus costumbres pensé que podría ser como el joven Thumitak, un descubridor de ese mundo que esperaba allí fuera, donde corrían niños y se quemaban animales con curiosidad científica, donde se les despojaba de sus patas sin remordimiento alguno. Quizá descubrir ese mundo le costara la vida, tal vez cerró los ojos y se dejó ir, probablemente estaba enfermo o era viejo y se murió sin saber la dicha que daría el encontrarlo a un chico de tan pocos años.

10

Se agolpan los recuerdos, las imágenes desordenadas e incoherentes. Todo el pasado se nos viene encima, si lo evocamos, como una avalancha de momentos que se pierden sin que sea posible ordenarlos en una historia. No hay un antes ni un después porque es como si viviéramos en un estado primigenio, al modo de esas culturas antiguas para las que pasaban los siglos sin alteración alguna. Pienso en aquel tiempo, en la grave cesura que lo hizo terminar cuando tenía once años, y me da la impresión de que lo que sucedía cuando tenía diez años era lo mismo que cuando contaba seis o siete, no hay rupturas, no hay momentos que quiebren el

curso de los acontecimientos. Por ello, cuando llamo a estos recuerdos hoy tan lejanos para que vuelvan a acudir se presentan todos en tropel, en una secuencia incierta.

Nací en una calle llamada Muley Idris. Sólo he visto una foto de aquella casa. Era grande, roja según me dijo mi madre una vez, no creo que se conserve ni pueda ya comprobarlo por mí mismo. Mi infancia, sin embargo, discurrió en el jardín del que he hablado, en una casa de pocos pisos, blanca, con un caminito de entrada que llevaba hasta el portal. Mi vida era el colegio por las mañanas, la sonrisa de mi madre que me esperaba cuando yo salía, de pequeño, abrazado a mis amigos. Eran los juegos incansables, la búsqueda de animalitos, la imaginación que empezaba a formarse y que presidiría toda mi vida, primero poderosa y desordenada, luego más encauzada y tranquila. Mi vida era el sol de cada mañana por la avenida de Francia, cuando ya de mayor iba hablando con mi amiga mora y veíamos la puerta del instituto donde nos separábamos.

Años a los que trato de dar coherencia, un nuevo significado, ver en ellos, siquiera empalidecido, el reflejo de lo que llegué a ser. Tengo casi medio siglo de vida y me han pasado muchas cosas desde entonces. He querido y me han querido, he tenido éxitos y fracasos, no sé en qué proporción, he sufrido y he tenido alegrías, he sentido dolor. Todo ello me ha hecho más maduro, es verdad, he crecido poco a poco hasta hacerme un árbol grande y grueso, más firme y viejo. He aprendido a vivir, a sostenerme, nunca del todo pero sí lo suficiente como para levantar la cabeza y no dejarme hundir. He visto el amor y el odio, el desprecio de algunos, la muerte de mi madre, los olvidos de mi padre, la lejanía de mis hermanos. Llegando a este punto retrocedo y no siento nostalgia de aquel tiempo de mi niñez. Es cierto que fui feliz, sí, y que recuerdo esa felicidad tan difícil de vivir ahora pero no deseo ser el de entonces nunca más. Estoy bien como ahora. Sólo que deseo recordar, volver la vista atrás hacia aquella época, dejarme llevar por el tiempo en que era tan pequeño, cuando nada sabía de amor ni de odio, cuando el esfuerzo y la constancia consistían en terminar los deberes a tiempo para poder jugar. Deseo volver como ahora soy, con mis años, ir de la mano de aquel niño, preguntarle qué hace, a qué juega. Mira a tu alrededor, mira, le podría decir. Observa este jardín porque luego lo recordarás con tanto cariño que sus contornos se irán perdiendo, sus colores se desvanecerán con el paso de los años. Las risas, los juegos, quedarán congelados en el recuerdo. Mira ahora, que lo tienes a tu alcance, que aún son vida presente, tiempo por vivir, posibilidades infinitas. Mira bien, que nada se escape, atrápalo, aunque sea inútil, aunque el tiempo nos venza sin descanso.

Mirarle de la misma forma que observa él su herida en la pierna, creyendo aún que no es suya, extrañado, como si le sucediera a otra persona y sólo pudiera mirar con estupor, indiferencia, la sangre que sigue manando y resbala por la pierna hasta colarse bajo el calcetín. Y dice ¡mamá! con dolor y angustia, corre escaleras arriba dejando goterones en los escalones. Así miro yo a ese niño. Sentir el dolor que a veces crece dentro de mí, el que sé que espera a la vuelta de la esquina, pasados unos años, cuando marche a Madrid y todo esto quede atrás. Pero ahora no, me digo, ahora déjale que corra, que se divierta tanto con sus amigos, que se meta en una casa de ramas y hojas de periódico y allí sueñe que forma parte de otra familia ficticia. Déjale porque tú buscas otra cosa. ¿Qué es lo que busco volviendo al jardín? Si no es nostalgia ¿qué es?

Debe de ser algo que no está en la boca del niño contar pero que sólo puedo encontrar a su lado. Volver casi cuarenta años después para hallarlo corriendo detrás de una niña con trenzas y dientes saltones, camino del colegio, luego del instituto, comiendo galletas de

chocolate con fruición, viendo una televisión casi siempre sin señal, jugando con cañoncitos y soldados. Mirarle y encontrar esa vida que entonces discurría suave y apacible, rescatar aquellos momentos desordenados y aparentemente confusos para darles, ahora, con los años pasados, un orden. Reconstruir los recuerdos, darles un nuevo significado para dar un sentido a mis casi cincuenta años, al sufrimiento que vino después, a la forma en que encaro las cosas, mis modos de reacción, la capacidad de amar, el deseo de que me quieran, que me amparen, protegerme del mundo exterior cuando trae sufrimiento. Sentir que finalmente puedo descansar en algún lado, reclinar la cabeza y encontrarme, de nuevo, en aquel jardín evocado. Porque mi vida ha girado muchas veces ya, tiempo de esfuerzo y estudios, de amor y trabajo, tiempo de ganar una posición social.

Miro hacia atrás buscando el vínculo que me une a aquel niño. Hay algún lazo que nos atrapa, no sé cuál, algo que ya había en él y que ahora podría ser una respuesta. Reconocerlo siquiera, saber qué había en él que preludiaba lo que llegaría a ser. Si en la pérdida del jardín estaban encerradas toda mis pérdidas futuras, si había dolor entonces o extrañeza ante el propio vivir, qué construí entonces, cuál era mi personalidad, la que luego me haría ser de un modo distinto al de otros. Cómo llegué a ser el que soy, con más dolor acumulado, con más quiebros en mi camino, pero sintiendo todavía la fuerza de la vida en mi interior, el deseo de seguir construyendo, ilusionándome, la necesidad imperiosa de saber, no terminar de preguntar por todo lo que me rodea y me hace ser como soy. Qué es entonces, por qué mis amigos dicen que soy distinto, que se me reconoce, un ser especial. Especial ¿en qué? ¿Por qué este deseo imperioso de saber el que fui, de encontrar un sentido a mi vida? ¿Por qué este dolor ante la muerte? Que llegue y me encuentre aún sin respuestas, sin encontrar el lazo que me une a aquel niño. No sé cómo averiguar esto, el por qué de que yo viva como lo hago, que sienta tanto dentro de mí y no sepa qué ni cómo, de dónde sale tanto sentir.

Por eso vuelvo a aquel niño, a ese jardín. Soy un hombre ciego que tantea en los bordes quebrados de su vida, que pasa la mano por las heridas y los momentos luminosos, preguntándose: ¿por qué tuvieron que ser las cosas así? ¿por qué hice lo que hice? Para mí es la culpa, para mí la alegría, el dolor, el placer, la búsqueda incansable. Pero ¿por qué he llegado a este punto? ¿qué sentido tiene el vivir, soñar, ilusionarse siempre, sentir que la esperanza te agarra por dentro cuando peor estás? Sigo siendo un hombre ciego que sueña mundos, que viaja por tiempos, que quisiera tener respuestas. Pero me temo que aún están tan lejos, tan distante y remota la solución, el sentido, los porqués.

Por eso sólo puedo volver al jardín, ver a aquellos niños excitados que espían al grupo de chicos mayores, el humo que se eleva entre ellos, el tubo con un animal muerto en el bolsillo. Observarle a él, el que vino antes de mí, el que yo era. Poder verle mientras mira con curiosidad, sabiendo que la que ahora tengo ya brotaba en aquel niño, los ojos que se agrandan intentando ver más allá, la mano en el bolsillo agarrando el topo. Es tal su atención, la viveza de su mirada, es tan grande su interés, que me obliga a fijarme también a mí. Le digo: ¿qué ves? ¿qué hay más allá? Ayúdame, que yo vea qué me espera, cuáles son las respuestas que alcanzaré, si conseguiré llegar a ellas. Luchemos por encontrar, al menos, el camino sobre el que dar el siguiente paso, donde no perderse del todo, tu hilo al mío enlazados, tejido de vida que agitamos desde cuarenta años de diferencia. Hombre y niño, niño que imagina y mira con avidez, hombre que aún sueña momentos de felicidad pero sabe por qué poco se pueden perder.

Tenía las manos grandes, callosas, manos oscuras de trabajador. Confiaba completamente en él, en su paso recio, en la aplicación callada a su trabajo. Me enseñaba cosas sin darme mucha información, como diciendo: están ahí, a ver qué piensas de esto. Daba por supuesto que los niños le seguiríamos en sus tareas, que éstas se nos antojaban extrañamente interesantes a nuestros ojos cuando a él le parecían rutinarias. No sé de dónde salió, por qué vino a trabajar con mi padre, hacerle recados, ser un hombre que servía para todo lo pequeño que daba el cuidado de una finca. Si había que hacer de jardinero, ahí estaba él con sus grandes tijeras recortando el seto. Si se necesitaba un mecánico, se agachaba bajo el coche y salía frotándose las manos sucias de grasa. Las tardes en que aparecía por la casa yo le seguía como un perrillo faldero, atento y serio tras él, sin decirle casi nada. Hacía como que yo no estaba y me limitaba a seguirle, observándole actuar.

Con él subí una mañana de sábado a la azotea por primera y única vez. Fue la ocasión en que se ganó un broncazo por dejarme ir hasta allí. Me quedé con mi madre en el comedor y oía las voces de mi padre. Luego le vi salir con la cabeza gacha y la mirada oscura y ausente, sin mirar a ningún lado y desde entonces fue más callado que nunca y en ocasiones me decía que no podía seguirle y yo me quedaba parado, mirándole, algo desconsolado pero comprendiendo que había razones que no podía entender ante las cuales sólo quedaba, como él, la opción de agachar la cabeza y mirar a otro lado.

Pese a todo, valió la pena subir a la azotea junto a mi hermano. Mientras se dedicaba a arreglar no sé qué, mi hermano me llevó hasta uno de los bordes para enseñarme el convento vecino. La azotea tenía una balaustrada ornamental en la que se abrían grandes huecos hasta el nivel del suelo. De forma casi circular era difícil que alguien, salvo un niño pequeño, cupiese por esos huecos, pero sí podíamos tumbarnos en el suelo y sacar la cabeza al vacío para mirar mejor. Entonces no padecía ese miedo a las alturas que se fue apoderando de mí muchos años después, con la juventud. Por eso nos tumbamos los dos cuan largos éramos y, sacando la cabeza, mi hermano me fue señalando las cosas extrañas que veíamos.

Junto al jardín donde jugábamos habitualmente se levantaba un muro largo, rojo. A un lado encontraba arbustos, huecos en la tierra ideales para organizar batallas de soldados. Pero al otro ignoraba lo que había, nunca me interesó recluso como estaba mi mundo en los dos jardines. Desde arriba pude observar un convento de monjas adoratrices. Detrás de ese muro se veían palmeras cuya copa ni siquiera había mirado desde el jardín, animales grandes que se movían sin descanso.

- Mira -me dijo mi hermano-, eso son cerdos.

- ¿Tienen cerdos las monjas? ¡Vaya! -exclamé yo.
- Claro, cerdos y gallinas, míralas.

No las veía bien porque andaba mal de la vista sin que nadie lo supiera pero me acuerdo de los animales, lo que me sorprendió su presencia, la admiración ante el hecho de que, detrás de un muro conocido, pudiese haber una vida tan interesante. Sólo entré una vez en aquel convento para oír misa, no sé por qué. Tal vez fuera la primera comunión de mi hermana, cuando una monja vino a casa y, hablando con mi madre, me llamaron.

- Mira, aquí sor Josefa me ha pedido que seas monaguillo en la misa.

Las miré a las dos, sonrisas expectantes, caras agradables, y me entró el mismo pánico escénico que me daría varios años después cuando tuviera que cantar solo ante una iglesia abigarrada de fieles.

- No, no, no -dije sin pensar-. Yo no quiero ayudar en misa.
- Pero, hijo ¿por qué? -preguntó mi madre con mirada desconsolada.
- No, no, yo no sé qué hacer en misa, no sé, no quiero -me defendía.
- Bueno, Julia -dijo la monja-, no se preocupe usted. Hubiera sido bonito pero claro, el chico, la timidez de los pocos años, ya sabe, no tiene importancia.
- Cuanto lo siento, hermana...
- Nada, que no tiene importancia, de verdad.
- ¿Quiere usted otro café?

Siguieron charlando mientras yo pensaba que de buena me había librado. Observaba a los monaguillos todos vestidos de blanco, silenciosos, llenos de unción y respeto. Sabían qué jarrita había que darle al cura y cuándo, sabían tocar los campanillazos, plom, plom, tan metódicamente. Me preguntaba qué pasaría si no sabían qué hacer, como yo, si tendrían que preguntar a cada momento qué jarra era, qué trapo había que acercarle, cuándo detener los campanillazos. Algunos monaguillos terminaban momentáneamente su labor y se iban a sentar en unos bancos de madera desde donde hacían muecas y miraban a los fieles buscando, quizá, a algún amigo. Sin embargo, a mí me parecían seres de otro planeta, llenos de sabiduría porque conocían todo el ceremonial y yo, en cambio, lo ignoraba todo.

Desde la azotea vimos los animales del gran convento que se alzaba al lado de los corrales, algunas manchitas blancas y negras que andaban por allí, las propias monjas. Era un mundo distinto, uno grande y extraño. Nuestros jardines aparecían desde la altura pequeños, la portería de fútbol, las flores del jardín de la derecha, la calle al otro lado de la tapia, el bacalito en la acera de enfrente. Incluso veíamos al dueño del mismo sentado a la puerta de su establecimiento, para mí una mancha adivinada nada más, pero allí estaba, esperando a sus clientes con su parsimonia habitual. Como cuando mi madre vino escandalizada a casa, renegando de aquella tierra.

- No podéis imaginaros siquiera lo que he visto hoy cuando he ido al bacalito.
- No ¿el qué? -preguntó mi padre.
- Al dueño, que se estaba limpiando las uñas de los pies con el cuchillo de la mantequilla.
- ¡Qué asco! -exclamó mi hermana-, yo no vuelvo a probar la mantequilla.
- Ni yo, ni yo -dijimos los otros, divertidos.
- Compraremos en otra tienda -dijo mi padre, y nos calmamos.

Desde entonces quedó entre nosotros la frase de “eres más guarro que el del bacalito, que se limpiaba las uñas de los pies con el cuchillo de la mantequilla”. Mi madre renegaba:

- No tienen noción de lo que es la limpieza ni el cuidado con nada. Ojala podamos volver pronto, ¿me oyes, Hila? No quiero morirme aquí.

Mi padre meneaba la cabeza y decía vagamente, sí, vale, está bien, ya habrá una oportunidad. Nosotros tomábamos la sopa sorbiendo mucho, ahora que nuestra madre estaba alterada y no se daba cuenta, y nos dábamos con el codo mi hermano y yo diciéndonos: eres un guarro, te limpias los dedos de los pies con el lápiz, tú con las tijeras...

Todo lo veíamos desde ahí arriba, lo recuerdo, quizá porque fue la única vez que pude subir hasta allí, justo antes de que mi amigo Amselám se volviera más silencioso y apenas me admitiera a su lado cuando había el menor peligro. Pero antes de eso era mi amigo, un hombre fuerte detrás del cual trotaba sin descanso cuando mis amigos no bajaban todavía.

- ¿Qué vas a hacer Amselám? -le decía yo.

- Hoy bajo al garaje, a limpiar.

- ¿Te puedo acompañar?

- Bueno -decía.

Iba con él por unas escaleras hasta unos sótanos grandes llenos de muebles viejos, de una caldera inmensa. Presidiéndolo todo se encontraba, calzado entre maderas, un enorme coche negro. Un día me explicó que era del jefe de mi padre, el que trabajaba en Madrid, que lo usaba cuando venía a Tánger. No sabía si creerle porque en toda mi niñez nunca vi a ese jefe tan importante que era capaz de tener un coche tan valioso y no venir a usarlo. Se hablaba de él en la mesa con respeto. Me ha escrito don Joaquín, me ha dicho don Joaquín, porque don Joaquín parece que lo mismo viene para octubre. Yo no sabía quién era el mencionado, ignoraba la importancia que había tenido en mi familia, cuánta dependencia de su palabra, sus gestos e indicaciones, qué clase de despotismo había detrás de esas dos palabras que mi padre pronunciaba despacio, como midiéndolas: don Joaquín.

Paseando por allí mientras Amselám hacía sus tareas rodeaba el coche mirando sus ruedas, su interior tapizado.

- A veces hay que ponerlo en marcha.

- ¿Pero sigue funcionando?

- Claro, funciona, todo funciona, Amselám arregla.

- Pero si nunca le veo moverse ¿seguro que puede andar?

- Ah, sí, seguro, Amselám lo arregla bien siempre.

Lo miraba como si fuera la pieza de un museo, grande, negro, tan bonito. Me parecía que pertenecía a otro mundo distinto del mío habitual, el coche familiar, un Morris de segunda mano que nos llevaba hasta la playa con algún susto y un accidente que pudo ser grave. Ese coche tiene su propia historia que contaré pero ahora rodeaba este otro, enorme, quieto como un dinosaurio.

- No toques -me decía-, si manchas tengo que limpiar.

- ¿Y si lo rallo? ¿y si le meto dentro saltamontes cuando venga ese don Joaquín?

- Tú no es malo -sonreía apenas-, tú no haces eso.

- Bueno, no -protestaba-, pero ya podía ese don Joaquín dejarnos el coche alguna vez, es mucho más bonito que el nuestro.

- Es para cuando viene.

- Pero si no viene nunca.

- Será hombre ocupado. Tu padre tiene buen coche, yo no tengo.

Me quedaba callado ante tal razonamiento, incapaz de replicarle que un día podría comprarse uno. Los marroquíes apenas tenían coches por entonces. Sólo el Rifi, un vecino que volvía borracho algunos fines de semana. Pero mi amigo era un trabajador humilde e iba andando a todas partes.

Como Fátima, la mujer que ayudaba a mi madre y que llegaba por las mañanas hablando incontenible de las andanzas de su hija pequeñita, a la que dejaba con su madre para venir a casa. Entraba por la puerta y ya estaba hablando de su hija, siempre de ella hasta que mi madre le dijo un día que la trajera y la pude ver, una niña muy morena que sólo podía estar en brazos y permaneció durmiendo varias horas. Me fascinaba de Fátima tanto ropaje que traía, velos, chilabas, mantos. Todo se lo iba quitando poco a poco para poder limpiar la casa, tirarse al suelo a fregarlo y permanecer así, arrodillada, durante horas, buscando el menor rastro de suciedad. Mi madre estaba contenta con ella y me decía que fuera amable, que la saludara, que era una buena mujer que había tenido mala suerte y nunca supe por qué. Ahora que tengo la curiosidad y me asalta el recuerdo ya no tengo a mi madre para preguntárselo. No sé cuál fue su historia, de dónde salió, qué hacía cuando se iba de nuestra casa.

- Fátima -le decía yo-, ¿por qué tienes esa marca en la frente?

Ella se tanteaba la figurita roja que tenía tatuada y respondía,

- Es costumbre de esta tierra.

- Pero ¿para qué se lo ponen las mujeres?

- Es costumbre de la familia.

- Pero ¿por qué?

- Porque es costumbre.

No conseguía sacarla de ahí, sus razones bien ocultas, quizá ni ella misma supiera por qué y a mí me dejaba de interesar el juego de preguntas que no llevaba a ninguna parte.

Una tarde marché lejos con Amselám, no sé por qué, tal vez por el interés de lo que llevaba en un saco, bien aferrado en su mano grande. Había llovido, aún me acuerdo de los saltos que daba por aquel camino intentando esquivar los charcos. Tal vez mi padre nos hubiera llevado en coche hasta allí, quizá estuviera detrás de nosotros, no puedo recordarlo pero sería lógico porque llegamos a una especie de brazo de agua que corría hacia el mar, lejos de casa. Amselán se agachó junto a la orilla, como mirando el agua con fijeza. Yo observaba su espalda recia, el saco que agarraba fuertemente. Luego, sin girar la vista ni asegurarse si yo miraba o no, sumergió el saco en el agua. Primero sentí perplejidad, luego me fue creciendo por dentro como un aliento de angustia que salía de las tripas y se me acercaba a la boca. Estábamos en silencio, no había un ruido. Sostuvo el saco bajo el agua unos minutos eternos mientras la angustia crecía y crecía sin cesar. Luego lo soltó y el saco, semihundido, se fue flotando hacia el mar lentamente.

Cuando se levantó me miró y esbozó una sonrisa de circunstancias, se encogió de hombros y dijo:

- Tu padre dice: hay muchos, Amselám, llévalos al agua.

Pero yo le seguía mirando sin comprender, la angustia ya en la boca que me dejaba sin palabras. Luego miré el saco que casi no se veía.

- Ahora, viene conmigo, no quedas aquí.

Quizá por primera vez me dio la mano y me fui con él sin darme cuenta ahora de los charcos ni de nada, la cabeza entre nieblas. Sólo entonces conseguí llorar y no pude detenerme en mucho tiempo. Había visto a esos gatitos nacer el día anterior, los había visto al lado de la

gata, blancos, negros, los había tocado y comentaba sobre sus ojillos medio cerrados. Y no podía dejar de llorar. Entre los momentos de mi vida en Tánger no recuerdo muchos como éste, quizá ninguno de tanta crueldad. Lo había hecho mi amigo Amselám, al que acompañaba tantas veces, el que me contaba de una cosa u otra si alguna vez le daba por ahí. Lo había mandado mi padre, lo hacían los adultos, matar gatos pequeños y recién nacidos. No eran saltamontes ni avispa ni mariposas. Esos gatos eran distintos como lo era yo cuando volvía de la mano de aquel hombre por el camino lleno de charcos. Aún, en mi memoria, aquel saco con tres gatitos en su interior sigue perdiéndose lentamente en el mar, sin saber a dónde, sin saber por qué.

12

La vida tiene quiebros ¿verdad, padre? Da vueltas en torno a nosotros, acechando, ofreciéndose y volviéndose a hurtar a nuestras manos. A veces somos juguetes de la fortuna o la desgracia, o bien encontramos un camino que nos abrirá un mundo y el despeñadero por donde caerán nuestras esperanzas. Llamaste a esa puerta un día de hace muchos años, a ver, vamos a calcular juntos. Mi hermana mayor nació en Madrid cuando corría el año 1947. Vivíais por entonces en casa de la abuela Manuela, tu suegra. Ya hablaré de ella, qué buena mujer. La recuerdo tan mayor en el balcón de su casa, mirando hacia la calle casi sin vernos cuando nos dirigíamos al portal. Hola, abuela, le decía, y la mujer medio sonreía con su boca sin dientes, sus pómulos tan marcados. No sé qué tenía esa mujer, padre, a pesar de la dureza de su vida, tanto bregar, sacar dos hijas adelante en medio de una guerra, ver a la mayor que se casaba y no tenía dónde caerse muerta. Vivíais con ella, erais jóvenes, con ganas de vivir y salir adelante en medio de la pobreza que acechaba.

Un día deberías contarme de aquellos años en que tocabas el piano en el conservatorio, tanto tiempo, siete años y los estudios interrumpidos abruptamente por la boda, otros planes, la necesidad imperiosa de trabajar. Te imagino descansando por la noche junto a tu mujer, esas conversaciones nocturnas que nunca abandonasteis, las que escuchaba a veces de pequeño, murmullos ante los que me preguntaba: ¿de qué hablarán?

Cierras los ojos y recuerdas vagamente otro tiempo que parece tan lejano. La educación en un colegio de Francia, la vuelta a España y tu matrícula en el conservatorio, la compra de ese gran piano que luego, mucho tiempo después, tocarías a dos dedos para mí. Tu vida, que iba decayendo a tu alrededor mientras querían conservarte en una burbuja de glorias pasadas y el refinamiento con el que la abuela Teodora soñaba. Mi hijo, pianista, músico como su abuelo. Sueños vanos que no resistieron a la realidad, el deseo de una boda, la necesidad imperiosa de encontrar trabajo. Ahora, ya ves, te levantabas por la mañana, te vestías elegante dentro de tus limitaciones y, tras un desayuno rápido, un beso a tu mujer y a la niña pequeña, un saludo a tu suegra que ya trajinaba en la cocina, salías a la calle.

Debía ser ese año cuarenta y siete, quizá el cuarenta y ocho cuando llamaste a una puerta para ofrecer a la venta una enciclopedia. Te dedicabas a eso, llevabas una comisión en cada venta. Pateabas las calles sin descanso, el hambre en el estómago, el cansancio, la sonrisa alegre frente al posible comprador que abría su puerta. Pero la vida da quiebros, padre, estás en un lado y de repente te encuentras en otro, cambia la perspectiva, los proyectos y hasta los sueños. Fue tiempo de lucha, ya lo sé, un tiempo duro. Te dejabas las suelas de los zapatos por las calles de Madrid sin saber qué sería de ti, sólo sintiendo la responsabilidad de tu mujer, de

esa niña pequeña. Por eso te dijeron en esa empresa constructora, que no les interesaba la enciclopedia y tú, en vez de dar media vuelta, preguntaste si tenían algún trabajo.

No sé si me escuchas, padre, miras y miras hacia adelante y no me ves. Sonríes y haces gestos que no comprendo. Dices tonterías y no sé qué responderte salvo que se me rompe el corazón de verte tan viejo, acabado, tu vida sí que no tiene sentido ahora ¿o tal vez sí? Quizá estés ahí, a mi lado, para que te recuerde aquellos años, para que no se me olvide de dónde vinimos. Pero te miro los ojos vacíos y sin interés, la mueca eterna de tus labios que se curvan como si sonrieras pero sin hacerlo, y no sé qué hago aquí, hablando y hablando para ti, para mí, tal vez mis hijos o nietos algún día lean esto y se digan lo mismo que yo. Que hay giros en la vida que la modifican profundamente, que llegan hasta muy lejos, hasta el hombre de casi medio siglo que ahora te mira, coge tu mano que dejas blanda entre las suyas y dice: padre ¿dónde estás? ¿por qué acumulaste secretos? ¿para qué los voy almacenando yo? Siento que los secretos nos devoran por dentro, que cada quiebro de la vida va a conducir a uno nuevo, algo que llevamos dentro y que ocultamos porque nos avergüenza o, simplemente, que ignoramos cómo mostrarlo a los demás.

Te indicaron: pase y hable con fulano, ese señor de ahí. Tú le dijiste:

- Buenos días. Estoy buscando trabajo, soy joven, un hombre con estudios. Tengo necesidad, una mujer, una hija pequeña.

Él te miraría, imperturbable.

- Si tiene estudios no me interesa.

- Trabajo en lo que sea, cualquier cosa, están los tiempos malos, aceptaré cualquier cosa.

El hombre te miraba de arriba a abajo y luego:

- Tenemos algo pero está lejos, en Canarias.

¿Qué pensaste después de ese comentario? Vamos, respóndeme si puedes, no te quedes con esa mirada ausente. Padre, te cambió la vida, nada fue igual desde entonces. Te abriste paso, es verdad, pero no sabías que tardarías casi veinte años en volver a la Península, tu mujer suspirando ese tiempo al recordar sus calles, su casa, la hermana que dejaba, la madre.

Nada sabemos de lo que la vida nos depara tras cada esquina. Sólo podemos continuar, ciegos, con el corazón latiendo deprisa, diciéndonos: es una oportunidad, puedo salir de este pozo, terminar con las calles, la venta inútil de libros que nadie quiere, los apuros de fin de mes, el pedir fiado en la tienda. Quizá sea un futuro, tal vez valga la pena y ésta sea la vida que me esperaba. No sé si fue casualidad que vine aquí. Tal vez haya un destino que me encaminaba o tal vez no, podría no haber preguntado, como tantas veces, pero aquí lo hice. Qué vería ese hombre duro, sentado en la mesa. Me miró, un pobre joven con ganas de encontrar cualquier cosa, eso dije yo, cualquiera, con una mujer, una hija, dispuesto a todo. Así que las piezas encajaron, tengo una necesidad laboral y tú vienes a cubrirla, un puesto que nadie quiere, muy lejos, en Tenerife, donde nunca has estado y no sabes qué te encontrarás, si será la oportunidad o un fracaso, si tu mujer te reprochará algo, si luchará a tu lado, si la lejanía le amargará o sabrá levantar la cabeza.

No sabías nada, padre, qué duda, qué alivio al salir de esa oficina. Te dijeron: vuelva usted mañana, hablaré con el patrón, tal vez tenga ese puesto para darle. Mañana, es mañana cuando se decide la vida, cuando ésta, ya lo adivinas, puede dar un giro completo y dejarte en otro lugar, lejos, muy lejos, donde nunca pensaste en llegar. Cuando tocabas el piano familiar y tu madre cabeceaba diciendo: está bien, así vamos bien, estudia, practica como lo hacía mi padre, pobre hombre, muerto en la flor de la vida. Tampoco pensabas en ello al acercarte a

aquella chica morena para invitarla a bailar mirando en sus ojos voluntariosos, firmes, casi desafiantes..., quién eres tú que no te conozco, quién eres viniendo a cambiar mi vida.

Nunca pensaste llegar tan lejos cuando iniciaste tu luna de miel con ella, la estación de Atocha, el tren a punto de salir y ahí viene tu cuñado, mira tu pobre maleta donde apenas tienes nada, a tu mujer que le da la bienvenida porque se acuerda de dónde estaba el día de su boda, único familiar de su marido que se acercó. Entonces tu cuñado se acerca y te mete en la mano veinte duros que agarras con un nudo de agradecimiento en la garganta, empujado por tu hermana que permanecía detrás, sonriente, orgullosa, y le decía: dáselo, pensando ¡cuánta falta les hace! Veinte duros que dieron para tanto, una fortuna entonces. Tú agarrando el dinero y diciendo: gracias, le estrechas la mano y abrazas a tu hermana. Dinero que era generosidad y también deseo de mostrar esplendidez, que todos lo vieran, tu mujer que miraba nerviosa, la suegra, enjuta, de pocas palabras, mira el abrigo de piel de tu hermana y no se sabe lo que piensa. Dinero que tapaba culpas, secretos que mucho después llegaron hasta mí.

No te podías imaginar entonces, cuando viajabas hacia tierras aragonesas, que un día irías mucho más lejos, a un sitio del que habías oído hablar pero inimaginable. Las casas de Santa Cruz de Tenerife, el acento peculiar de sus gentes, las montañas lejanas, la vida, que da giros inesperados.

- Tenemos un puesto de listero en una obra, allá en las Canarias.

- Listero, ¿qué hace un listero?, usted disculpe.

- Tenemos obras allí, hace falta alguien que sepa leer y escribir para llevar la lista de los obreros por la mañana.

Te quedaste mudo, envuelto en la ansiedad y la sorpresa. ¿Ir tan lejos para tan poco?

- ¿Acepta usted o no? -secamente.

- Desde luego, iré para allá en cuanto ustedes dispongan. ¿Podré contar con alguna ayuda para el viaje? Tenga en cuenta que debo trasladarme con la familia, las cosas...

- Una ayuda, nada más que una ayuda.

- Naturalmente.

Piensas: ya está, se consumó la decisión, el cambio definitivo de mis sueños. No habrá piano, que ya olvidé, pero tampoco habrá más caminatas por las calles haciendo un trabajo inútil, llevando apenas dinero a casa. Tu mujer ya te dijo:

- Lo que sea, Hilario, lo que sea. Si hemos de salir saldremos, lo embarcamos todo y nos vamos.

Sientes alivio.

- Pero prométeme una cosa -hay en su cara ansiedad, pesar.

- ¿Qué, mujer?

- Que con el tiempo harás lo posible porque volvamos. No quiero que mis hijos crezcan fuera, no quiero morirme en otra tierra que no sea ésta.

- Claro, mujer, el tiempo dirá, ya volveremos. De momento es una oportunidad. Vamos, no te quedes ahí mirándome, habrá que hablarlo con tu madre.

Tu suegra que lo escucha todo en silencio y asiente. Luego se va con su hija para preparar lo que tiene que llevarse, la ropita de la niña, unas sábanas, dos cacharros abollados. Respiras con satisfacción. No es gran cosa ser listero en una obra pero, una vez allí, buscarás la oportunidad intentando ser útil, que te vean como alguien en quien confiar, sentir que agarras tus sueños, que los construyes ladrillo a ladrillo, al mismo ritmo que crece el edificio en el que

trabajarás. Pensar que tal vez haya un destino para vosotros, uno que te llevó a aquella casa, a esa puerta en concreto, para que llamaras y lo entrevistaras.

¿Qué piensas ahora que el tiempo te vence irremediablemente? ¿Eres capaz de soñar, recordar entre nieblas aquellos tiempos de lucha? El barco que entra en el puerto de Santa Cruz y tu mujer, con la niña en brazos, te dice: mira, Hilario, cuántos barcos, mira, qué de gente. Luego añade: ¿dónde está ese piso que teníamos que alquilar? Te acodas en la barandilla mientras el barco se mueve lentamente buscando el muelle. Miras todo dispuesto a bajar de inmediato pero aún no, todavía no tienden las amarras, aún no se levanta la escalerilla para poder bajar. Lo miras todo y el tiempo pasado desaparece, atrás quedan los días de penalidades y angustia, la sonrisa cansada del vendedor, las calles llenas de gente con la que tropiezas, tu cartera cargada de libros, arrastrando los pies, los sueños y las esperanzas. Es otro el tiempo que deberás construir.

Al final de él, cuando todo esté consumado, llegará un hijo tuyo a tu lado, te cogerá de la mano para decirte: ¿qué sentías, padre, al llegar a Santa Cruz? ¿Alivio, tensión, esperanza, inquietud? Preocupado por lo inmediato como estarías, ¿en algún momento se te ocurrió que llegaríamos a estar los dos aquí? Que miraríamos por la ventana viendo cosas tan diferentes. Yo a aquel muchacho de treinta años que eras abriéndose a una nueva vida. Tú, ¿qué miras ahora, padre? ¿El cielo, los pájaros, los sueños que van y vienen a merced de los avatares de la vida? ¿Qué ves? Si al menos me lo dijeras. Si lo llegaras a saber.

13

En la película de Blade Runner hay una escena fundamental: el replicante, encogido en lo alto del edificio, moribundo, levanta la vista a ese ser humano que le ha perseguido incansable, y dice: yo he visto galaxias, los confines del universo, he visto tantas cosas y todas ellas se perderán para siempre. La lluvia cae incansable sobre él mientras sus ojos claros aún retienen, por poco tiempo, la imagen de aquellas maravillas en las que participó. Cuando veo esa escena se me forma un nudo en la garganta. Recuerdo muchas cosas que me han pasado, no tienen la importancia de las que decía el replicante, no eran situaciones espectaculares, momentos históricos. Son sólo escenas pequeñas de mi vida que vienen a mi imaginación cuando trato de recordar mis tiempos de niño.

Me veo en un coche y ahora sé que es mi primer recuerdo en la vida. Tengo cuatro años y siento miedo porque ignoro lo que voy a encontrar. Salgo de mi casa, de la compañía de mi madre, por primera vez. Estoy en el coche mirándome los pies, mi padre conduce al lado y nos dirigimos al colegio. Luego no recuerdo más pero lo que sucedió después se hizo conocido en

la familia. Al cabo de unas horas, no sé cuánto tiempo, el director del colegio tuvo que llamar a mi madre para que viniese a por mí. No es que llorara ni estuviera compungido o triste, no. Me había puesto como un salvaje arrinconando a todos los niños contra una pared, dando patadas a las mesas, las sillas y a todo lo que se me ponía por delante. La señorita, despavorida, había corrido al despacho del director para pedirle una solución de urgencia.

Ahora lo recuerdo y me río, claro es, pero después de la risa me reconozco. Cuando contaba catorce años el profesor me sorprendió respondiendo a un compañero que quería charlar durante la clase. Le estaba diciendo que me dejara en paz, lo recuerdo perfectamente, cuando el profesor levantó la vista y me sorprendió. Señaló con un dedo la puerta y me dijo que saliera de clase. Protesté, consideraba aquello una injusticia, pero él no atendió a razones. Con el ceño fruncido, envuelto en los vapores de la ira, fui andando hacia la puerta con la mala fortuna de tropezarme con un cepillo de borrar caído en el suelo. El cepillo salió volando de la patada golpeando la puerta con una violencia inusitada, el profesor aulló que no volviera a entrar en una semana y yo le hice un gesto de que me dejara en paz.

Hay otras cosas que se unen en el tiempo pero otras quedan sueltas, dispersas, como islotes en el recuerdo. La cara de aquel niño judío, compañero de clase, sus ojos hermosos, el beso que le di en cierta ocasión, no sé por qué, no acostumbraba a hacerlo. Incluso entonces me di cuenta que no era un beso normal, no uno que se daba a los familiares. Ese beso fue distinto, tampoco de amor ni de mera atracción vulgar. Veía sus ojos y me parecía que, por primera vez en mi vida, estaba frente a algo lleno de belleza. Tendría diez años, tal vez sea absurdo recordarlo, pero me daba igual que fuera niño o niña. Aquel beso fue un acto de devoción a la belleza que observaba en aquellos ojos.

Han pasado cuarenta años, mucho tiempo desde entonces. Crecí, quise a una mujer, tuve hijos con ella, trabajé, me publicaron libros, he recorrido muchas cosas en la vida y aún vislumbro nuevos peldaños que ascender. A pesar de ello aquellos recuerdos se conservan. Es verdad que aparecen aislados, como suspendidos en el tiempo, sin aparente relación unos con otros. Soy yo quien desea darles relación ahora, buscar la trama que hubiera debajo, los hilos que se enredan unos en otros para conducirme al que soy ahora. Sin embargo, sobreviven en su aparente aislamiento, como si fueran islotes. Así confías en que algún día puedas tender un hilo que los una, que de todo ese tejido que vayas construyendo surja aquel niño que fue, el que ahora te mira, interrogativo, algo divertido, lejano. El que se acerca a preguntarte: ¿qué haces aquí? ¿por qué viniste? ¿qué es lo que buscas? Y yo diga: te busco a ti porque encontrándote me encontraré yo, escuchándote oiré mi voz ahora tan lejana y confusa. Quizá de mirarte vea un poco más claro en mi corazón, ahora tan confuso. Y así volverán los recuerdos como una lluvia mansa a envolverme en su manto. Mis pies en el coche, el miedo en el corazón, su cara, la belleza de aquellos ojos.

Todo se irá cuando yo cierre los míos, cuando me vaya. Se morirán conmigo los recuerdos que viví, el amor que he sentido, la confusión y zozobra, el dolor y la esperanza. Seré como ese replicante que muere recordando, soñando, viendo ante sí todo aquello que le hizo digno de vivir. Lo seremos todos, los grandes y pequeños, los que lloran y los risueños. ¿Es ésa la derrota final? Que el olvido nos lleve para siempre, que nada sobreviva de nuestra mirada, de lo que sentimos, lo que nos atrapó un día para ofrecernos las estrellas, el cielo y la noche. ¿Es eso? Entonces, ¿escribir es un acto desesperado? ¿una forma de engañar al silencio que nos llega, a la muerte que acecha y arrasa los recuerdos?

Madre, me es cada vez más difícil subir la cuesta que lleva hasta tu nicho. Allí me paro, sofocado, algo jadeante, lamentando haber fumado tantos años. Me detengo y golpeo la lápida cuando nadie hay cerca, no me vayan a tomar por un loco. Te digo: ya estoy aquí, madre, ya llegué. Luego me detengo un momento y viene a mi memoria como un alud aquella mañana fría de enero, cuando te enterramos. Ese final sorprendente, una trombosis mal controlada. El aliento en todas las bocas, tus amigas del barrio, que habían venido juntas; padre, que miraba ya sin ver lo que sucedía, mis hermanos, algún amigo mío. ¿Qué se fue contigo? ¿Qué miradas se apagaron cuando terminó la tuya? Aquella joven que marchaba al baile, la que un día puso en su sitio a ese pretendiente engominado de sonrisa fácil, diciéndole:

- Oye, chico, a mí no me mareas. Si quieres algo conmigo ya sabes dónde me encuentras y si no, ahí está la puerta.

- Julia, yo te juro que no tiene que ver...

- Mira, a mí no me la das con queso. Te han visto de la mano con esa chica, ¿o es que te crees que soy tonta?

- No, mujer, pero comprende...

- No tengo nada que comprender, ya te estás largando y no vuelvas.

¿Te acuerdas de aquella escena? Me la contaste un día entre risas, cómo pasaron varios meses y él volvió, cabizbajo, a pedirte perdón, a que le dieras una nueva oportunidad. Me lo dijiste un día en la cocina pelando judías verdes. Te ayudaba, quitábamos las cabezas y los rabos con destreza. Me lo contaste y reías mientras las judías a pedazos caían en la cacerola. ¡Menuda era yo entonces! presumías.

¿Dónde está tu risa ahora, madre, dónde fue a parar? ¿Qué queda de aquellos trozos de vida que compartiste conmigo? Ahora son recuerdos de otros recuerdos, luego ya no serán nada, frases sobre un papel, nada más. Palabras que se olvidarán, papeles que resultarán borrados, rotos, tal vez arrojados más adelante a un contenedor. Es posible que venga un nieto que nada sepa, que no tenga curiosidad y vea los cuadernos viejos con historias antiguas, aburridas, hombres que recuerdan a mujeres de las que nadie se acuerda. Nos arrasará la vida, madre, como a ti te ha pasado. Me quedo de pie frente a tu tumba y te pregunto: ¿dónde ha ido lo que viste, lo que llegaste a amar? ¿dónde se van finalmente todos nuestros recuerdos?

Quizá vengan a repetirse en otras vidas y ese nieto que ha tirado mis papeles a la basura, vuelva a repetir mi gesto, el hecho de recordar. Tal vez se pregunte varios años después: ¿dónde irán mis recuerdos? ¿dónde fueron los de mi abuelo? Y recordará el gesto de arrojar los cuadernos, quizá lamentándolo, diciéndose: ahora me gustaría saber qué ponía en aquellas páginas. Bueno, madre, es una simple esperanza, déjame tenerla, ya sé que sirve de poco pero me consuela. Porque finalmente, lo sé, nada quedará. Desaparecerá aquel niño que fui, aunque aún lata en mi interior, aquellos ojos ante los que quedé maravillado, la mano que me dabas camino del colegio otros días, cuando mi corazón ya no sentía miedo y la señorita enseñaba cosas divertidas y ya aprendía a leer. Se borrará tu cara, madre, ya lo está haciendo.

Tengo que coger las fotos y verlas una y otra vez, decirme: así era cuando me acompañaba al colegio aunque sólo recuerde sus piernas y la mano cálida que envolvía la mía. Así era cuando sentía nostalgia de aquel Madrid de su juventud, allí, en tierra extraña, tan lejos. Cuando pese a todo se enfrentaba a los inquilinos del inmueble que venían a protestar, mi padre escondido en el cuarto de trabajo, y ella encarándose a Rifi: ¡A ver! ¿qué quieres tú? lo primero de todo es pagar el alquiler, sin eso no me protestas porque te doy una patada que te tiro por la escalera abajo. Y aquel moro grande y furioso se volvía, de repente, un corderito

manso y marchaba corriendo escaleras arriba para volver, por la tarde, con una bandeja de eso llamado cuscús, que tanto me gustaba. Pedía disculpas y luego entraba al cuarto de mi padre y llegaban a un acuerdo para arreglarle los grifos y que él pagara lo que debía, mi madre sonriendo satisfecha, orgullosa y aún un poco indignada. ¿Quién se ha creído que es?

¿Para qué traer a mi memoria tantos recuerdos, madre? Galaxias, estrellas, tu rostro encendido entre la furia y la risa, sus ojos fascinantes, el beso que le di, las plantillas que rellenaba con palotes y la señorita paseándose y recordando, a su vez, el día de mi llegada. Su mano que acariciaba mi cabeza y yo sabía que, a su manera, me quería y estaba orgullosa de mis palotes torcidos. Pero luego estabas tú, cuando salía por la puerta e íbamos hacia casa preguntándome: ¿qué hiciste hoy?

Tiempos que atrapo aún, fugitivos, distantes. En los que empecé mi camino, no sé a dónde, si hay destino, si hay otro final que el olvido. Voy navegando, madre, y el viento me empuja contra las rocas, la oscuridad a veces lo penetra todo. Negra es la noche en ocasiones, negro mi tiempo. Pero entre todo él hay veces que creo ver una luz, la de tu mano al tomar la mía, la de aquella otra pasando suave por mi cabeza, la de una mejilla tersa donde depositar un beso admirado, el hombro de Mari Carmen junto al mío, mi mano entre sus piernas un día casi olvidado. Hay luces que me guían, madre ¿las pusiste tú para que no me estrellara del todo?

14

He preguntado a la muchacha que te cuida. Me dice que hoy estás caprichoso, de repente te ha dado por venirte al jardín. Es raro, me ha dicho, a los enfermos como tu padre no les gusta cambiar de sitio así como así. En fin, aquí estoy de nuevo, ya ves que vuelvo con frecuencia, no estamos lejos. Hoy en día cojo el tren rápido y me planto a tu lado en poco más de dos horas. Es un poco de trastorno pero casi lo agradezco, cambiar de aires, pasar el resto de la semana, tras las clases, en Madrid.

Tuve noticias de mi hermano. No son buenas, cosas de esa enfermedad que tiene, hay épocas mejores y peores. Ahora lo está pasando mal, casi no se levanta de la cama, los dolores le impiden hacer su trabajo normal. Menos mal que se ha buscado una tarea sedentaria frente al ordenador, no sé cómo se las apañaría si tuviera que levantarse a las seis de la mañana, como antes lo hacía, para ir hasta el banco. Aparte de eso va bien su familia, los negocios algo alterados, ya sabes que la Bolsa sube y luego baja, todo eso siempre le da preocupaciones pero dice que no se puede quejar. Se mantiene, que ya es algo.

¿Qué pensabas de él cuando era joven? He asistido a vuestros enfrentamientos, a tus voces destempladas y su gesto hosco. Te decepcionaba ¿verdad? Seguramente pensarías que terminaría siendo un muerto de hambre, un hombre sin futuro. Ya ves que no ha sido así. Es

verdad que nunca le gustó estudiar pero ha sabido espabilarse en la vida, colocarse, sobrevivir en un país extranjero, no es poco eso. Supongo que cada uno se acomoda a la vida de un modo diferente.

Siempre fui un niño tranquilo, eso comentaba mi madre. Que se me daba cualquier cosa para jugar y me quedaba en un rincón concentrado. La mayoría de las veces ni siquiera tenía juguetes, me los inventaba yo, eterno creador de posibilidades para los tubos viejos, los muñequitos, el pegamento, todo lo desechable que pillaba entre mis manos. Iba para funcionario y ya ves que eso se cumplió, soy un provector funcionario con pocas horas de clase, que vive tranquilo sin grandes preocupaciones, al menos por fuera, sólo por fuera. Por dentro la vida me ha dado vueltas, giros inesperados, padre, pero no te voy a entretener con ellos, no son agradables. Hablan de fracasos y no vale la pena insistir en ellos.

Hace un buen día, me alegro de que hayas salido al jardín. Creo que hasta miras de otro modo, ya ves, como divertido o interesado, tal vez juguetón. Quizá es que lo imagino. Me dice la muchacha que no entiende cómo te hablo tantas horas. Tal vez le oiga, me dice intentando animarme. Le sonrío y le aseguro que es así, que me oyes, que un día terminarás por entender, por recuperar algo de la memoria que has perdido pero que si no es así no importa, seré yo el que la recupere por ti.

Dormía junto a mi hermano. Fue de ese modo hasta mis dieciséis años en que él, cuatro años mayor, se fue de casa. Eran noches especiales a veces, cuando en vez de girarnos los dos hacia lados diferentes para dormir, se ponía a mirar al techo y, echándome ojeadas de vez en cuando, me contaba historias. No recuerdo apenas ninguna, es lástima, tendría que preguntarle aunque él probablemente tampoco se acuerde. Sí de ese momento mágico en que se ponía a hablar y yo le escuchaba, a veces interrumpiéndole con alguna pregunta, eso creo que sí lo hacía.

Una noche me recitó todos los huesos que conocía del cuerpo humano. Empezó por la cabeza: frontal, temporal, parietal, y seguía con otros que he olvidado, el cubito, el radio, el omóplato... Ese recitado monótono no me dormía sino todo lo contrario, me hacía seguir paso a paso su recorrido por el cuerpo humano. Muchos años después no puedo leer o escuchar algo sobre un hueso sin acordarme de aquella noche en concreto, tal vez sea por la cantinela que le hacía repetir como si de una música se tratase. Cuando leí en una novela sobre un suicida que se disparaba en la sien, me decía: se habrá pulverizado el temporal. Cuando he estudiado la localización cerebral de las actividades del habla o del procesamiento numérico, me he dicho: eso está detrás del frontal. Al caerse la bicicleta encima de la pierna del hijo de un amigo fui a verle al hospital y pensaba: rotura de fémur, mala cosa en un niño tan activo.

Aquellos huesos se repiten eternamente de forma que, cuando hablo de uno, vienen todos detrás, quizá ahora sin orden ni concierto, pero es posible que entonces tampoco. Después vuelven esas noches, la voz monótona de mi hermano recitando, nuestra madre viniendo a vernos y colocando un platito de rosquillas en una silla, a mi cabecera. Las mismas que me iba comiendo a media noche, incluso dormido como afirmó una mañana mi hermano. Le dije que no recordaba nada, que era un invento suyo. Puede que lo fuera pero tal vez tenía razón. Comía por entonces a todas horas, el mismo deseo que me hizo gordito desde entonces.

Qué tiempos, padre. Cuando mi hermano presumía de ser un portero extraordinario en el equipo de su clase y se tiraba como un gato hacia un lado y otro, ágil, decidido, certero. Le miraba y presumía de él ante mis amigos. Les decía: va a ir con su equipo a Larache, a un

campeonato, es el portero titular, claro. Él les gritaba, presumido, retador, a sus amigos: vamos, tirad lo que queráis, no me metéis ni uno, y volvía a revolcarse en el polvo haciendo estiradas felinas y apareciendo después con el balón bien agarrado entre sus manos. No sabíamos que volvería de aquel partido con un dedo vendado y mi madre se preocuparía tanto, él con el gesto compungido pero aguantando la molestia. Gajes del oficio, parecía decir.

¿Te acuerdas de aquel gol, padre? ¿Ni siquiera te acuerdas de él? Te causaba satisfacción y cierta hilaridad a la hora de la comida, cuando salía el fútbol a relucir. Mi hermano se tragaba su orgullo deportivo porque había visto cómo ese balón que le disparaste desde tan lejos hacía una parábola perfecta, controlada, llena de fortuna, y se le introducía junto al larguero. ¿De verdad no te acuerdas de ese gol? Él te había retado, siempre dispuesto a probarse: no me la metes desde ahí, y tú le dijiste: a ver cómo andas. Yo estaba detrás de la portería, no sé lo que hacía pero lo veía todo. Observé el balón, cuando lo golpeaste. El hecho de que mi hermano trastabillaba hacia atrás, sorprendido, su cara, vuelta hacia el balón que volaba superándole de forma irremisible, llena de estupor. No sé por qué, yo mismo me sentí humillado, como si nos hubieras dado una lección, no sabía cuál. Quizá ya entonces quería tanto a mi hermano que me identificaba con él, pese a ser tan distintos.

Yo era pequeño, cuatro años menor. Me soportaba, sus amigos ni me echaban cuenta, a nadie importábamos, cada grupo envuelto en su propio mundo. Pero convivíamos, como cuando vimos el escorpión quemado. Habitaba el jardín con mis amigos asistiendo de vez en cuando a la irrupción de aquellos suyos tan altos, uno gordito que ya murió hace años, otro árabe de buena familia. He visto sus fotos hace poco, en una reunión que tuvieron para recordar viejos tiempos. Hombres hechos y derechos, gordos algunos, calvos, algunas arrugas dispersas pero con grandes sonrisas, los brazos de unos sobre los hombros de los demás. Me dio satisfacción verles, quizá tendría que haber ido como me sugirió mi hermano, pero no sé, no quería recordar aquellos tiempos, no tuve oportunidad de tener amigos como él y los que tuve se los llevó el viento de los años. No estaría Mari Carmen, con su eterna sonrisa y los dientes saltones. No encontraría a su severa y mandona hermana Asunción, tampoco al inocente Juanito. No estaría nadie de los pocos que recuerdo porque me fui muy pronto, a los once años, antes de que las amistades de juventud se anudaran, las mismas que abrazaban a mi hermano recordando fraternidades antiguas, nunca olvidadas.

Ya ves, padre, los cambios que ha dado la vida. Lo pienso y no sé cómo se puede interpretar, si quieren decir algo. Mi hermano ágil, tirándose con denuedo a detener balones envenenados junto a los postes, mirando los muñecos que yo pintaba de porteros que se arrojaban al suelo. Ahora ya ves cómo está, recordando viejos tiempos deportivos, cuando pasó al baloncesto donde su altura le permitió brillar mientras yo escogía el tenis, arrastrado por los éxitos de Santana y Orantes. Mírale en la cama, con la rodilla hinchada de artritis en ocasiones, con dolor en la cadera, en los huesos. Los mismos de los que entonces me hablaba. Sabrá cuál es el que le duele cada mañana, cuando se despierta y mira el techo sin saber si reunirá fuerzas para levantarse, desayunar y revisar frente al ordenador las cotizaciones.

Mi hermano imaginativo, fantasioso, cuando me engañaba con historias que yo creía a pies juntillas. Me contó de aquel portero sevillista llamado Mut, cuando un delantero había disparado un balón tan terrorífico que le rompió los dedos y estos quedaron colgando de hilillos. Lo imaginaba y me daba una dentera horrorosa imaginando a ese portero con las manos ensangrentadas, de rodillas, mirándose mientras los dedos colgaban. Quizá por eso estuve poco tiempo de portero en el equipo de mi clase y prefería jugar de defensa derecho,

hacer incursiones por la banda que siempre acababan mal, entrando a destiempo a los delanteros por mi falta de vista, éstos que se quejaban de que yo era un leñero, que no tenía ni idea. Ya ves, ahora no sé dónde fueron todas esas fantasías con que me encandilaba llenándome la cabeza de imágenes que nunca fueron. Está frente a los valores bursátiles, comprando, vendiendo y, como le digo yo, jugando como un niño. Él sonríe y está de acuerdo conmigo. Me dice: comprar y vender valores es divertido, yo me lo paso bien, es como un juego en el que tienes que acertar sin llegar a conocer todas las reglas.

Lo mal que os llevasteis ¿ya estaba presente entonces? Seguramente sí aunque él aún se controlaba, parecía que no se rebelaría tan fuertemente como lo hizo después. Aún parecía que se iba encauzando, quizá tú te suavizaras también, tal vez cabía llegar a un acuerdo. Pero tú cambiaste demasiado tarde. Fuiste duro siempre con él y mi hermano no pudo ni quiso aguantar esa presión.

Mejor no te recuerdo eso ahora, corresponde a un tiempo posterior, hace un día muy agradable además, se está a gusto aquí. Ya ves, la muchacha me mira desde lejos y no sé qué estará pensando, me observa mientras hablo contigo y tú sonríes cuando te da la gana, no cuando deberías hacerlo, quizá al recordarte ese gol que le metiste un día. De modo que no sé si me escuchas realmente. No me importa, tal vez algún día saque un hilo de entre esa madeja confusa que ahora tienes por recuerdos. Un hilo nada más y con él vea un poco de luz en tu mirada y ya no esté tan vacía, llena como ahora de ausencias y recuerdos extraviados. Ya mi madre falta, se fue con todos sus recuerdos, con su excelente memoria intacta. Ella podría haberme desentrañado algunos misterios, tal vez no los secretos que fui descubriendo poco a poco, pequeños secretos entre vosotros, pero sí me ayudase a saber por qué fueron así las cosas, cuál es el lazo que puede unirme al niño que correteaba por el jardín. Ojala un día vuelva la luz a tu mirada y me digas: siéntate, te voy a decir cómo lo vi yo, qué fue lo que vi al llegar a Tánger.

Era una vida nueva, incierta también, una oportunidad en tierra extraña pero más cerca de la Península. Los dos acodados en la barandilla del barco que os acercaba al puerto, dos niños a vuestro lado, bien sujetos. Mi hermana, que ya tenía cinco años y mi hermano, algo menos de tres. Corría el año cincuenta y dos y nada sabíais aún de mí, que tardaría dos años en llegar. De momento mirabais el movimiento de los barcos, las grúas funcionando, un comercio incesante que iba y venía, puerto franco que era en un Marruecos aún internacional.

Con esa edad, padre, yo también tuve una oportunidad que cambió el rumbo de mi profesión. El decano de mi facultad se fijó en mí ofreciéndome un puesto junto a él. Pasé de repente de ser un profesor casi anónimo a una persona que atendía a todos los compañeros, que asignaba aulas, arreglaba problemas, distribuía alumnos. Me hice omnipresente en la mayoría de las decisiones que se tomaban en el centro. Por un tiempo, incluso, me creí importante, hasta imprescindible. Sería que había estado demasiado tiempo en la sombra, en una rebeldía callada ante lo que me rodeaba, la forma en que se tomaban las decisiones, el afán dictatorial de gente que parecía pequeña, mezquina, a veces ruin. Quería cambiar las cosas, deseaba una modificación profunda de los procedimientos y las maneras. Mi despacho se llenaba de compañeros, discutíamos, charlábamos de lo divino y lo humano, era el no parar. Creí, por unos años, que todo sería así, que mi vida había dado un giro definitivo, que se avecinaban buenos años en mi profesión. No me equivoqué, padre, bien deberías recordarlo, aquellos éxitos que tuve, cómo el tiempo los fue diluyendo poco a poco como azucarillos. Hasta que llegaron otros años y el fracaso me mordió por dentro.

Sin embargo son unos años hermosos, observas que las cosas van saliendo una tras otra. Piensas que durará para siempre, aún no sabes cuán estrecho es el límite, qué efímero tu éxito. Pero tú, padre, ¿qué pensabas al arribar a Tánger? Te supongo la misma fuerza, idéntica ilusión. Habías llegado a Tenerife como un vulgar trabajador y allí habías progresado. Te diste cuenta de que hacían falta administrativos, personas de confianza que se encargaran de controlar la obra, hombres deseosos de aprender cobrando dos perras gordas, trabajadores que resolvieran problemas por una miseria. No te importó. Estudiaste, mi madre me lo dijo, hiciste cursos de contabilidad. Aún recuerdo de niño haber visto unos cuadernos de educación a distancia sobre la construcción, bovedillas, saledizos, vigas, encofrados. Palabras que empezaron a serme familiares desde muy pequeño, cuando eventualmente me llevabas a ver una obra, al mirar tus libros y seguir con fascinación la construcción paso a paso de una casa, la cimentación, el levantamiento de tabiques, los pilares maestros, tantas cosas hasta llegar a la cubierta.

Pero también he de recordar otros momentos muy duros que tuvisteis al principio. Mi madre, siempre su memoria intacta, sus recuerdos a punto, me lo contó. Ahora que lo pienso ¿por qué apenas supe nada por ti? ¿por qué casi nunca me contaste lo que pasó? Sé que era el chico pequeño, el más mimado dentro de las limitaciones que teníamos, el que se llevaba el último pastel si había un cumpleaños. Pero luego he sido adulto y, sin embargo, seguiste sin contarme nada, sin recordar para mí aquellos días tan lejanos en que llegasteis a Tánger. Tu cara, vuelta hacia un lado, el borboteo en el estómago, algo que pugnaba por salir, eso sí me llegaste a contar cuando te lo pregunté directamente hace años.

- ¿Cómo fue ese vómito de sangre? -te dije-, ¿cómo lo sentiste? ¿te diste cuenta?

Me miraste dubitativo:

- No, no me lo podía imaginar. Parecía un vómito normal y de repente empapé toda la sábana con una sangre roja como no la he vuelto a ver en la vida.
- Lo que no entiendo es que no te tratara un médico.
- Vino uno, sí -terció mi madre-, pero nos recetó medicinas muy caras. Entonces no podíamos comprarlas...
- Así que nos arreglamos con leche y verduras -concluiste.

Esa dieta estricta de acelgas que te salvó la vida allí, donde entonces vivíais, una casamata construida provisionalmente al lado de la obra de la que estabas encargado entonces. Tiempos duros debieron ser, muy duros. En tierra extraña, inmersos en una cultura de la que nunca aprendisteis su idioma ni sus valores, donde mi madre lo rechazaba todo, las chilabas, los burros cansinos camino del zoco, la suciedad de los niños. Dentro de una casa provisional donde pasabais calor en verano y frío en invierno, el hombre acostado en la cama que dice no sentirse bien, que algo le ha sentado mal, ese dolor profundo en el estómago. Luego ese hombre te mira, madre, envuelto en sangre, la cara exánime como si se le fuera la vida y tú que sientes deseos de gritar que todo acabe, que las cosas cambien, que vuelva el hombre guapo del que te enamoraste y te hacía sufrir con sus veleidades de soltero.

Ojala me vaya de aquí, que podamos tener una casa como Dios manda, un hogar donde albergar a estos dos chiquillos que ya no sé dónde meter mientras mi marido está ahí, como muriéndose y viene el doctor y dice: es una úlcera, denle esto y esto. Te quedas mirando el papel, corres hasta la farmacia y allí te dicen cuánto valen esas medicinas imposibles. Qué derrota al volver, no tenemos dinero, no nos llega, es imposible sacarlo de ningún lado, aquí nadie nos conoce. Los hombres llegan y golpean la puerta, piden instrucciones y sales: hagan el favor, mi marido está muy enfermo, no puede trabajar. Ellos discuten, se interesan, alguno habla en ese idioma extraño y tú tienes ganas de gritar: no vengan, no nos molesten. Cierras la puerta y te apoyas contra ella por dentro. Tienes ganas de llorar porque estás sola, porque la vida te ha empujado hacia un lado que no querías, te ha llevado de un lugar a otro y esos hombres están sanos y preguntan, dicen que se mejore pero también te miran y quieren saber cuándo volverá al trabajo. No sé, no lo sé, ¿cómo voy a saberlo? Tengo miedo de cada movimiento que hace, de los latidos de su corazón, de sus ojos cuando me mira en silencio y veo angustia, dolor en ellos. Tengo miedo de sentir de nuevo el borboteo y ver otra vez sus sábanas, el suelo lleno de sangre, y que yo no sepa qué hacer salvo desesperarme, alejar a los chiquillos, que no lo vean, que no se asusten. Preguntarle: ¿estás bien? ¿cómo te encuentras? Y él que gira la cabeza y te dice cerrando los ojos: estoy bien, no te preocupes, ya se pasará. Tú tienes ganas de gritar: no te mueras, Hilario, no te vayas, no me dejes sola con dos chiquillos aquí porque no sabré qué hacer, ni siquiera tenemos dinero para volver a Madrid, para llegar a nuestra tierra. No sé qué hacer sin ti, si tú me faltas. Se me abrirá el mundo y me tragaré. Atisbas su cara tan blanca, le preparas un sorbo de leche para que beba algo, eso dijo el médico, que reponga líquido poco a poco, muy despacio. Preparas agua, leche, eso dijo, zumos no, ni naranja ni limón, nada ácido, todo suave. Rezas para que el mundo vuelva a ponerse derecho, para que no se hunda del todo. Rezas para que tus hijos crezcan, vayan al colegio como va ya la mayor, que tu vida cambie y sea otra, otra la esperanza de cada día, otra la ilusión con que afrontas cada mañana.

El tiempo pasa, inexorable. Nos lleva de acá para allá pero es bueno recordar dónde estuvimos, cuál es el origen, dónde se remonta el principio de nuestro vuelo. Me veo en aquel

sillón de vicedecano, charlando con los compañeros, efectivo ante los problemas, personas que salen satisfechas con la solución, otros que me miran y piensan cuánto tengo que aprender aún en la vida para saber tratar a los demás. El momento en que descubrí que muchos no venían a que les resolvieran un problema sino a quejarse, a decirte que estaban mal pero que lo aceptaban. Tan sólo que lo sepas, que no te olvides que tengo un problema, que alguien me diga que efectivamente lo es, algo insuperable, sí, pero del que soy víctima. Me preguntaba qué necesidad tenían de contarme sus problemas personales o profesionales si yo nada podía hacer. No sabía que sentirse escuchado era lo más importante.

Tampoco sabías, madre, qué te deparaba el futuro, tan incierto entonces. Dónde irían esas preocupaciones, la angustia de sentirte sola junto a la cama, vigilando su sueño, la vitalidad de sus ojos al despertar, el llanto del pequeño que anunciaba otra gran preocupación para unos años después, la nueva lucha entre la vida y la muerte. Pero aún no lo sabías, no solo que aquel hombre al que terminaste por querer, el hombre escogido, estaba allí tendido sin que supieras si se despertaría o no. Cerrarías los ojos viendo aquella sonrisa encantadora, la forma tan atractiva en que se quitaba el sombrero al encontrarte. Recordarías cuando te besó en aquella esquina y el mundo se volvió de colores, luminosidad en la que se perdían los contornos de la realidad. O tal vez ni siquiera ese recuerdo te mantuviera ya y te contentaras con ver su cara perfilada en la pared, cerrar los ojos tú también, abatida, atenta al llanto infantil, por si se repetía.

Al día siguiente sentir una mano en el hombro, una breve sacudida. Abrir los ojos y observar su cara tan pálida a la que, sin embargo, parecía volver un breve atisbo de color. Su mano, sus ojos silenciosos, aún dolientes. Pero luego una breve sonrisa, una sombra de aquella que fue.

- Parece que me encuentro mejor ¿tú crees que debería desayunar algo más?

Y sin saber por qué, sentir que ahora se te agolpan todas las lágrimas que no llegaste a derramar, que el nudo de tu corazón se deshace de repente y lloras con risa fatigada y le dices que sí, que ahora le preparas un buen vaso de leche y, tal vez, con cuidado, alguna galleta. Así se te van mezclando en el mismo vaso la leche y las lágrimas sin saber cuál de ellas conseguirá sanarle antes, consiguiendo que vuelva a ser el que siempre ha sido: El hombre guapo, ya no tan delgado, con mucho menos pelo que entonces, pero de idéntica sonrisa.

16

No sé lo que es tener una tierra propia. Nunca lo supe. Lo he visto a mi alrededor, el arraigo al pueblo donde naciste, sus calles, las gentes que se atravesaron en tu vida, ese calor

que entra cuando vas en tren y observas casas que te recuerdan, paisajes que son como, y es tu pueblo, sus calles y sus paisajes los que llenan tu cabeza y te hacen sentir nuevamente en casa.

De niño me fascinaba el gran tocadiscos familiar. Tardé en usarlo por mí mismo porque, pese a lo sencillo de su manejo, mi hermano un día lo quiso utilizar y se estropeó. Durante largo tiempo estuvo vedado para todos los hijos. Pero me gustaba mucho. De vez en cuando venía mi padre y ponía música clásica, apenas tres discos que tenía por entonces, o mi madre le pedía que pusiera a los Panchos, Carlos Gardel. Me emocionaba este último, su voz desgarrada, varonil, los quiebros y desgracias que iba cantando. Yo lo hacía también, entonces tenía buena voz. Iba tarareando las mismas canciones una y otra vez hasta aprenderlas de memoria. Mi Buenos Aires querido, decía, cuándo yo te volveré a ver. A mí me daba una pena muy honda porque luego hablaba de amores y engaños y, aunque no sabía lo que era eso, me emocionaba el dolor de su voz. Ahí empecé a saber lo que son las derrotas en el amor, aún valiendo la pena vivirlas. Con Gardel también aprendí la esperanza que nos llena el corazón. Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido. Y así me parecía que volver a una tierra que fuese tuya te alejaba efectivamente de los fracasos, del dolor de amores contrariados. Pero nunca supe realmente lo que era eso. Lo adivinaba en los tangos, lo veía en la cara de mi madre cuando empezaba a organizar el viaje anual a Madrid. Entonces ignoraba que eso era importante, que muchas gentes en el exilio mueren de nostalgia por la tierra donde nacieron. Ni siquiera conocía qué era el exilio ni por qué muchos españoles habían tenido que dejar su tierra por motivos políticos o económicos, como en el caso de mis padres.

Algunas personas me hablan de su pueblo, sus paseos de niño por las calles fangosas, los campos, cuando se subían a los árboles, el bañarse en el río con sus primos. Trabajando en la ciudad como lo hacen y un día te tomas una cerveza con ellos, hablas de esto y de lo otro, mencionas las vacaciones y lo puedes ver. Se les ponen los ojos soñadores y hay un calor en sus palabras distinto, algo que antes no había al mencionar las incidencias del trabajo. Te hablan de sus familiares, de que se reunirán tantos de la familia en la cena de Nochebuena, se comerá esto y lo otro, lo típico, lo de todos los años, viejas tradiciones repetidas, la abuela mirándoles medio sorda, casi ciega, sorprendida de vivir tantos años y sin saber quién es tanta gente que la besa y se sienta a su lado. El amigo que se toma la cerveza y puedo ver el niño que corría medio salvaje por las piedras de su pueblo, el que iba a un colegio donde un maestro les amenazaba si no eran obedientes pero luego había recreo y los domingos, misa. Allí estaba también el maestro con su mujer y les saludaban, el hombre sonriendo porque le conocía bien, hablaba con sus padres y, en un momento de debilidad, su mano se posaba en tu cabeza mientras decía, este chaval puede llegar lejos, tienen que hacer que estudie, revoltoso es pero si se le encauza...

Habla de él, de ese maestro que le enseñó las primeras letras, que le desasnó como viene a decirse, el que ahora es un anciano de pelo blanco que se sienta con otros viejos en la plaza del pueblo y, mirando a los jóvenes que van en moto y se pavonean delante de las chicas, recuerdan otros tiempos, cuando eran jóvenes y llegaron al pueblo, cuando hicieron de él su tierra, su patria. Los ojos de mi amigo echan chiribitas de calor y de cierta emoción, la alegría de saber que es inminente la vuelta y sentirse acogidos por la casa familiar, los padres achacosos, la abuela que no se enteraba casi de nada. Volver a ver a los primos, saber de ellos,

cómo les ha ido en el último año, quién parece pronto a casarse al fin, otros que esperan un hijo rezagado, el que se separó, otro que asciende en su carrera, quien heredó unas fincas.

Miro a mi amigo y siento envidia porque nada sé de eso. Vivo en una tierra que no es la mía, donde llegué hace más de veinte años y a la que sólo perteneceré realmente cuando muera y me entierren en ella. Quizá ni entonces. La tierra andaluza está llena de tradiciones en las que no creo, que no he sido capaz de vivir nunca. Tal vez sea el carácter, quizá no sirvo para echar raíces auténticamente en ningún lado. Mi verdadera tierra la llevo dentro y sólo me pertenece a mí. En ella brillan dos jardines por la mañana. Por ella pasan todas las personas a las que he querido, con las que viví algo importante, lo que me hizo crecer, vivir, soñar, imaginar. Los libros que leí y frente a los que me detenía, pensativo, hasta que los abría de nuevo buscando sensaciones, respuestas. Los árboles que veía frente a mi ventana de adolescente, los paisajes de Asturias que recorrí ilusionado un verano, el abrazo de mi hermano cuando murió mi madre, el calor en mi mano cuando la puse entre los muslos de aquella niña, sus dientes saltones, la sonrisa, su recuerdo. Los libros de Cortázar que leía en la plaza de España de Madrid, cuando levantaba la vista y veía transformarse los coches en gigantescas pelotas azules y blancas que se escapaban botando por el paso subterráneo. Aquel primer beso, aquella excursión con las manos enlazadas, el primer deseo de escribir una historia, las páginas en blanco que iba garrapeando.

Ése es mi mundo, mi tierra, a la que vuelvo hoy, como vuelven otros a la suya, más material y concreta. Yo no tengo que irme lejos, no tengo que recorrer kilómetros ni atravesar espacios como lo hacía mi madre. Sólo tengo que volver a mirar dentro, a paladear aquellos momentos de dicha y felicidad, la galleta de chocolate, la compañía de aquella vecina que era amiga, la casa que construimos y donde nos apiñábamos juntos, el calor de su presencia, el hombro que apretaba el mío. Todo eso es mi tierra y a ella me arraigo. Nada hay más mío que eso, la vida que viví, los sueños que tuve, las personas a las que quise y me quisieron, no hay nada más finalmente, eso me llevaré dentro de mí cuando me vaya para siempre.

Pero el sentimiento de mi madre, con ser parecido, era otro, más concreto. Su cara se iluminaba pensando en vivir las fiestas en casa de la abuela. Su actividad se volvía frenética haciendo maletas, empaquetando cosas. Mi padre decía, como todos los años: estás loca, no podemos llevar todo eso, pero cómo te crees... Ella respondía: sí, esto hace falta, esto también, los niños pueden tener frío. Mientras tanto nosotros asistíamos aburridos a la discusión de siempre sabiendo que, finalmente, nuestra madre triunfaría, mi padre cargado como una mula de maletas y fardos, mi madre lo mismo, hasta mi hermano tiraba de lo suyo. Luego estábamos ya en el barco cruzando el Estrecho y aquello me gustaba. Me acomodaba en cubierta donde íbamos sentados en bancos de madera y veía el mar durante casi todo el trayecto. Tan sólo volvía desde la barandilla al asiento cuando mi madre me avisaba de que tenía el bocadillo de chorizo dispuesto.

Sólo perdí el hambre una vez. Estaban considerando la posibilidad de suspender el servicio de barcos debido al fuerte oleaje y el viento de levante huracanado cuando salió el nuestro, que resultó el último en circular desde Tánger hasta Algeciras. Contemplaba habitualmente esas olas grandes de alta mar, la estela que iba dejando el barco, el surco de espumas con que atravesábamos el agua. Sentía la humedad en la cara, finas gotas que me salpicaban y terminaban por empaparme mientras mi madre me secaba y decía: este chico, este

chico, y yo me reía porque era emocionante saber cómo era el mar, imaginar las maravillas que habría debajo, barcos hundidos, tesoros ocultos en medio del barro y los peces. Me sentía como esos marinos que escalaban el palo mayor. Me llegaban ecos y palabras de aquellas novelas leídas, palo de mesana, jarcias, la vela de juanete, el sobrejuanete. Yo no sabía qué era eso, cuando lo pude saber ya no me interesaba un conocimiento tan concreto, pero eran palabras que me venían a la mente viendo el mar. Me acordaba de las historias de fantasmas y aparecidos, de serpientes que surgían del fondo para tragarse a los marinos desprevenidos, fuegos fatuos que bailaban en la punta de los palos.

Pero aquel día tuve que tumbarme sobre el banco con el estómago hecho una pelota, sin poder probar bocado, mientras mi madre me pasaba la mano por la cabeza una y otra vez, el barco zarandeado, la gente a cubierto porque las olas llegaban muy arriba. Mi hermano dijo que a lo mejor barrían la cubierta donde estábamos y yo estaba asustado porque había leído esas escenas marinas donde los hombres tenían que agarrarse a las cuerdas para no ser arrastrados al mar, mientras alguien gritaba entre el vendaval: ¡hombre al agua! y otros rezaban pensando que se acababa el mundo y no podrían sobrevivir. Finalmente llegamos a puerto y allí había gente que miraba el barco con gesto de espera y angustia, nervios y tensión. Luego empezaban a levantar los brazos. A nuestro lado gritaban nombres y se ponían nerviosos mientras agrupábamos las maletas algo dispersas y nos disponíamos a bajar.

Viajábamos en tren, uno de esos donde había un pasillo en el que te acodabas a mirar por la ventanilla y tenías que aplastarte para dejar pasar a la gente y las personas charlaban con facilidad contemplando el paisaje. Le preguntaba a mi hermano qué era aquella máquina que echaba humo por el campo y él me decía que un tractor, que si no aprendía en el colegio cosas como ésa. Me ofendía y no le hablaba por lo menos en diez minutos. Hasta que un hombre, un campesino aburrido de la tarea, cansado probablemente, levantaba la vista al paso del tren y saludaba. Yo daba saltos para poder saludarle y luego mi hermano me decía que estuviera quieto, que no se me ocurriera sacar la cabeza por la ventanilla, que sabía de uno que la había sacado y se había quedado sin cabeza, ésta rodando por el campo y el resto del cuerpo desplomándose dentro del vagón. Le escuchaba horrorizado y luego remachaba, además te puede entrar carbonilla en los ojos. Ahora lo recuerdo y me río. Carbonilla nada menos. Ahora se hace un trayecto semejante en pocas horas, vagones con asientos corridos y muchos pasajeros que no se hablan mirando un televisor sobre sus cabezas.

Entonces los vagones tenían compartimentos a los que se accedía desde el pasillo a través de gruesas puertas de madera y cristal por las que miraba de vez en cuando el revisor. Dentro se creaba un mundo aparte. Había monjas que rezaban o cerraban los ojos, mujeres de la edad de mi madre que volvían también por las fiestas y que charlaban con facilidad contándose la vida unas a otras. Había niños con los que me miraba con curiosidad y desconfianza y luego íbamos al pasillo y decían: a qué vas a Madrid, a ver a mi abuela, respondía yo y luego ellos decían, yo igual, y sentía que se establecía de inmediato una corriente de confianza y compañerismo. Al poco estábamos compitiendo para ver qué árboles veíamos, imaginando historias, hablando de fútbol. Me decían: eres de Tánger, caramba, ¿y cómo se vive entre los moros? Luego en el compartimiento nos intercambiábamos cuentos mientras pedíamos el bocadillo de rigor, mi hermana mirando soñadora por la ventanilla, mi madre charlando, mi padre yendo de acá para allá.

Tiempo que pasaba lentamente, horas que se me han ido clavando en el corazón. Ésa es mi tierra para siempre. Aquella tarde en que coincidimos con varios marroquíes allí dentro y mi madre les miraba desconfiada. Luego sacaron un infiernillo que llenaron de alcohol, prendieron fuego a la mecha preparando un té con hierbabuena. Mi padre, algo alarmado al principio, terminó por sonreír tomando una taza con ellos. Empecé a sentirme bien porque me daba cuenta de que se iba disipando la tirantez inicial. El más mayor me ofreció una y miré a mi madre hasta que ésta me dijo que la cogiera. Estaba muy caliente, el hombre decía: ten cuidado, quema, y yo la sostenía entre mis manos, notaba el calor y empecé a sentirme a gusto. Ese calor que penetra a través de los años avanzando sinuoso desde mis manos a mi corazón y, desde allí, rebotado por el recuerdo, me asalta ahora.

Ese calor, sí, esos años, los viajes a Madrid, la cara feliz finalmente de mi madre, ésta es mi tierra y mi gente, por estas calles paseaba con mis amigas, aquí vi una vez cómo caía una bomba y mataba a un hombre, en esa esquina le di el primer beso a tu padre. Ésta es mi tierra también, madre, la de mis recuerdos, la de tus ojos felices contemplando el paisaje desde el tren, la cercanía de Madrid, la presencia de la abuela. Ésta es también mi tierra, madre, los recuerdos que me llegan de entonces, el calor que siento en mis manos al coger una taza de té, levantar la vista y ver los ojos atentos de aquel moro. Los árboles que pasaban, los cuentos que iba leyendo, las olas que aún recordaba, que recordaría para siempre. Todo ha quedado dentro de mí, finalmente, cada uno de esos recuerdos encontró su arraigo, su tierra, su lugar. En ellos descanso cuando el ritmo de la vida me agota, cuando siento una creciente desorientación y no sé por dónde caminar. Ésa es mi tierra, los recuerdos que encierro dentro de mí y por medio de los cuales todo vuelve a revivir en cuanto cierro los ojos y dejo que salgan a la luz.

17

Mi abuela Manuela era pequeña de cuerpo, enjuta, siempre vistiendo de negro. Su marido había muerto en 1932 pero era una de esas mujeres antiguas que guardan luto hasta el día en que mueren. Nunca la vi con otra ropa, siquiera con un alivio de luto. Hablaba poco porque le daba vergüenza exhibir sus encías sin dientes al tiempo que se negaba a esos adelantos modernos de las dentaduras postizas. La recuerdo en su última casa, un piso elevado donde entraba el sol a raudales. Llegaba por la tarde a visitarla con mi madre. Cada vez era más renuente a dejar mis juegos, los amigos, el partido de fútbol que invariablemente se

organizaba en el colegio a esas horas. Pero ahora me gusta recordarla como la veía entonces, una viejecita pequeña, encogida, las mejillas hundidas, los ojos nerviosos, las manos sarmentosas con que pasaba las hojas de las revistas que mi madre le traía. El Hola, el Lecturas, luego el Diez Minutos, caían en sus manos y las hojeaba sin perder un detalle, concienzudamente, quizá encerrando entre sus páginas algunas de sus admiraciones. No la imagino con sueños secretos como tenía mi madre, ése recurrente que contaba en sus tiempos madrileños, cuando la angustia del exilio era ya un recuerdo.

- A mí lo que me gustaría -soñaba-, es haber sido una de esas chicas que visten un vestido blanco y bajan por unas escaleras de mármol.

- ¿Y eso? -pregunté en cierta ocasión.

- Lo vi en una película -confesaba-, y ¡se veía tan elegante!.

Las dos se sentaban a una mesa junto a la ventana mirando las páginas mientras yo me aburría esperando que mi abuela se acordase de darme el duro que siempre ponía en mi mano. Toma, toma, decía, para tus gastos, y yo me iba feliz con la propina. Recuerdo sobre todo su cara, la forma en que comía cuando lo hacíamos todos juntos, sus encías triturando poquito a poco cada bocado, concentrada, la vista fija en el plato.

Nunca fue efusiva en su cariño, no nos abrazaba ni daba besos que no pedíamos. Solía dejarse besar, eso sí, pero casi no devolvía el gesto. Con ello nuestros gestos eran torpes, niños que éramos, poco acostumbrados a abrazar a nadie. Sin embargo, me sentaba a su lado y estaba a gusto con ella. Tan dado como soy a los gestos afectuosos con las personas que quiero no termino de entender cómo transmitía ella lo mismo sin que de sus manos saliera espontánea una caricia, un pasar la mano por tu pelo. Luego bajaba con mi prima mayor a ver a los chavales del barrio, en la mano un buen bocadillo y llegaba en seguida la hora de despedirse. Le decía: adiós, abuela, hasta otro día, y ella se dejaba besar al tiempo que me ponía el duro en la mano para que me fuera feliz y quisiera volver a verla.

Un día le pregunté por su padre.

- Abuela, dice mi madre que tu padre era un gigante rubio.

Se reía con esa mueca de medio lado que tenía, desazonada por su boca sin dientes, y me contestaba:

- Era grande, rubio también, y capaba los gatos a mordiscos.

- Caramba, abuela, qué bruto, qué asco ¿cómo podía hacerlo?.

- Sí era bruto, sí -reía-, todos en el pueblo se lo decían pero también le tenían miedo desde lo que pasó con su primera mujer.

- ¿Qué pasó, abuela?

- No sé si un niño...

- Ya se lo he contado, madre -terciaba su hija-, además de eso nunca se supo la verdad.

- La verdad, la verdad, el pueblo estuvo hablando años de eso. Nada, que su primera mujer se volvió loca y un día la encontraron en un pozo donde se había tirado.

- Pero ¿por qué le tenían miedo a tu padre? ¿es que la tiró él?.

- Eso dijeron algunos que le tenían inquina por una cuestión de lindes, pero no era verdad. Todo el mundo sabía que, desde que tuvo un aborto, se volvió loca de atar y era capaz de hacer eso, claro que sí. Lo que pasa es que a la gente le gustaba hablar mal, ya sabes cómo son los pueblos.

- ¿Y del primo tuyo que mataron en la guerra?

- Bueno, ésa es otra historia. Fue una venganza. Cuando su mujer se quedó embarazada tuvieron que ir de un pueblo a otro y ella se montó en un burro para no cansarse, pero con la mala fortuna de que el burro la tiró a tierra. Allí mismo se puso malísima y tuvieron que llegar corriendo y de mala manera al pueblo al que iban donde les atendió un mal médico. Al final, perdió al niño y a la mujer, que no pudo superar una hemorragia que se le presentó.

- Es que ir en burro...

- ¿Cómo te crees que se iba de un pueblo a otro por esos caminos?

- Ya -contestaba-, mi padre me ha contado que en el pueblo donde fueron de luna de miel tenían que cagar en el establo y limpiarse el culo con una teja.

Ella sonreía y hacía gestos con la cabeza.

- ¿Qué pasó con tu primo? ¿por qué lo mataron?

- Una mala historia. Se volvió loco cuando vio a su mujer muerta y la emprendió a golpes con el médico, le amenazó de muerte.

- Pobre hombre.

- Ya, pero luego llegó la guerra y ese médico, que se enroló en las filas de los nacionales, le denunció. Una noche llegaron a su casa unos soldados, le llevaron a la tapia del cementerio con otros y allí le pegaron dos tiros.

Viejas historias, algunas truculentas, otras graciosas como cuando se enfrentó a un toro de la manada familiar que, en su versión, se había encelado con ella. La fue arrinconando furioso hasta la orilla de un río y ella se vio en tal trance que se le ocurrió coger un paraguas que llevaba en la mano y, abriéndolo y cerrándolo con violencia, terminó por asustar a la bestia que finalmente reculó lo suficiente para dejarla escapar. Me divertían esas historias extrañas, tan alejadas de mi mundo. Historias que me hablaban de una muchacha aragonesa de un pueblo perdido cerca de Calatayud, una joven que, con apenas dieciséis años, había marchado con una prima a servir a Madrid. Me hablaban de pueblos atrasados, falta de dinero, deseo de conocer otros lugares donde poder colocarse, cambiar de vida.

La casa que le dieron tras morir su marido y ser desalojada de una portería estaba en la calle Carballido de Madrid. He llegado hasta ella recientemente. Hacía un día soleado. Desde Cuatro Caminos fui paseando hasta llegar a la glorieta de Iglesia y entonces, en un impulso y dado que tenía varias horas delante de mí, seguí andando hasta el barrio de Chamberí. Pregunté, me dijeron que por ahí, por la derecha, luego a la derecha de nuevo cuando viera una avenida. Seguí todas las indicaciones hasta llegar a una calle estrecha que casi no podía recordar. Me quedé delante del que había sido su portal, las escaleras por las que se accedía, siempre llenas de niños saltando, correteando, yo uno de ellos cuando estábamos unos días con la abuela. Me acordaba de haber saltado ese muro inmenso que nos separaba de la calle y ahora lo veía tan pequeño, tan bajo el desnivel. Pero quizá no eran así las cosas, tal vez esa escalera efectivamente era alta y la nueva casa que han construido encima ha terminado con desniveles tan peligrosos e ineficaces, a saber por qué estaban entonces.

Todo lo derribaron, de aquello no queda nada. Me puse delante de la que debía haber sido la casa de mi abuela y el sitio se callaba, no me decía: ven, mírame, sino: ¿quién eres tú? ¿qué haces aquí? Insistí mirando todos los rincones, buscando en mi memoria algún atisbo, una señal, algo que permaneciera, que me hubiera esperado quizá, un pedazo de mi pasado que volviera. Pero no había nada, engullido todo por la vida actual, los negocios, los ladrillos vistos, los arcos de neón. Me fui pensando en ella, en mi abuela, su figura negra que nos

esperaba asomada a la ventana cuando llegábamos hasta la calle cargando maletas y fardos. Entre los vestidos negros su cara blanca, su sonrisa incompleta, avergonzada, el tacto de su piel, como cuero pulido, sus manos plagadas de venas que yo miraba fascinado pensando que nunca podría ver unas manos más viejas que aquellas. Pero me equivoqué porque luego he visto las de mi padre y ahora, en las mías, empiezan también a apuntar las manchas de la vejez.

Subíamos cargados las escaleras y yo miraba ansioso a un lado y otro, para ver si veía alguna cara conocida del año anterior, del último viaje. Empezaban a asomar, primero con curiosidad, luego me llamaban por mi nombre, mi prima entre ellos, y yo decía: mamá, mamá, y ella finalmente me daba permiso, anda, vete pero luego subes a merendar, y corría escaleras abajo, mariposas en el corazón, alboroto en mi mirada, para plantarme frente a ellos después de la carrera y decir, simplemente: ¿a qué jugáis? como si les hubiera visto el día anterior.

Era una casa pequeña. En ella nació mi hermana, en uno de esos cuartos que se asomaban a la cocina y el comedor central. Allí nos acomodábamos y mi madre decía: lávate las manos, yo lo hacía de cualquier manera, un poco de agua, deprisa, siempre deprisa para irme otra vez a jugar. Por las noches, en cambio, se charlaba, se contaban las historias de todo aquel año, las noticias que quedaban incompletas por carta. En una de ellas la conversación empezó a rememorar viejos tiempos, cosa que entonces me aburrían salvo si eran cosas de la guerra. Entonces la abuela recordó algo que había tenido oculto durante más de veinte años. Nadie lo sabía y hubo exclamaciones, risas, curiosidad. La abuela había escondido dinero de la República en cuanto supo que los nacionales iban a entrar en Madrid. Dónde, decía yo, emocionado, y todo volvía a mi cabeza, los tesoros encerrados en barcos hundidos, los descubrimientos de Alí Babá.

Finalmente, mi padre se subió a una silla. Habían pasado incluso unas vecinas y todos contemplábamos emocionados cómo mi padre abría una puertecilla casi en el techo y, metiendo la mano hasta el fondo, decía: ¡sí!, ¡hay algo aquí! ¿No os lo dije?, señalaba la abuela sonriendo esta vez ampliamente. Finalmente, mi padre sacó una especie de bolsa de tela humedecida y sucia que extendió sobre la mesa del comedor, precipitadamente recogida. De ella salieron billetes viejos, doblados, de un rojo pálido, otros morados. Eran extraños, tenían figuras inusuales que yo nunca había visto. Entonces me parecía que era el tesoro más importante del mundo y allí mismo, en casa de mi abuela, parecía milagroso. Estuve hablando de aquello durante días y días, emocionado, confuso. Pese a ser billetes sin valor con los que no se podía comprar nada, se me antojaba un descubrimiento fascinante, la demostración palpable de que, por debajo de la realidad cotidiana, había un mundo por descubrir.

Ahora, que han pasado tantos años, cuando me sitúo delante de aquella casa hoy desaparecida, sigo sintiendo el mismo tacto de aquellos billetes viejos, mi temblor cuando me dejaron tocarlos, extenderlos sobre la mesa. Sigo sintiendo que, bajo la vida cotidiana, vuelve a esconderse un tesoro oculto, no de dinero sino de recuerdos. No había, finalmente, tesoros en barcos hundidos ni piedras preciosas ni puertas a otros mundos desconocidos. No había aquello que una mente infantil imaginó un día. Pero queda el recuerdo de mi abuela, sus mejillas hundidas, su moño de pelo cano, los vestidos negros, las manos aviejadas que pasaban las páginas de una revista del corazón, el duro que me metía en la mano cuando le daba un beso de despedida.

Eras tan joven aún, padre, apenas cuarenta años, ni siquiera podías imaginar que estabas en mitad de la vida y que, a la vuelta de toda ella, te encontrarías aquí. Parece que hoy estás contento, eso me ha dicho la muchacha, que habías reído varias veces tú solo. No sé qué pasa por tu cabeza en momentos así, tal vez sean chispazos de momentos agradables, instantes que brillan en tu memoria un instante, justo antes de consumirse. Según lo que he leído de tu enfermedad te vas apagando así, recuerdo a recuerdo, desde los más remotos a los instintos más básicos. No son optimistas estos libros, dicen que sólo puedes mantenerte en un cierto estado, dentro de un entorno reconocible, bien cuidado, dejar que el tiempo haga su labor inexorable como lo hará con todos nosotros.

Pero recuerdo, padre, por ti y por mí, para que no todo se olvide. Dicen que tu enfermedad tiene un componente hereditario. Quizá tuviera que someterme a pruebas yo también, parece que hay un test que determina las probabilidades de contraerla en un futuro. Pero, sinceramente, no deseo saber si la enfermedad me atacará a mí también, si se irán desprendiendo mis recuerdos paulatinamente hasta convertirme en un ser que ríe y nadie sabe por qué, que olvida y nadie sabe cuánto. Si lo escribo no morirá del todo, algún resto quedará o, al menos, habré peleado con todas mis fuerzas para tener un plazo mayor, tal vez para que llegue a generaciones que no sueñan con alcanzar. Poniéndome trágico podría imaginar que yo esté en tu lugar, no sería la primera vez que lo hiciera, pensar que estoy en tu piel, que el mundo va perdiendo sus colores y matices, que la memoria se me va desprendiendo poco a poco, a veces he soñado con eso, auténticas pesadillas. Imaginar también que viene algún hijo mío a visitarme, no sé si serían capaces de ello viéndoles como les veo ahora tan pendientes de sí mismos, pensando que no me acabaré nunca, que siempre tendré fuerzas, que no me alcanzará el olvido. Son jóvenes, padre, es la edad de abrirse un camino en la vida. También son una generación más cómoda que la nuestra, no digamos que la tuya, hemos progresado económicamente mucho, no hay esa necesidad que tuviste. Ahora si salen del país lo hacen pisando fuerte, para aprender idiomas, quizá algún día como ingenieros para ofrecer sus

servicios en empresas europeas. Ahora se sale para progresar, no para sobrevivir a un tiempo de hambre, como después de la guerra.

Con mi edad eras un hombre trabajando en Madrid, en la cima prácticamente de tus conocimientos profesionales, realizando obras importantes, edificios que hoy son conocidos en la ciudad. Claro, nunca pasaste de ser jefe de obra pero eras el que escuchaba a los arquitectos, tenía reuniones con ellos y luego organizaba, daba órdenes al encargado, dibujaba planos, detalles. Cuánto te ayudaba los fines de semana, los dos en la mesa del comedor y yo preguntaba qué medidas eran ésas, cómo dibujar aquel detalle, dudaba de las acotaciones. Los dos dibujando, calculando, trazando rayas y números sobre un papel que debías entregar al encargado el lunes siguiente.

Siempre me interesó tu trabajo desde aquellos días lejanos en Tánger. Al poco de llegar, superada la grave crisis de la úlcera de estómago, don Joaquín te encargó una obra ambiciosa, el arreglo de la catedral de Tánger. ¿Fuiste tú quién terminó levantándola? La verdad es que nunca lo he sabido con seguridad, ¿ves?, un nuevo recuerdo que vuela. Tal vez esté en los libros, en periódicos de la época, pero en ellos citarán a los arquitectos, no al hombre que paseaba por allí, el que vigilaba el trabajo de los obreros, el que se metía en la caseta para escuchar a los arquitectos tras su inspección.

Aún no había nacido pero he visitado muchas veces después aquel templo. Me arrodillé un día de 1962 con las manos juntas, todo vestido de blanco y mala cara, porque acababa de pasar un dolor de muelas formidable. Me fotografiaron justo antes de tomar la primera comunión. En la puerta mis dos hermanos se colocaron a ambos lados y decías: juntaros, juntaros más que no salís. Luego vimos una foto donde estoy casi aplastado, la mirada miope y seria, sobra un amplio espacio en la foto tanto a la derecha como a la izquierda. La vieja cámara Kodak enorme, la que nos acompañó muchos años y yo examinaba con un interés creciente sin que me dejarais apenas tocarla, deseando destriparla y averiguar cómo se hacían las fotos, cuál era el funcionamiento de la película.

Esa catedral fue siempre una antigua conocida, como otros edificios que levantaste en Madrid. Paso por uno de ellos frecuentemente, de tan céntrico está, el hotel ¿recuerdas? Ya es un rito, lo hice así hace tiempo, pasar en el autobús y decirle a mis hijos, tus nietos: mirad, el hotel que construyó el abuelo. Ahí sigue, los coches elegantes entrando y saliendo. También la catedral seguirá donde siempre estuvo, su enorme campanario de líneas adustas, rectilíneas. Me acuerdo, padre, cuando llegaste a casa un día excitado y, por una vez, te dirigiste a todos, no sólo a mi madre, para darnos la noticia durante la comida.

- Hoy hemos trasladado los cuerpos de dos obispos a su nuevo lugar. Cuando los hemos sacado de la cripta parecían intactos.

Abrimos los ojos atentos porque, por una vez, tu conversación no trataría de amistades viejas ni obligaciones nuevas. En esta ocasión te había sucedido algo realmente interesante. No sabía que quien había levantado la losa que cubría los cuerpos era un marroquí de manos grandes y callosas que se llamaba Amselán y que, finalmente, vendría a trabajar contigo cuidando del edificio que administrabas.

- Pues sí, los dos exactamente como estaban cuando fueron enterrados. Así se veían detrás de la ventanilla de cristal que tienen los ataúdes.

- El caso -continuaste mientras guardábamos un silencio atento-, es que al abrir uno de ellos y tratar de tocar el cuerpo se deshizo en polvo todo, pero en un instante -insististe al ver nuestro

gesto de estupefacción-. Se había mantenido así mientras nadie lo tocaba, seguramente porque la cripta donde estaban era muy seca, no sé, eso sería.

- ¿Y el otro? -preguntó mi hermano.

- El otro lo resistió todo, está exactamente igual que cuando lo enterraron. Los curas se van a encargar de notificarlo a Roma. Al parecer, eso es lo que suelen hacer.

- ¿El traje también se conserva? -dijo mi madre.

- Sí, todo -afirmaste contundente-, igual que si lo hubieran enterrado ayer mismo.

Desde entonces me ha perseguido esa fascinante imagen, padre, y ha vuelto con unos recuerdos u otros. Lo comenté con mi madre y ella empezó a contarme una vieja historia de niña, cuando fue con unos chiquillos a un descampado que poco antes había conocido hundimientos y allí descubrieron varios cuerpos en sus tumbas. Un viejo cementerio que salía a la luz del modo más inopinado en un tiempo de poco control municipal, donde la gente hacía vertidos de tierras en cualquier parte y Madrid estaba repleto de campos, arbustos, solares abandonados y ocupados por una chiquillería incansable. Allí encontró mi madre con sus amigos hasta tres cadáveres en sus ataúdes, incluso parcialmente fuera de ellos por el derrumbe. Uno era un torero, me dijo, estaba vestido de tal pero quedaba poco de él. Encima de él había una niña pequeña y tal parecía que había sido enterrada hacía horas. Cuando el más atrevido la tocó se le quedó en las manos hecha polvo.

Me dejó impresionado esa posibilidad. Lo volví a comprobar en un reportaje sobre momias egipcias, cómo al sacar una de ellas a la luz se iba deshaciendo en cuestión de horas, los arqueólogos intentaban aprovechar a un ritmo frenético el escaso tiempo mientras alguien grababa el deterioro. No sé qué tiene esa imagen que me desazona, inquieta y al mismo tiempo atrae de un modo morboso. No sólo por ser cadáveres, no, es algo más. Son cuerpos de personas que vivieron y sufrieron. Un obispo mitrado que dio órdenes, que tuvo dudas, que soltó discursos, homilías y los fieles le escuchaban en silencio, los sacerdotes venían a arrodillarse para besarle el anillo. Una niña que correteaba por los escombros y que un día se clavó un hierro oxidado, uno de los temores de la infancia, o que se metió en un agujero y quedó enterrada allí, un triste caso que hubo a principios de siglo, tal vez contrajo cualquier enfermedad antes de la cual corría, reía, lloraba. Un antiguo egipcio con sus ancestrales costumbres, caminando por el desierto, dejándose llevar por la superficie del Nilo. Todos fueron personas que sufrieron, quisieron, riéndose divertidas o llorando llenas de dolor. La fe que no me alcanza, la enfermedad que me mata, la herida del enemigo que acaba conmigo ¿quién sabe? Tanta vida, como la mía, como la tuya, padre, y se toca apenas con un dedo para que se convierta en polvo, deshechas nuestras ilusiones, siquiera la imagen de lo que fuimos, como si se borrara nuestra última foto, el postrer recuerdo de cómo fue nuestra cara, los gestos, nuestra sonrisa.

Por el mismo camino vas tú, padre, por la senda que yo recorreré algún día, espero que lejano. El camino del completo olvido. Pero aún no, me digo, todavía quedan recuerdos, aún la vida bulle y trata de expresarse, la que ahora tengo desea buscar un sentido a todo aquello que viví. Lo hago por mí, padre, que me muevo en el desconcierto tantas veces, también por ti al llegar a un lugar donde nada hay, ni memoria ni esperanza. Una tierra vacía de ecos donde, de vez en cuando, atraviesa como un relámpago el recuerdo de quién fuiste, un resplandor que se pierde finalmente entre las nubes. Trato de que no se vaya todo, al menos no todavía. Que yo te cuente el que fuiste, aquel hombre cuarentón de tan poco pelo y sonrisa satisfecha, ya por

entonces luciendo una buena tripita que el tiempo te hizo perder de nuevo, sentado a tu mesa de trabajo con las máquinas calculadoras que me fascinaban, dibujando planos y luego levantando la vista, para ver si los dos hermanos habíamos terminado la tarea. Quizá contando te pueda dar otro relámpago que ilumine un día más, o bien pueda entender alguna vez por qué llegué a donde estoy ahora. Tal vez sea sólo por el deseo de recordar, que no se nos vaya todo inevitablemente, retrasar el tiempo del olvido, luchar porque nuestra vida no se convierta en algo que tal vez un descendiente toque con el dedo entre la lejanía y el desinterés para finalmente convertirse en polvo lleno de recuerdos.

19

Si alguna presencia se impone en la memoria de todo aquel tiempo, si cierro los ojos y veo algo, lo más claro y nítido que se dibuja en el horizonte de mis jardines, ésa es Mari Carmen. La de la sonrisa dentona, la niña que recuerdo mirándome admirada mientras yo cogía un enorme saltamontes por las patas traseras y se lo acercaba a la cara queriendo asustarla sin conseguirlo, ella mirándome confiada. Niños ambos, jugando a conocer lo que es querer a alguien.

Ha pasado el tiempo para mí, Mari Carmen, también para ti lo habrá hecho. Seguramente no reconocería casi ninguno de tus rasgos si te viera de nuevo. Aquel niño judío a quién besé en cierta ocasión tiene ahora una cara deformada por los años y la gordura, nada de él conserva un solo rasgo, aquellos ojos que me fascinaron. Pero tu cara, mi niña, no sé cómo será ahora. Hay semblantes que cambian tanto, otros que siempre recordarán al niño que fuimos. Crecen arrugas, se endurece el gesto infantil, la piel pierde la tersura que tuvo.

No sé cómo estarás ahora. Al igual que aquellos jardines y toda la ciudad de Tánger, desapareciste de la vida real para transformarte en un recuerdo que reconstruyo pacientemente día a día. A ti te hablo entonces, a la que surges de la memoria probablemente deformada, distinta de la que realmente fuiste ¿qué más da si yo te recuerdo así? Tu cara junto a la mía, sentada en uno de los bancos de mármol, extendiendo sobre su superficie figuras de muñecas que había que vestir con ropitas que sacabas de una caja. Yo te decía: esto es un juego de niñas. Te encogías de hombros y seguías pacientemente: a Pepita le viene bien el rojo, le pondremos un vestido rojo, dame ése. Te acercaba pacientemente el que me señalabas y así seguíamos en silencio. Finalmente me veía colocando faldas y vestidos de noche a las figuritas, doblando las solapas para que se sostuvieran mientras pensaba que podría hacer lo mismo con el Capitán Trueno que leía mi hermano, el Jabato que le prestaban sus amigos. Podría trazar sus figuras desnudas y ponerles vestidos distintos, el suyo original pero también otros, de atleta, de escalador. Acababa de leer las aventuras en el Himalaya de uno italiano al que yo admiraba mucho, Walter Bonatti, su figura roja por entre la nieve, el piolet clavado en la montaña, los clavos, la cumbre alzándose tan cerca.

Luego llegaban tus hermanos y empezaban las carreras, el tú la llevas correteando por el jardín. Me acuerdo de una tarde, casi se había hecho de noche. Asunción propuso jugar al

escondite, lo hacíamos otras veces a esa hora. Como siempre la quedó Juanito, que para eso era el más pequeño. Cuando empezó a contar de cara a la pared y ya le habíamos gritado que no mirara, me fui corriendo detrás de un saliente del muro pero no estaba satisfecho, se me vería en seguida. El jardín se poblaba de sombras cuando cambié de opinión y me dirigí corriendo hasta los arbustos que crecían bajo el muro de las monjas. Allí dijo una vez Juanito que había visto una serpiente pero nos burlamos de él.

Me arrojé bajo el arbusto y casi caí encima de Mari Carmen que protestó un poco, en susurros, porque ella ya había ocupado el lugar. Pero ya no tenía tiempo de buscarme otro y opté por acurrucarme a su lado, los dos conteniendo la respiración mientras Juanito terminaba de contar y gritaba: ¡que voy! No hacíamos ningún ruido, no pronunciábamos palabra viendo entre las sombras la figura de su hermano que recorría unos escondrijos y otros. Estaba por detrás de ella y veía sus piernitas delgadas. No sé por qué lo hice, sería el impulso de niño, mezcla de inconsciencia y curiosidad. Puse mi mano entre sus muslos, allí, muy quieta. Ella no dijo nada, no rebulló siquiera ni hizo un gesto, yo no lo recuerdo, tal vez no le diera importancia, nunca lo sabré. Dejé mi mano allí no sé, tres o cuatro minutos. Ni la movía ni quise quitarla, estaba a gusto.

Ya ves, aún conservo el calor de tus piernas de niña en mi mano, la luz de esa sonrisa que me dirigías entonces y que me alegra el recuerdo, que da amparo haciéndome sentir tan bien. Niños llenos de torpeza que juegan a estar juntos, a sentirse a gusto el uno con el otro. Siempre recordaré tu dulzura. Tu hermana era mayor, una mandona de cuidado, pero a ti te recuerdo de forma bien distinta. Eras la cómplice, la amiga, la compañera. Sólo por ti era capaz de pasarme una hora entera poniéndole vestiditos a tus figuras, sólo gracias a ti, finalmente, le pedí a mi hermana que me dibujara al Capitán Trueno y realicé torpemente todo tipo de equipamientos, trajes de soldado, de alpinista, de futbolista. Sólo gracias a ti el recuerdo de aquel jardín, donde aún permaneces, sonriente, feliz, cogiéndome de la mano, acurrucándote a mi lado, viene a mi memoria lleno de placidez.

No sé lo que habrá de verdad en todo ello, a veces me lo pregunto para encogerme de hombros después y decirme: no importa. Ignoro si fuiste realmente como te recuerdo o tal vez sólo te construí en mi imaginación. ¿Te acuerdas de cuando tiramos piedras a la casa del vecino? No sé de quién fue la idea de internarnos subrepticamente por el jardín de las flores. Lo teníamos terminantemente prohibido y, sin embargo, tal vez en una tarde de aburrimiento alguien dijo que podríamos hacer una excursión clandestina por aquel jardín prohibido. Pensé que era como una especie de operación de comando, como la de aquellos soldados de Hazañas Bélicas que se internaban en la selva enemiga expuestos a cualquier peligro, los japoneses que te encontraban, eludiendo un nido de ametralladoras. Lo comenté y Juanito se entusiasmaba. Empezó a decir que él era soldado y le contesté que yo sería su sargento. Debía disparar a cualquier japonés que apareciera, sobre todo los que se escondían en la copa de los árboles, los más peligrosos. Las niñas no nos hacían caso esta vez y sólo querían ver las flores, sentir la emoción de lo prohibido.

Entramos agachados, arrastrándonos para que la portera no nos viera, la señora Paca, tan gorda y torpe. Nos miraba habitualmente sosteniéndose en su sempiterna escoba y, mientras barría incansable los escalones de la entrada, gruñía: tened cuidado que os vais a matar un día, ir más despacio, tranquilos, que no se acaba el mundo. La señora Paca, que me miraba atentamente la tremenda cicatriz del muslo diciendo: qué barbaridad, lo que te debió de doler. Y yo respondía, valiente y aguerrido: no me dolió nada.

Cuando entramos al jardín no estaba a la vista y fuimos a cuatro patas diciéndonos lo que íbamos descubriendo. Juanito me llamaba mi sargento y yo le daba órdenes de que vigilara el costado derecho por si había complicaciones. Atento, soldado, susurraba, no hemos detectado aún las posiciones enemigas. Al cabo de un rato ya nos aburríamos de estar allí y Asunción estaba pensando en dar la vuelta y retroceder. Entonces sentí un gesto y escuché un ruido. Juanito nos miraba orgulloso mientras decía:

- ¡He lanzado una granada, mi sargento!, había un japonés que nos seguía.

- ¿Dónde?

Señaló la tapia del vecino. Entonces no sé qué clase de locura inconsciente nos entró, no nos dimos cuenta de nada, tal vez pensáramos que esa casa estaba deshabitada. El caso es que empezamos los cuatro a tirar piedras hacia la casa y resultaba divertido, nos medio levantamos, empezamos a buscar más piedras, terrones de tierra, lo que fuera. Todo lo cogíamos y lo lanzábamos al otro lado de la tapia.

De repente escuchamos unas voces desde la puerta del jardín, un hombre en pantalón corto y pelo cano que se dirigía a nosotros en francés. Pusimos cuerpo a tierra y nos quedamos quietos, muy quietos. Las voces cesaron pero cuando ya nos arrastrábamos hacia la salida del jardín apareció mi padre con aquel señor francés, el gesto endurecido: ¡Todos arriba inmediatamente, que tenemos que hablar! Luego me acuerdo de estar sentado junto a Mari Carmen en mi casa, con los padres de mis amigos, con los míos, y había una bronca grande y no sé qué castigos. Varias tardes sin bajar al menos. Pero lo aceptábamos como soldados, con la cabeza gacha y gesto de resignación. Te dije que allí vivía gente, me susurró luego Mari Carmen. No me dijiste nada, discutí yo. Pero luego pensé que estaría varias tardes sin verles y, cuando subieron a su casa y se cerró la puerta, me fui a la terraza, desde donde se veían los jardines, y me puse a llorar haciendo pucheros desconsolados. Entonces vino mi madre, me pasó la mano por el pelo poniéndome delante un enorme bocadillo de chorizo que me hizo olvidar poco a poco la pena que sentía.

Ya ha pasado tanto tiempo que te confundes en mi recuerdo. Aún no ha amanecido el día, tan pronto me levanté para hablar de aquel tiempo contigo, cuando los dos éramos niños, tan inevitable la felicidad, el deseo de jugar. Tal vez mi niñez no fue así, acaso tú fuiste menos de lo que yo recuerdo. Seguramente hubo penas también, no existe tanta felicidad como puedo estar transmitiendo en estas páginas, se me hace extraño que la hubiera. Es posible que embellezcamos nuestra historia, el tiempo pasado, seguramente será así. Pero si ahora lo recuerdo de esta forma, si recuerdo tu sonrisa luminosa, el calor de tus muslos en mi mano, tu cercanía, ese hablar constante en el que te mecías de vez en cuando y al que yo asistía absorto, qué más me da si no fue de esta forma.

He vuelto al jardín, Mari Carmen, al escenario de nuestras carreras, los juegos de cada tarde. Nuevamente me he sentado en aquel banco de mármol donde hace tanto tiempo esparciste tus figuritas para que te ayudara. Soy torpe, siempre lo fui con las manos, no sé doblar bien los salientes que sujetan los vestidos. Si me dejas, mi niña, me quedaré sentado cerca de ti con mi pelo cano y escaso, con esos kilos que me sobran y tantas arrugas. Te miraré como entonces en silencio mientras sigues diciendo cómo vestirás a cada una. Preguntaré: ¿te acuerdas de mí?, y levantarás un momento la vista, sonriéndome de esa forma en que lo hacías y seguirás diciendo que esa blusa roja no pega con el pantalón a cuadros. Insistiré: ¿me quieres?, y responderás: claro, viejo tonto. Luego seguiré mirándote, déjame hacerlo, saltarme mi tiempo, esquivar tantos años que pasaron desde entonces. Déjame estar a tu lado mientras

aún te recuerde, recuéstate luego en mi hombro y cuéntame tus cosas, cómo te va el colegio, qué tal te llevas con tus hermanos.

Al cerrar los ojos sentiré tu voz que llega, veré la cara que acercabas a la mía. Tal vez ya no seas una niña sino una mujer de casi cincuenta años, con varios hijos a cuestas, un marido que no te hace caso. Puede que no seamos los que fuimos, Mari Carmen, la vida nos ha llevado de un lado a otro, nos dio alegrías, amor, hijos, y nos robó tal vez la esperanza o la ilusión, no sé, nunca sabré por qué nos nacen tantas arrugas por dentro y por fuera. Entonces podré decirte: cierra los ojos conmigo, recuéstate en mi hombro, deja que mi mano descanse entre tus muslos una vez más. Así el calor que entonces sentí puedo llegar a sentirlo ahora, la alegría de oírte, ver que me esperas en el banco. Sin darnos cuenta, allí volveremos a ser los niños que fuimos, limpios de corazón, ilusionados, eterna compañía de nuestras tardes, cuando eran claros los días y el recuerdo algo impensable. Cuando era posible sentir amor sin saber lo que era eso.

20

Con los años me vuelvo benevolente. En la treintena fustigaba los errores que se cometían a mi alrededor, comportamientos ineficaces, mis propias debilidades. Todo me incomodaba y quería cambiarlo. Debe ser la educación religiosa que me imbuyeron en el colegio, la conciencia escrupulosa con que analizar el menor de los actos propios y ajenos.

Hace tiempo me di cuenta de que eso puede transformarse en una enfermedad. Desde entonces me gusta examinar lo que hago, averiguar por qué actúo así y no de otra manera, pensar las cosas, ir las sintiendo por dentro. Pero lo hago sin dolor ni remordimiento, carente de las asperezas del pasado, sabiendo tan solo que soy un ser humano que tropieza y se equivoca. Siendo débil deseo crecer un poco más cada día, saber antes de morir qué sea la felicidad, quizá contentándome con mucho menos de lo que antes deseaba, tan irrealizable. No es necesario sufrir más de la cuenta. Es como un giro en la vida, una vuelta lenta hacia otra orientación. Simplemente vivo sabiendo que soy poca cosa, un hombre que busca un poco de

amor en su vida, un lento conformar con su destino, el que consiga labrarme intentando hacer lo que siento que debo hacer, luchar, estrellarme, sonreír ante los malos vientos, llorar con las rupturas, sofocar la ira, calmar el dolor.

Creo que nunca tuve en cuenta demasiado a los otros, embebido como estaba en mi propia vida, examinando mi conciencia con tanta atención. Morimos solos, decía Ortega, uno de mis maestros en el pensar, radical es nuestra soledad sólo suavizada por el sentimiento de amor. Pero no sabía qué era eso realmente, padre. Tenía treinta años, sabía muy poco entonces y creía conocer mucho. El mundo era algo que podía cambiar en la forma en que me propusiese. Mi conciencia era una amalgama de lecturas incontroladas, una búsqueda de criterios sobre qué era lo que había que hacer en cada momento, qué marcaba lo bueno distinguiéndolo de lo malo. Torpe iluso, todo lo fiaba a mi forma de ver las cosas, creyendo poseer la verdad, poder decir a los otros sin vacilaciones qué debían hacer y qué no.

Quizá tiene que ser así, pasar por una fase de acción cuando las fuerzas están intactas y la ilusión de cambiar las cosas te arrastra. Ahora ya me ves, padre, soy un hombre mayor. Seguramente dirás que joven aún pero eso es porque tú aún eres más viejo, ya pasaste de los ochenta años, yo apenas llego a los cincuenta. Pero me han pasado muchas cosas, me parece haber vivido mucho, equivocado innumerables veces. Si no quiero enfermar sólo puedo perdonarme. Ahora no deseo cambiar nada. Tan solo tocar el corazón de otros, decirles: estoy aquí, mírame, quíreme antes de que todo desaparezca, soñemos juntos antes de ese momento, estoy a tu lado, todo tiene arreglo, no se nos acaba la vida todavía, aún nos quedan los sueños, la risa, toda nuestra imaginación. Todavía nos quedan los recuerdos, el amor que compartir en un trozo de nuestro caminar, el perdón que merecemos por tantas equivocaciones pasadas. Nos debemos el no estar solos, no debatirnos en la miseria de nuestras culpas, tantas son que no merece la pena traerlas a la memoria.

Padre ¿me entiendes? ¿comprendes lo que quiero decir? Estoy hablando de mí pero también lo hago de ti, de aquellos años de necesidad en Tánger, cuando sacaste aquel dinero de la caja. Me lo dijiste muchas veces, madre lo comentaba también, tu culpa, el remordimiento. Salimos un día de casa hace más de veinte años y, en dirección al metro, ibas musitando en voz baja no sé qué. Te dije: ¿qué dices?, y me respondiste: estoy rezando por la abuela, por mis hermanos, por vosotros. Me callé y luego añadiste: y porque Dios me perdone los pecados que cometí. Vamos, quise trivializar, no será tanto. Aquel dinero que robé, susurraste.

Yo tendría dos años quizá, muy poca edad en todo caso. Mi hermano cinco o seis cuando enfermó. Empezó a subirle mucho la fiebre, vomitaba con frecuencia. Mi madre le cuidaba poniéndole paños fríos en la cabeza. Se angustiaba, le miraba la garganta sin ver las sempiternas amígdalas inflamadas, no sabía qué hacer. Cuando el niño alcanzó una debilidad alarmante lo llevasteis al hospital y, tras una larga espera, salió el médico: este niño está muy grave, tiene meningitis, preparaos para lo peor. ¿Qué sentiste entonces? Habiendo superado la úlcera sangrante, poco tiempo antes de que te detectaran el cáncer de piel que tampoco acabó contigo, la muerte venía de nuevo a acechar a tu familia. Esta vez no eras tú sino el hijo mayor. Tenéis que darle estas medicinas, añadió el médico mientras os tendía un papel con los medicamentos y sus dosis. Tomaste el papel mientras mi madre cargaba con el chico de nuevo de vuelta a casa.

Tras preguntar en la farmacia, intentando que te fiaran sin conseguirlo, fuiste a casa, el chico dormía, agotado, maltrecho, cada vez más delgado. Tu mujer te miraba llena de angustia, la muerte cercana, acechante, dispuesta a recoger lo que empezaba a considerar suyo. Cogiste

el teléfono del pasillo y pediste una llamada de larga distancia a Madrid. Nunca me dijiste con quién hablaste, si con el propio don Joaquín o con algún empleado importante de los suyos. Pero sí sé lo que dirías: tengo a mi hijo al borde de la muerte, necesito comprarle unas medicinas muy caras, yo le pido, le ruego por la vida de mi hijo que me dé un anticipo, yo se lo iré reintegrando de mi sueldo todos los meses, todo se lo pagaré pero mi hijo necesita esas medicinas ahora mismo. No, te dijo, imposible, ahora mismo no se puede atender su petición. Ahora mismo es cuando debe atenderse, es ahora cuando se muere ¿es que no lo entiende? Lo siento mucho, añadió aquella voz lejana, en las actuales circunstancias...

Te decía camino del metro: ¿por qué culparte de aquello? Yo hubiera hecho lo mismo, cualquiera lo hubiera hecho. Era un riesgo, sí, además ya sabían de tu necesidad, de vez en cuando venía un hombre joven, bien vestido y decía que rindieras cuentas, que explicaras el debe y el haber. Si descubrían la falta del dinero la vida se te iría al traste, ¿qué ibas a hacer con tres chiquillos y tu mujer en medio de tierra marroquí? Ni siquiera tenías dinero para volver a España, tal vez te esperara incluso la cárcel, así eran los tiempos entonces con aquellos que sustraían fondos de sus jefes. Pero te quedaste sentado allí tras colgar el teléfono. Luego volviste a levantarte, fuiste donde tu hijo se iba consumiendo poco a poco pensando: hay dinero en la caja, no es mío, no lo es, pero hay dinero en la caja. Si ahora lo cojo lo puedo devolver el próximo mes, sacrificaremos todo, dejaré de fumar, hasta de comer los demás, pero el niño que se salve, soy su padre y es mi responsabilidad, soy yo quien tiene que superar este trance. Mía es la culpa, que lo sea entonces.

El niño fue saliendo adelante poco a poco. Mi madre contaba que tuvo una paciencia infinita para darle lentamente comida triturada que su pobre estómago apenas podía mantener. Cuando ya acababa el niño empezaba a hacer gestos violentos y vomitaba todo. Entonces mi madre recogía la vomitona y empezaba de nuevo. Porque es mi hijo y debo sacarlo adelante, porque debemos vencer a la muerte que ahora se retira. Quiero verle crecer y hacerse fuerte, volar hacia el poste de una portería para despejar un balón imposible, preocuparme por su carácter rebelde. Un día, no lo sabes, se marchará de casa y te causará un profundo dolor. Luego, aunque no reconozcas que hizo bien, que era inevitable, le verás marchar a otra tierra, casarse en ella, tener hijos que vendrán a verte cuando ya eres una anciana. Tu nieta te dirá: hola, abuela, con acento norteamericano y tú sonreirás sin querer pensar que te queda tan poco, sin llegar a saber nunca que el dolor que pasaste ahora lo vive de igual forma tu hijo, tan mayor, que mira a tu nieta y nada te dice de su enfermedad, de la muerte que acecha, eterna compañera de la vida.

Me imagino, padre, la angustia que pasaste ese tiempo hasta que en los meses siguientes reintegraste todo el dinero. Una angustia llena de culpa, remordimiento, algo para lo que, pese a los años vividos, no estabas preparado. Educado como lo fuiste en férreos valores cristianos, rezar cada mañana, encomendarte a Dios. Ahora, ya ves, la vida te arrastra y te ves a ti mismo abriendo la caja como sonámbulo, midiendo el dinero necesario para las medicinas que le darán la vida a tu hijo o al menos la esperanza. Luego vas a la farmacia y el hombre te mira con detenimiento porque le has dicho horas antes que te era imposible encontrar el dinero, que si te fiaba. Pensaría: alguien le ha prestado esta suma, de algún lado habrá salido, la gente pobre siempre tiene más recursos de lo que parece, vienen llorando y luego son capaces de encontrar lo que les falta.

Recuerdo que me indignaba cuando escuchaba este suceso familiar. Te decía: ¿pero qué culpa es la tuya? ¿qué responsabilidad tenía ese mal nacido de don Joaquín? Tan cristiano él,

seguramente, como todos en la España de entonces... Tú respondías: no nos metamos con la religión. Pero te callabas el resto. ¿Te lo tengo que recordar? Lo que sucedió después, cuando yo tenía once años, sería el año 1965. Habías hecho un viaje a Madrid para informar a ese don Joaquín pero aprovechaste para entrevistarte con los responsables de otra empresa de construcción, la de aquel aparejador que había ido a verte en Córdoba y, tomando unas cervezas, te dijo que si querías trabajar para ellos en Madrid. Tú dijiste: sí, me interesa, y pensaste, mi mujer lo ha soñado durante muchos años, le prometí que algún día llegaría este momento.

Todo fue sobre ruedas, el nuevo trabajo era prometedor, mayor responsabilidad, un sueldo incrementado. Les preguntaste si te abonarían el traslado de toda la familia a Madrid y dijeron que no, ésa era tu responsabilidad. Volviste a preguntar a don Joaquín: mire, he trabajado para usted durante quince años, me ha pagado un sueldo miserable, ni siquiera cotizé por mí a la Seguridad Social, al menos abóneme el traslado a Madrid de toda la familia. Te dijo también que no. ¿Te acuerdas de lo que hiciste entonces? Vamos, sonríe, fue una venganza justa, por los años en que fuisteis de un lado a otro, por el cuidado con que protegiste sus intereses sin que hubiera apenas compensación, por el chiquillo que se te moría entre las manos, fue justo lo que hiciste, una pequeña venganza de los pobres.

Le dijiste: don Joaquín, escúcheme bien. Usted sabe perfectamente que, por orden suya, he desviado muchos de los fondos a su cuenta abierta en Lisboa, que su dinero está a salvo allí pero sabe también muy bien que eso es fraudulento y que yo podría denunciarle. Tras guardar silencio casi medio minuto, insististe: ahora, ¿me abonará el traslado de toda la familia a Madrid? Escuchaste su voz metálica desde el otro lado del teléfono: pase el recibo por caja y se le abonará. Luego colgaste y te temblaba la mano pero sonreías, igual que ahora, ¿ves como te acuerdas? Si me entiendes te lo digo de nuevo: no te culpes más, no vale la pena, hiciste bien, padre, hiciste bien, yo no lo hubiera hecho mejor.

21

Se acumulan los recuerdos, aparecen empujándose unos a otros, diciéndome: no me olvides, nómbrame porque si no lo haces, desapareceré para siempre, nada quedará de mí y será como si no hubiera existido jamás. Es como un naufragio donde las personas que no han podido ser salvadas te miran desde cubierta, observan sin esperanza a los que marchan y podrán sobrevivir. Yo no, parecen decir, todo acabó para mí. Pero aún queda una barca y se apiñan, tropiezan unos con otros diciendo: recuérdame, dame un sitio en tu memoria. No puedo sino decirles: lo siento, de corazón lo siento. No todo puede sobrevivir, no sé si yo mismo he jugado a daros una esperanza que no cabe, la de seguir existiendo un poco más, transformados en letras que evocan lo que fuisteis. Pero ignoro si finalmente es un engaño, no sé qué se conservará, si podremos sobrevivir alguno, los que os desvanecéis en cubierta, la mano tendida, el gesto resignado; yo mismo, que vivo de vosotros encontrando el motivo para seguir avanzando. Dejadme, no me encadenéis eternamente porque debo soltar amarras y continuar la historia, elegir los que se salvarán un tiempo más y aquellos que serán olvidados para siempre.

Seréis entonces como ese primer amor cuyo sabor aún guardas en los labios pero cuya cara se va descomponiendo en el olvido. Dices: quién volviera a aquel tiempo, tener esas manos aún entre las mías, los labios que llegué a besar. Dices: cómo era tu cara, cómo tu nombre. Porque todo se va olvidando, su pelo largo y moreno, la boca que te cautivaba, el

gesto infantil y soñador. Tal vez dentro de mucho tiempo, cuando te tiemblen las manos, puedas volver a recordar ese nombre que se ha perdido en un algún pliegue de tu memoria y con su nombre vuelva el sabor de sus labios, reconstruido, el calor de su mirada. Así serán quizá mis recuerdos, los que regresen para consolarme, para no olvidar que he vivido, cuando todo a mi alrededor sea problemático y no pueda moverme o mi salud me preocupe tanto. Será el momento de decir: ¿dónde estáis, recuerdos de infancia? ¿dónde fuisteis a parar?

Entonces todo volverá de nuevo, como un fuego artificial que puebla la noche de colores, una brisa que refresca los años de vejez y decadencia. Volverán para decirme: hace años nos dejaste a un lado, como náufragos en medio de una tormenta, pero ahora que llegan tus últimas horas vuelves porque sabes que entonces, con nosotros, estabas vivo, con nosotros puedes soñar que fuiste feliz.

Seré niño de nuevo, el niño que se acostaba junto a su hermano cuando sus padres salían al cine. Era de noche y ya habíamos cenado. Mi hermana mayor venía junto a nosotros, encargada oficialmente de cuidar que no nos faltara nada. Se sentaba en una silla entre los dos. No era la hermana que hoy veo, lejana, en tierra extraña. No era la que huyó de casa con su matrimonio, ahíta de órdenes paternas, de esperar vivir de otro modo, a su manera. La que se sentó conmigo en un aeropuerto no hace mucho y con la que me costaba hablar, como viviendo ambos en mundos tan diferentes que no había ningún nexo en común. No, era la hermana que me quería, la que, sentándose aquella noche a nuestro lado, tuvo una idea luminosa. Entre mi hermano y ella imitarían a una emisora de radio en plan jocoso. No recuerdo qué dijeron, el ambiente contagiándose de hilaridad, sólo viene a mi memoria que estaba en la cama, retorcido de risa, y me sujetaba los costados porque ya no podía más.

Eso también se irá, hermana, marchará camino del olvido. Se irán las horas en que te ayudaba a colocar el belén sobre la gran mesa de trabajo, por una vez dedicada a otros menesteres. El cuidado con que construiste un castillo de Herodes, la excursión en el coche del señor Rivas para recoger musgo de verdad que pudiéramos poner por toda la mesa, sobre el plástico, antes de espolvorear la harina por encima. Cuando me explicabas dónde poner los Reyes Magos, cómo hacer a tu lado un río de papel charol azul, una estrella de Belén refulgente sobre el portal. Yo te decía: pongamos los corderos y tú ibas echándome un vistazo a ver si los colocaba bien o empezaba a construir con ellos aventuras de Hazañas Bélicas, soldados que luchaban para defender al niño Jesús del ataque de los romanos. Se irán tus lecturas, los libros que traías del colegio cuando te premiaban con ellos, los que luego me dejabas. El que me regalaste al volver de Granada tras tu primer año de carrera, a punto ya de irnos de Tángier. Tenía en la portada un niño sentado en el suelo con los calcetines caídos y una figura extraña y pequeña a su lado. Me dijiste: te he comprado esto, es de un niño llamado Guillermo, ya verás qué divertido es. ¿Te acuerdas de ese libro, hermana?

Se nos irá todo eso y no podremos retenerlo porque el tiempo es así, no deja nada sino un trazo para que algún día podemos seguir intentando averiguar cómo fuimos, cuál fue nuestra vida entonces, cuando no sabíamos qué había a la vuelta de la esquina, tan próxima ya la partida, la marcha definitiva.

Vamos en el coche familiar, un viejo Morris de segunda mano. Voy detrás de mi padre, distraído. De repente, su voz alarmada: ¡cuidado! ¡agarraos! Alzo la vista y el coche, que baja a buena velocidad por la cuesta que llevaba a la playa, da un bandazo tremendo y choca contra una farola de medio lado. Con otro volantazo vamos hacia la izquierda para finalmente, con un

ruido tremendo, estrellarse contra un banco y quedar quieto allí, como espantado de lo que ha hecho. Los frenos, dice mi padre, han fallado los frenos. Nos mira y estamos todos bien pero asustados, ninguno dice nada. ¿Te acuerdas, hermana? He visto eso, aún lo tengo delante de mis ojos si lo evoco, cómo la calle se mueve tan deprisa de un lado a otro, el golpe seco al terminar.

Otro día vamos a la iglesia, es domingo. Mi padre detiene el coche porque hay un alboroto. ¡Ese perro!, grita mi madre, ¡está rabioso! Un policía urbano que dirigía el tránsito camina hacia atrás, el perro acercándose inexorable, tambaleante, la gente retrocede asustada. El hombre saca su pistola y apunta pero el perro no entiende nada y sigue avanzando sin control. Suena un ruido seco y el perro se desploma. ¡Lo mató!, grita ahora mi hermano. Lo mató, me digo yo, impresionado. Cierro los ojos y aún veo a ese guardia, le veo joven aún, lleno de miedo, haciendo de tripas corazón y desenfundando el arma para disparar, seguramente por primera vez en su vida. Veo el perro caído en el suelo y un charco pequeño de sangre hasta que la gente se arremolina y me tapan la vista. Mi padre arranca el coche y seguimos avanzando, los demás comentan, mi hermano excitado, yo estoy callado porque he tenido miedo y aún no sé que esa impresión me durará toda la vida.

Esos chispazos que superan el olvido y llegan ahora hasta mí están llenos de significado, son los hilos que nutren mi vida posterior, la que fui y la que estoy siendo. Esa sensación de perder la referencia, el camino, ese dar tumbos de un lado a otro hasta estrellar el coche, el miedo frente a lo desconocido, lo que surge de una calle cualquiera y a lo que hay que enfrentarse. Todos son hilos que viajan a través del tiempo, anudándose hoy alrededor de mí, el empeño que puse en mis proyectos, la manera de afrontar la vida, el miedo, lo desconocido. Nos nutrimos de recuerdos, son estos los que finalmente nos sostienen, forman poco a poco aquellos que somos.

Aunque se olviden perdiéndose aparentemente para siempre, sobreviven dentro de nosotros. Porque es cierto que podemos dejarles abandonados en cubierta, su rostro desesperado y conforme, la resignación en la mano que aún se tiende. No me olvides, no dejes que muera para siempre. No, aunque desaparezcas no te dejaré porque viajas conmigo en la barca, porque sobrevives dentro de mí, me formaste como soy, el que ahora escribe, el que intenta rescatar recuerdos que van muriendo lentamente. Me hicisteis así, desperdigado y confuso, soñador, imaginativo, lleno de miedo y deseos de vivir. Soy el que tenía que ser, el que recuerda aquellos tiempos felices y lleva dentro la sensación que fuisteis construyendo poco a poco para mí. Ahora que no estáis, cuando vais a dejar de ser, es cuando siento vuestro rastro en mi vida, luces en la niebla al navegar, rumbos y señales en una tierra perdida.

Por eso, creo haberos hecho justicia. He salvado a algunos. Tal vez los demás puedan creer que los olvidé pero no será así. Llevo dentro todos los recuerdos, los que se salvan y los que perecen, los que sobreviven y aquellos que se pierden en el olvido, todos me han hecho el que soy, para bien y para mal. Cuando pasen los años y necesite otros rastros para enfrentarme a la vida, nuevas señales en mi soledad, tal vez un consuelo en el abandono, entonces todo volverá a mí, mi risa junto a mis hermanos, el disparo seco del guardia, el rumbo perdido del coche familiar. Entonces volverá, como el último rastro, como el aroma postrero, el recuerdo de aquella felicidad.

Secretos de amor, de manos que se buscan, calor de tu hombro junto al mío, niña de mis pocos años, recuerdo de unos ojos que se pierden en el tiempo. Cuando el cielo era azul y eterna la mañana, cuando la luz me inundaba a tu lado. Secretos de mi mano entre tus piernas hallando el reposo, el consuelo. Misterios de amor en un Madrid que se levanta después de la guerra, donde una pareja se cruza apoderándose finalmente uno del otro.

Sí, madre, nada te dije pero lo supe. Mi hermano insistía en que celebrarais el cincuenta aniversario de vuestra boda y mi padre decía: no, no hace falta, ya estamos delicados, no hagas nada, calla. Luego mi hermano me llamó para comentarme: ¿te das cuenta? ¿De qué?, respondí yo hasta que, de repente, lo comprendí. Dentro de cinco meses era el cumpleaños de nuestra hermana. Callamos. ¿Qué podíamos decir, madre? Tus secretos de amor descubiertos.

Siempre decías que los conflictos con tu familia política habían empezado tan pronto, el mismo día de tu boda, incluso antes. Mi padre, ese joven sin destino claro, le dice al suyo: oye, papá, vente a misa conmigo, tengo una noticia que darte. Era domingo, una hora algo desacostumbrada pero mi abuelo fue con él. ¿Qué es, qué me quieres? Espera y escucha. Tras la homilía el cura dijo vuestro nombre, el tuyo y el suyo.

- Ésta es la segunda amonestación, si alguien conoce algún impedimento...

- Pero esto ¿qué es? -dijo sorprendido el abuelo-, ¿es esa chica con la que sales? Pero ¿cómo? ¿que os vais a casar sin decir ni palabra?

Mientras tanto esperabas en casa con tu secreto. La abuela Manuela que te miraba, seria, la tristeza de los pobres en los ojos.

- Julia, ahí está ese chico y parece que viene con su padre.

Te miras en el espejo, nerviosa, alterada pero firme. Les abres la puerta.

- Mira, Julia, aquí traigo a mi padre.

- Mucho gusto.

- Que hemos asistido a las segundas amonestaciones y dice mi padre que te vengas a comer a casa.

El hombre adusto, serio, sin decir palabra pero mirándote con prevención. ¿Quién eres?, parece decir, ¿has cazado a mi chico? Ahora, muchacha, ¿de qué vais a vivir si es un muerto de hambre? No me importa, le dices tú en silencio, es el hombre que quiero.

- Dile a tu padre que ya iré en otra ocasión.

Revuelo de faldas a tu espalda.

- Pero hija...

- Está bien -dice el hombre agarrando a mi padre del brazo-, vámonos, Hilario.

Él, que te mira implorante. Cambia de opinión, no seas orgullosa, estoy haciendo lo que puedo. Tú que le miras: cobarde, a buenas horas mangas verdes, no voy ahora a limosnear a tu casa para que me den el visto bueno. Bastante humillante es ceñirme la faja para que no se me note, sentir la mirada de mi madre clavada en mí, oír los rumores que empiezan a circular por la calle, mis amigas que miran y sonríen, ¿qué, Julia, no estás engordando? Ya es bastante para que tenga que ir como una pobretona a ver a tus padres, que me digan que consienten cuando ni siquiera has tenido el valor de decírselo en la cara. No quiero ¿me oyes?, no deseo ir para sentirme humillada. Seré pobre pero tengo el mismo orgullo que cuando te dije que te fueras con aquella fulana, la que te daba la mano, que me lo contaron. Te dije: no quiero saber de ti, no vuelvas a mi lado. Luego te volví a ver, meses después, en la sala de baile, con los mismos amigos. Te hiciste el contradizo.

- ¡Julia!

- ¿Qué quieres?
- Tenemos que hablar.
- ¿Qué pasa? ¿ya te dejaron solo otra vez?
- No, no es eso.

Diste la vuelta y le dejaste plantado pero sonreías porque ya sabías que vendría de nuevo a rogarte: oye, mírame, no estés enfadada, no he dejado de pensar en ti, Julia, en tus ojos, en tu paso. Perdóname que estuviera ciego, dame otra oportunidad. Tú, con el gesto duro pero atento, sintiendo que el corazón se te derretía a su lado como entonces, sin saber decirle que no a esos labios que te buscaban, los que se detenían en tu cuello y cerrabas los ojos sin saber ni dónde estabas. Sólo que aquello no debía suceder pero sucedía, sus manos recorriéndote, su aliento mezclado al tuyo, el jadeo, sentir que se movía dentro de ti lleno de ansiedad, el tiempo perdiéndose no sabías dónde, el frío de la noche en aquel portal mal iluminado.

Secretos de amor en penumbra, sobre los que quieres que caiga el olvido sin conseguirlo. Todos vuelven porque con ellos también tejemos en el telar de la vida, engarzamos unos con otros para sentirnos a salvo construyendo una malla invisible que sostiene nuestros deseos, la angustia, esperanzas de otra vida, el miedo de que te juzguen, que alguien entre decidido y deshaga la malla para que caigas en una nube de secretos desvelados.

Esa boda, ¿te acuerdas, padre? Intenta volver a ella, hasta aquel mes de septiembre de hace tantos años. Era un día frío en Madrid, el aliento helado en los que se arracimaban en el portal de su casa. Llegaste en coche con la única hermana que quiso acompañarte, la mayor, mientras la abuela Teodora decía con algún desprecio: tráela si quieres, si quiere ella, si se considera digna de nosotros. Luego marchasteis a la iglesia en dos coches, ella delante, tú detrás. Allí estaban sus amigas que la recibieron con gritos y abrazos, excitadas, contentas. Mi madre empezó a recobrar la sonrisa, algo de color. Tengo las fotos, ella con un sombrero espantoso que se sujeta para que no se lo lleve el viento; tú, sonriente como siempre, guapo, bien vestido con tu traje a rayas. Tu hermana parece estar dando órdenes, no me extrañaría nada, siempre fue igual. Le diría a su marido que trajera el coche, el hombre que te daría veinte duros al día siguiente, en la estación.

Un secreto tan trivial hoy en día, tan dramático entonces, en que ser madre soltera era un verdadero escarnio. ¿Qué hubiera sido de mi hermana si tú te hubieses negado a casarte? ¿Cómo podría yo estar a tu lado y decirte que recuerdes? Se nos va la vida entre esperanzas, desilusiones. Secretos de amor, de niños que se abrazan.

- ¿Ya te vas?
- Ya me voy.

Subes al coche y te sientas entre tus hermanos. Todos están diciendo adiós. Está la señora Paca, tan gorda y con los pies deformados, el vecino árabe que estrelló el coche, Amselám que mira serio, impertérrito. Ellos también se encuentran allí: Juanito sentado sobre un poyete, Asunción que mira y Mari Carmen que alza la mano. El coche arranca hacia el puerto. Volvemos a Madrid, ha dicho mi madre hace muchos días, la cara llena de satisfacción, por fin nos vamos.

Cuando el coche comienza a moverse vuelvo mis ojos miopes de niño de once años y la veo alzando la mano. Una niña de dientes saltones y ojos bonitos que saluda y dice adiós. No puedo hacer nada sino devorarla con la mirada sabiendo que es la última vez que la veo, que ya empieza a ser recuerdo. Su figura se va haciendo pequeña, más pequeña y la casa y el jardín y

el convento de al lado y Amselám, tan quieto. Todo va disminuyendo de tamaño en la distancia. Los años que viví junto a ellos, las horas que pasé jugando, guardándome animales, haciéndome heridas, mirando interesado escorpiones que morían entre el fuego, la casa que construimos, tan acogedora. Todo se hace tan pequeño que finalmente me vuelvo y, cuando quiero mirar hacia adelante, no veo nada. Mi hermano me abraza, mi hermana me coge de la mano y yo no hago otra cosa que llorar.

Durante muchos años creí que mi vida se había roto allí, una de esas rupturas que te marcan para siempre, y es verdad. Pero también es cierto que nada desapareció por completo, que un día podría volver de un modo que ni siquiera podía imaginar entonces. Caminar de nuevo por ese jardín, ver a una niña que le enseña figuritas al chico que fui yo, el que vuelve hacia mí sus ojos tras las gafas y, sonriéndome, dice: ¡cuánto has tardado! Soy yo, sí, finalmente he llegado. Ha pasado tanto tiempo y sigo soñando mundos, continuo imaginando historias, tejiendo secretos y en todos ellos estás tú y Mari Carmen y el moro Amselán y la señora Paca; mi madre, a la que imagino, mi padre, sumergiéndose en el olvido. Me doy cuenta así que nada ha muerto del todo, todo se vuelve a recuperar: los sueños, la imaginación, los secretos y la sonrisa de una niña de diez años que tiene piedad de mí.